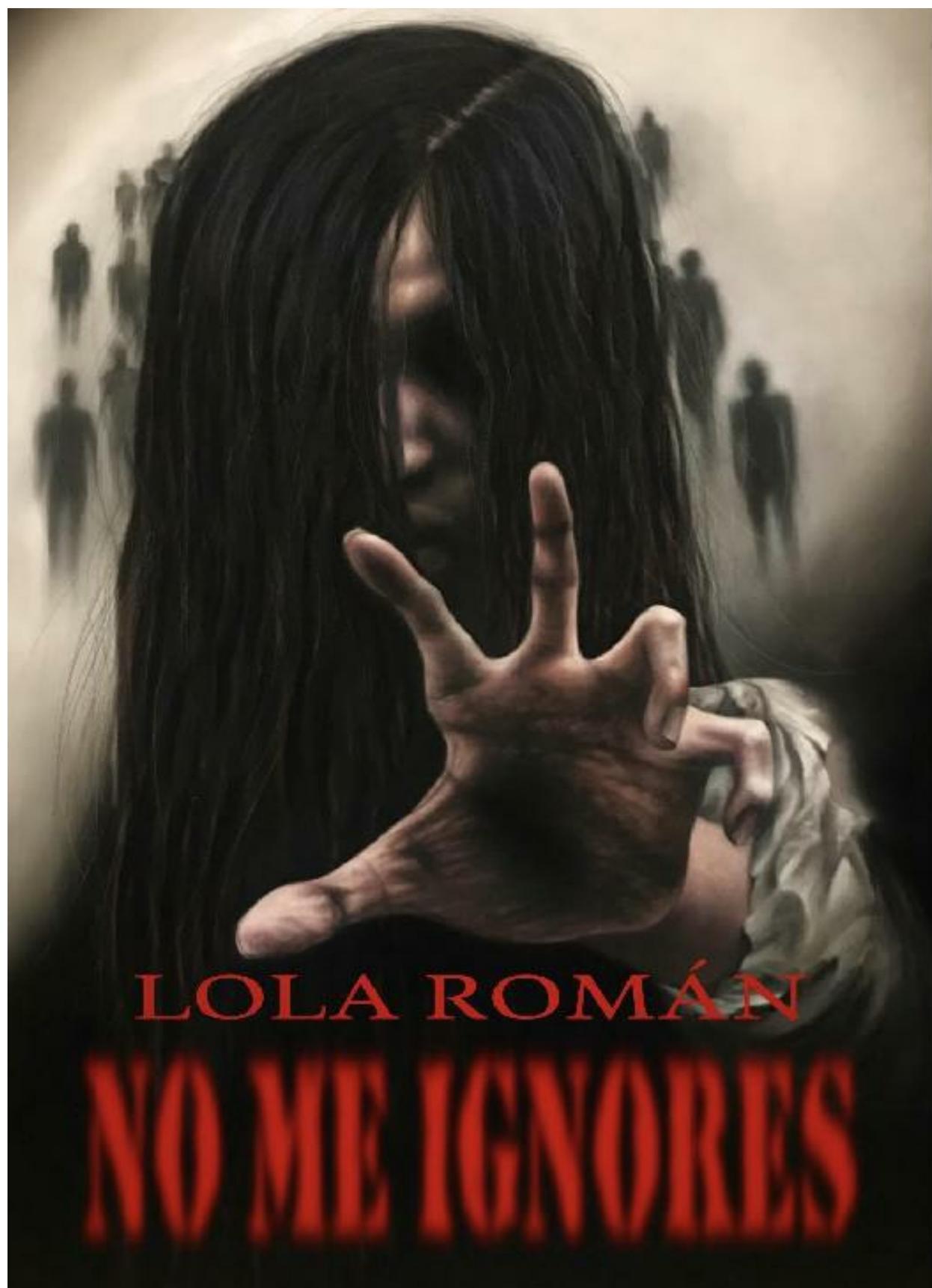


LOLA ROMÁN

NO ME IGNORES



LOLA ROMÁN

NO ME IGNORES

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por medios de grabación u otros métodos que no pertenezca a esta plataforma, sin previo aviso y por escrito del editor o autor: lola.arte.barea@gmail.com. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del código penal)

PROLOGO

Existen teorías asegurando que la gente no cambia su manera de ser, sino que esas personas no son como creías que eran. Me río yo de esa absurda teoría. Juro que en mi persona se desmonta esa falacia; yo misma no soy la que un día fui, pues pasé de ser una buena persona, cariñosa, ejemplar, a ser de lo peor, una auténtica escoria, la maldad personificada con cara de niña buena, para después intentar ser una persona íntegra otra vez y de nuevo volver a convertirme en un ser despreciable.

En ocasiones, el destino te empuja a hacer cosas que jamás imaginaste que serías capaz. Los vivos me ayudaron a cambiar de conducta: algunos para bien y muchos para mal. Lo peliagudo viene cuando te busca la mismísima muerte y es esta la que te obliga a cambiar. Aunque sigo viva, la muerte me eligió, ha llegado a mí y me ha cambiado para el resto de mi vida. Ahora, he de elegir: si quiero seguir viviendo, otros tendrán que morir. Yo misma me he convertido en parte de la muerte.

NO ME IGNORES

Esto es un juego de tres...

SOLA

Mi nombre es Dhana Allen. Nací y me crié en una tranquila ciudad del condado de Nelson, Kentucky, en una bonita y tranquila comunidad de casas unifamiliares, calles amplias, limpias, y jardines bien cuidados; mis vecinos son familias bien estructuradas. Todo parece perfecto... hasta llegar a la vivienda de la familia Allen, una casa de personas con apariencia de estar bien acomodadas; economía holgada y una educación modélica.

¡Ja! Qué lejos de la realidad, esto solo es de cara a la gente. Mi familia está rota, mi padrastro llevaba acostándose con la zorra de Conny Allen, mi madre, desde antes de que mi padre muriese. Los inmorales andaban revolcándose mientras él agonizaba en un hospital donde mi madre lo tenía abandonado. No fue a visitarlo ni por petición de él en su lecho de muerte. Andaba muy ocupada teniendo sexo con el traidor amigo de mi padre: Barnett Jones.

Toda esta historia comenzó hace poco más de dos años; en la actualidad, tengo diecinueve. El supuesto mejor amigo de mi padre, Barnett Jones, se separó de su mujer al año y medio de estar casados. Él era alcohólico, además de mujeriego, y su esposa ya no pudo aguantar más aquella insostenible situación, poniéndole fin a aquel fracaso de matrimonio. Barnett no tenía dónde ir; y mi padre, al considerarlo más que un amigo, un hermano —pues estos se conocían desde niños— le propuso quedarse en el sótano de nuestra casa, con la única condición de solucionar su problema de alcoholismo, encontrar trabajo y, a continuación, casa. El sótano estaba bastante bien acomodado, era casi un pequeño departamento, incluso había una chimenea.

A los cinco meses de instalarse en nuestra casa, Barnett decidió quedarse, sin intención de marcharse, con el pretexto de cuidar de nosotras, pues a mi padre le diagnosticaron una grave enfermedad «rara degenerativa», la cual estaba acabando con su vida. Poco a poco, fue perdiendo la sensibilidad en su cuerpo, a la vez que sus huesos se le iban deformando. Podías clavarle una aguja y, aunque le arrancarás un trozo de piel, él no experimentaría dolor alguno. Mi madre empezó a sentir repulsión hacia mi padre cuando veía sus manos retorcidas o cuando le dábamos de comer; como no sentía dolor, apretaba la mandíbula al masticar y, en ocasiones, se le rompían los dientes o se los clavaba en las encías, provocándole continuos sangrados. A ella le comenzó a dar asco aquella situación, por lo que buscó una clínica donde ingresarlo y quitarse de encima a la que, para ella, era una molesta y desagradable presencia.

Aunque Conny nunca fue una mujer cariñosa —ni con mi padre ni conmigo—, era extraño aquel cambio tan brusco de ella hacia él. Apenas iba a visitarlo al hospital, cosa que yo sí hacía todos los días. Por aquellas fechas, yo tenía diecisiete años e iba y venía sola para estar con él. Siempre fui una chica responsable, educada, amable y estudiosa. Los enfermeros ya me conocían bastante bien, sentían lástima por mí y me dejaban quedarme a dormir allí con él cada vez que yo quisiera. Me preparaban una bandeja de cena hospitalaria y una dura camilla de urgencias, pasando así las noches a su lado.

Una de aquellas ocasiones en las que me iba a quedar en el hospital, recordé que tenía un

examen al siguiente día y no había estudiado; avisé a los enfermeros para que no me preparasen nada, pues me tenía que marchar.

A toda prisa y por las altas horas que ya eran, iba casi corriendo. El suelo estaba húmedo por la rociada de la noche y no había nadie por las calles. Como alma que lleva el mismo diablo, llegué a mi casa casi sin poder respirar y sudando, a pesar del frío que hacía. Entré en la vivienda, la cual se encontraba a oscuras y en absoluto silencio; me dio la impresión de estar sola en ella. Fui a la cocina para buscar algo de cena, pero, como de costumbre, mi madre nunca dejaba algo para mí, pienso que ni siquiera se acordaba, así que, como tantas otras veces, me calenté un vaso de leche y corté un trozo de bizcocho y me los llevé al salón, donde solía hacer las tareas escolares en algunas ocasiones. Abrí mi libro para proceder a estudiar. Todo estaba tan silencioso que se oía a la perfección cada vez que pasaba una página del libro. Y, entonces, en medio de aquel silencio, comencé a oír unos golpes. Me sentí bastante inquieta al no saber a qué se debía aquel ruido. Me levanté de la silla para ir a comprobar de qué se trataba, me fui acercando al lugar del cual creí que procedían. Conforme me iba acercando, empezaron a oírse gemidos y palabras obscenas. Con mucho sigilo, abrí la puerta del sótano. Muy despacio, comencé a bajar; y en el cuarto escalón me quedé paralizada. Desde allí, pude ver, entre la luz tenue de la chimenea y desde el espejo que había en esta, a mi madre: se encontraba desnuda encima de Barnett. El corazón se me aceleró de tal manera que mi reacción fue gritarle: «Putá». Salí corriendo y me encerré en mi habitación.

Casi me pisaban los talones. No tardaron nada en suspender su repugnante actividad y subir. Barnett abrió mi puerta de una patada, en ropa interior, semidesnudo y con un cinturón en la mano. Recibí una brutal paliza por parte de él, alegando que había ofendido a mi madre. Mientras este me golpeaba, mis ojos quedaron clavados en mi madre; ella se encontraba en la puerta de mi habitación, aún desnuda y con una sonrisa de satisfacción en su rostro. En sus labios pude leer un «lo tienes merecido»; fue ahí, en ese preciso instante, cuando comprendí que me encontraba sola, no tenía quién me auxiliase.

Aquella noche esperé a que los dos desvergonzados (el borracho de Barnett y la zorra de mi madre) se durmiesen. A mis diecisiete años, decidí irme de mi casa: cogí la mochila del instituto, saqué mis libros y metí algo de ropa íntima y un pijama rosa, el cual venía guardado en un saquito de tela; fue un regalo de mi amiga Sasha en mi último cumpleaños. Saqué de su escondite una cantidad de dinero bastante importante; mi padre lo tenía oculto para protegerme económicamente para una emergencia, en la cual él no pudiese hacerse cargo de mí y del que solo él y yo sabíamos de su existencia, ya que mi madre, aparte de ser una adúltera, también era adicta a ciertas sustancias.

Mi reacción fue ir junto a él, al hospital donde se encontraba ingresado. Cuando llegué, los enfermeros me miraron con cara de no saber cómo actuar; algo no andaba bien. Habían llamado a mi casa en el intervalo que tardé en llegar al hospital. Mi padre pidió hablar con Conny antes de que fuese demasiado tarde, pero ella se negó poniendo como excusa que no quería volver a oírlo, pues tener para siempre en su recuerdo el sonido de la «balbuceante voz» de un moribundo déforme, con el cual se había acostado, provocaría en ella que jamás pudiese mantener relaciones sexuales con nadie más; pues cada vez que aquella imagen regresara a su memoria se lo impediría. Él la conocía a la perfección y solo quería hacerle jurar que no me haría daño en su ausencia, pero ya era demasiado tarde para ello, porque ella ya había comenzado.

Me acerqué a él en compañía de Lina, una de las enfermeras que lo atendía. No querían dejarme sola en aquellos duros momentos. Thomas Allen, mi padre, yacía frío y sin vida en su

cama; aun así, quise darle un último beso.

Sus restos fueron incinerados en el tanatorio del hospital. Aunque acompañada por algunos enfermeros —los cuales se iban turnando para que no me sintiese sola—, me sentía desconsolada. Mientras incineraban a mi padre, no paraba de darle vueltas a la idea de irme de mi casa. Mi padre muerto y yo marchándome de la vivienda que con tanto esmero, trabajo y esfuerzo él pudo pagar... Pero ¿dejarles el camino libre a esos dos sinvergüenzas? Así que desistí de aquella idea. Me entregaron los restos de mi progenitor en una pequeña urna metálica. Estaba fría, y tenerla en las manos no resultaba agradable.

En la puerta del hospital me esperaban Conny y Barnett en el automóvil de mi padre. Fueron a recogerme por petición de los trabajadores del hospital, ya que me encontraba muy afectada por la pérdida. Subí al coche y las primeras palabras que recibí de mi padrastro fueron: «En cuanto lleguemos, tira esa porquería que llevas en las manos y después te las lavas». Ante lo cual, mi madre añadió: «Sí, sería asqueroso tener a un muerto en *mi casa*».

¿Su casa? Me quedé en silencio, pero con las ideas claras. No me marcharía de «mi casa» y a mi padre nadie lo iba a tirar, así que con mucho sigilo, cogí el saquito de tela donde guardaba el pijama y vacié las cenizas en él. Ninguno de los dos se dio cuenta.

Cuando llegamos a casa, lo primero que hizo Conny al bajar del coche fue dirigirse a la cubeta de basura. La destapó y, señalando con el dedo, me ordenó muy seria tirar aquello de inmediato. Miré a Barnett, el cual hizo un gesto con la cabeza obligándome a obedecer a mi madre.

Sin mediar palabra, y con la tranquilidad de que en la urna ya no había nada, me acerqué a la cubeta, miré a los ojos de Conny y tiré la urna vacía. Ella puso de nuevo la tapa y se marchó hacia la casa, con el brazo de Barnett por su hombro.

Allí estaba yo; sola. Lo único que me respaldaba eran aquellos ahorros de mi padre, pero mi madre no sabía de la existencia de aquel dinero y así debía seguir siendo. Guardé el dinero y los restos de mi padre en el doble fondo de un baúl que heredé de mi abuela paterna. Allí guardaba objetos sin apenas valor, pertenecientes a mi padre y fotografías de él y mías. Sabía que Conny nunca tocaría allí y Barnett menos aún. Me daba la sensación de que sentían temor a sufrir una aparición de él. Quizá fuese porque no tenían sus conciencias limpias.

Mi infierno había comenzado.

MALDAD

Pasaron varios meses desde la muerte de mi padre y el maltrato físico y psicológico ya estaba muy marcado en mi personalidad. Para saciar la falta de cariño, la empecé a buscar en placeres de varias maneras: alcohol, algunas drogas, tenía sexo ocasional con desconocidos; pero lo que más me satisfacía era apropiarme de lo ajeno. Tal era el daño psicológico que el odio empezó a habitar en mí. Odiaba a mi madre, odiaba a Barnett, odiaba a mis perfectos vecinos por mirarme con cara de lástima e incluso odiaba a mi padre por haberse marchado dejándome sola; pero a quien más empecé a odiar era a Allan Fowler. Llegó a mi aula el mismo día que yo retomé las clases después de la muerte de mi padre. Aquel día, en clase, yo necesitaba un poco de atención, o quizá compasión, por parte de mis profesores y compañeros, pero todos centraron su atención en Allan, incluso mi mejor amiga Sasha, a la que, aunque era mi amiga, también empecé a odiar, pues parecía no darle importancia a la situación en la que yo me encontraba. Ella seguía con su ordenada y bonita vida en familia mientras a mí se me derrumbó la mía de golpe.

Allan, un chico enclenque con una piel descolorida y unos labios gordos, rojos y despellejados, con unas gafas ridículas que le hacían los ojos diminutos, se peinaba con una enorme raya al lado, esta llegaba desde su gran frente hasta la coronilla. Llegué a odiar hasta su forma ordinaria de vestir. En muy poco tiempo se hizo popular entre los profesores por su gran inteligencia y, sobre todo, por su *estatus social*. A Allan venía a recogerlo su chófer y, en algunas ocasiones, eran sus padres en su coche de lujo quienes se encargaban de ello. Su madre, una señora muy elegante, rubia, alta y de ojos verdes, la cual se veía muy formal cuando venía con su marido a recoger a su consentido hijo, pero cuando venía sola a alguna reunión con el tutor, cosa que hacía cada semana, cambiaba de forma drástica. Desde la ventana de nuestra aula, veía bajar aquella señora de su lujoso auto, cómo se atusaba el pelo y repasaba sus labios de rojo pasión en el espejo retrovisor. Conforme se acercaba al colegio, iba desabrochándose un par de botones de la blusa. A mi edad, yo ya me daba cuenta de las intenciones de la madre de Allan; era otra zorra igual a la mía.

Mis calificaciones pasaron de ser modélicas a ser vergonzosas, empecé a dejar a un lado los estudios. Las palizas de Barnett y las vejaciones e indiferencia de mi madre cada vez me iban desquiciando más, de tal modo que, al no poder defenderme en mi casa, lo hacía con los más indefensos del instituto. Mi favorito para desahogarme: Allan.

Llegaba al instituto bastante magullada por los golpes recibidos por Barnett; se acostumbró a darme palizas por las mañanas, ya que el resto del día estaba demasiado borracho para hacerlo. Sabía muy bien cómo pegar para no dejar huella, solía golpearme en las piernas, espalda y estómago, los que me provocaban todo el día un fuerte malestar, náuseas y vómitos. Eran tan habituales mis vómitos que la profesora llamó a mi madre para saber cuál podría ser la causa de aquel malestar. La muy cínica, sabiendo el porqué, puso como excusa mi complicada personalidad, debido a lo inquieta que yo era. Fue entonces cuando me otorgaron un pase para

poder salir del aula cada vez que lo necesitase, pues no podían permitir que una limpiadora del colegio pasase media mañana en el aula recogiendo mis vómitos.

Un día, salí de clase a toda prisa a causa de mi mal, pero cuando sentí el aire fresco me empecé a calmar. Aun así, decidí quedarme en los baños, porque no me apetecía regresar a clase durante un buen rato, me hacía bien estar sola. De camino a estos, y en el silencio del pasillo donde se encontraba la sala de profesores, oí un leve sonido que me resultaba bastante desagradable y conocido. Intenté abrir la puerta con sigilo, pero estaba cerrada. Me acerqué al agujero de la cerradura y alcancé a ver a dos personas sobre la mesa. Unas piernas de mujer con la falda subida hasta la cintura, las bragas colgando de un tobillo y con unos zapatos rojos de tacón; entre aquellas piernas, un hombre con el pantalón y la ropa interior hasta el suelo. Aunque lo intenté, no logré ver sus rostros, pues delante y ocultando estos había un perchero con chaquetas colgadas. Ellos intentaban no hacer ruido, pero sus gemidos se hicieron notar durante unos cuantos segundos. Después de aquellos jadeos, se separaron aprisa y se acomodaron la ropa. Yo me escondí detrás de la puerta del cuartillo donde guardaban el material y los productos de limpieza, el cual se encontraba justo enfrente. Se abrió la puerta y, para mi sorpresa, salió mi tutor; este miraba hacia ambos lados para verificar que no había nadie por los pasillos de aquel antiguo instituto. Detrás de él, y de la cual no me sorprendí, pues ya lo sospechaba, salió la señora Martha, la madre de Allan, con el carmín corrido por la cara y el pelo no tan bien como lo solía traer. Con la tranquilidad de no estar siendo vistos y de saber que ni en la sala ni en aquella zona de pasillos había cámaras de vigilancia, se despidieron con un beso en la boca jugueteando con sus lenguas, mientras Martha acariciaba entre las piernas al profesor. Parecía no importarles el lugar donde se encontraban.

Pasado un tiempo de aquel suceso, yo ya conocía el patrón de encuentros que solían tener la madre de Allan y Toni. El ignorante de Allan no tenía ni idea de lo que estaba ocurriendo. ¿Cómo era tan ingenuo ante algo tan evidente? ¿Acaso no le extrañaba que su madre acudiera al instituto tan seguido? En ocasiones, hasta dos veces en la misma semana. El caso es que a mí me producía satisfacción reírme de Allan.

—¿Quién es tu padre, Allan? ¿Acaso sabes cómo se llama?

Pobre ingenuo, ni siquiera me entendía, lo cual me causaba más risa. Cuando pasaba por mi lado, yo le hacía sonidos imitando a animales cornudos. Él solo se limitaba a mirarme muy serio.

—Allan, ¿sabes qué animal hace muuu y tiene cuernos? —Dhana se reía a carcajadas.

El cobarde de Allan solo se atrevía a contestarme si iba acompañado por sus amigos, pero cuando estaba solo huía de mí, el muy gallina.

Mi amiga Sasha sabía a lo que me refería y, con una sonrisa medio obligada, me acompañaba en la burla, pero cada vez se alejaba un poco más de mí. ¿Cómo podía hacerme esto, si yo era su mejor amiga? Su asquerosa familia modélica estaba intentando romper nuestra amistad. Quizá mis bajas calificaciones, mi problemática actitud, o porque en bastantes ocasiones llegaba llorando a su casa, pues yo intentaba hacerle ver que los padres no son lo que parecen y los suyos no eran diferentes al resto. Mi maldad crecía con cada paliza, con cada insulto, con cada desprecio. Pobre Sasha. En el fondo, la quería, era la única persona por la que aún tenía algo de buen sentimiento.

Un día, en un examen oral, Allan se pasó de listo y de gracioso con mi contestación errónea a una pregunta realizada por la profesora. Soltó una carcajada burlona, a la cual siguieron los demás compañeros a la vez; el estúpido me señalaba con el dedo. ¿Mi reacción? Aguanté las ganas de levantarme de la silla para ir a arrastrarlo de sus pelos grasientos por toda la clase, pero pensé fríamente cómo hacer el máximo daño al imbécil del cerebritito. Sentí la crueldad en mí y mis

deseos de desahogarme en él.

Pasaron varios días, en los cuales no paré de pensar en cómo hacer pagar a Allan sus estupideces; deseaba en lo más profundo transformar sus burlas en llanto. En una de mis salidas con motivo de los vómitos que me causaban los golpes de Barnett, caminaba hacia los baños cuando vi a un profesor sentado en uno de los antiguos bancos de madera que había en los laterales del largo pasillo. Parecía como si algo le preocupase. Se veía bastante joven para ser profesor y, por lo visto, muy despistado. Se levantó y se marchó, pasó por mi lado sin ni siquiera mirarme; sin embargo, yo sí me quedé mirando cómo se alejaba, el muy inútil. Se había dejado la chaqueta encima del asiento de madera. Miré hacia todas las direcciones y vi que no había nadie. Me acerqué y registré los bolsillos. En uno de ellos, una cartera con la documentación y bastante dinero. En el otro, un llavero con todas las llaves del instituto. No sé por qué lo hice, aquellos impulsos de realizar actos indebidos iban en aumento. Cogí todo y regresé a clase para evitar ser vista por los pasillos y que descubrieran el robo.

Cuando llegué a mi casa, saqué el dinero y guardé en mi baúl la cartera, como si de un trofeo de mi estúpida acción se tratase. Decidí observar durante unos días, por si estaban buscando las pertenencias de aquel despistado profesor, hasta que se olvidaran del tema.

Me pareció bastante extraño que nadie preguntase. No se oía hablar a los profesores de la pérdida de llaves, lo cual me causaba extrañeza. Aun así, dejé pasar un tiempo prudencial y, viendo la cosa tranquila, una mañana me decidí. A una hora en concreto —sabía que los pasillos estarían solitarios— salí de clase con mi pase. Llevaba las llaves en el bolsillo de mi chaqueta, aunque a mí solo me interesaba abrir una puerta: la sala de profesores. Allí es donde guardaban los objetos perdidos, requisados, etc. Me dirigí hasta ella y comencé a probar llaves. Mientras lo hacía me temblaban las manos y el pulso se me aceleraba. Entonces, fui consciente de que estaba sobrepasando los límites de cualquier otra chica de mi edad. Lo mío ya no era travesura. Comencé a sentir oscuridad y maldad en mis pensamientos. Por fin, di con la condenada llave. La separé del resto para que no se volviese a mezclar. Entré a la sala y cerré para estar más tranquila mientras husmeaba entre las pertenencias de los profesores: las notas referentes al alumnado, los números de teléfono de estos y demás documentos. Salí de allí y me fui a mi aula, pues los intervalos de tiempo pasados fuera de clase no debían ser sospechosos.

Mis pensamientos eran cada vez más retorcidos. Al día siguiente, volví a salir, sujetándome con una mano la barriga y con otra tapándome la boca, fingiendo tener náuseas; cosa que hacía de manera constante cuando no tenía ganas de estar en clase. Llegué a la sala de profesores y, de nuevo, busqué entre los documentos, copié algunos números de teléfono y direcciones, incluido el de Allan. Abrí un armario donde ponía «objetos requisados». Nunca había visto tantas cosas raras juntas: revistas pornográficas, juguetes de lata de cuerda, fotografías de antiguos alumnos, etc. Había una pequeña caja de madera bastante antigua. La abrí y pude comprobar que dentro había un destartado aparato dental metálico con un diente enganchado. Me dio mucha repulsión y lo solté de inmediato; mientras me limpiaba las manos en el jersey, algo me llamó poderosamente la atención sobre el resto: un antiquísimo tablero de *ouija*, con esquinas de plata, las letras y números también en plata incrustados en la madera. Esta era de un color caoba y tallada de una forma exquisita; a su lado, el *planchette*, también de plata; en él aparecían unas extrañas inscripciones que no logré entender pues estaban en otro idioma y símbolos labrados. Mis ansias de autosatisfacerme eran incontrolables, así que, sin dudar, me lo llevé. Salí de la sala y cerré de nuevo con llave. Escondí el tablero en el cuartillo de limpieza situado justo enfrente. No podía llegar al aula con aquello. Las horas se hicieron eternas, no conseguía quitarme de la cabeza que

encontraran la tabla allí y se dieran cuenta de que alguien andaba trasteando en la sala de profesores, «o sea, yo». Por ello, cuando terminaron las clases, me dirigí hacia donde había escondido aquello. Estaba bastante nerviosa por si era descubierta. Las piernas me temblaban cada vez más conforme avanzaba. Tenía temor a la posibilidad de que me tendieran una trampa y me pillaran a la hora de coger el tablero. Mis ojos no paraban de observar entre el bullicio resultante de la hora de salida; por si había alguien vigilando el cuarto de limpieza. Llegué al lugar y entré cerrando rápido tras de mí. Por la pequeña ventana de la puerta (no más grande que un cuaderno), entraba un poco de luz, la suficiente como para poder ver el interior. Sentí un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo. A pesar del ruido del exterior, dentro de aquella diminuta habitación había un silencio sepulcral. Y allí estaba ella: la tabla de *ouija*. Tuve la extraña sensación de que aquella cosa me estaba esperando y, durante unos instantes, me quedé inmóvil, mirándola sin poder apartar mi vista de ella. Pensé que no era buena idea llevarme aquello, quizá debía dejarla allí, pero ese pensamiento solo duró unos segundos, pues mi rebeldía pudo más que la poca conciencia que me quedaba. Para que nadie me viese con la tabla, me quité la chaqueta y la lie en ella. Me aseguré no ser vista por ningún profesor. Miré a través de aquella diminuta ventana de la puerta; solo había chicos eufóricos por la salida. Al abrir la puerta se rompió aquel extraño silencio que había. Aprovechando el bullicio para perderme entre los alumnos y, como alma que lleva el diablo, conseguí salir del instituto sin que nadie se diese cuenta de mi estúpida hazaña. Por fin pude respirar de alivio, pero tuve que parar en la primera esquina para vomitar. Esta vez no fue culpa de Barnett, sino de los nervios acumulados. Ya aliviada, me sentí eufórica, porque ingenuamente me salí con la mía. ¡Cuánta ignorancia!

Las cosas en mi vida iban empeorando a pasos agigantados y, lo peor de todo, no estaba siendo consciente de la gravedad del asunto.

¡CONTESTA!

A quella tarde llegué a mi casa más inquieta que de costumbre. Barnett y mi madre no se encontrarían en la vivienda a esas horas. Aun así, estaba muy nerviosa, podía oír las palpitaciones de mi corazón y mi respiración acelerada. Subí a mi habitación. La casa estaba en total silencio, el mismo que sentí en el cuartillo de limpieza del instituto. Oía mis pasos y el crujir de los escalones de madera al subir por la escalera. Entré en mi dormitorio y, desde la puerta, busqué un lugar dónde ocultar la *ouija*. Cada minuto iba siendo más consciente de que no era una buena idea tener aquello en casa y, mucho menos aún, dentro de mi habitación. Entonces, decidí que sería mejor sacarla de casa, esconderla en el garaje, o incluso se me pasó por la cabeza tirarla. Cuando bajaba por la escalera decidida a deshacerme de ella, oí cómo abrían la puerta, el murmullo de las voces de Barnett y mi madre y el ruido de las bolsas de plástico de la compra. Para no ser descubierta con aquello, me di la vuelta y entré a mi habitación de nuevo, cerrando con el seguro. Abrí el baúl, despegué la madera del doble fondo, cuando sonó mi puerta y oí la voz de mi madre:

—Dhana, ¿estás ahí?

—¡Sí, mamá! ¡Acabo de llegar, me estoy cambiando de ropa!

Rápido, escondí la tabla y volví a colocar la madera dejando así oculta mi acción.

Lo cerré con llave, y el sonido ambiental volvió de repente. Caminé hacia atrás sin despegar la mirada del baúl hasta retirarme de este. La ventana del dormitorio quedaba a mi izquierda, miré por ella durante unos diez minutos para intentar relajarme, con la mirada perdida hacia la calle, cuando, de pronto y para mi asombro, el viejo coche de mi padre —pero del que se adueñó Barnett— llegó y aparcó en el jardín. De él salían Barnett y Conny. Sacaron las bolsas de la compra y entraron en la casa. ¿Cómo podía ser? Por unos instantes, pensé que la mente me estaba jugando una mala pasada por los nervios de aquel escabroso día, o que quizá Barnett y a mi madre se les olvidó algo importante, obligándolos a salir de nuevo. Pero ¿en tan poco tiempo? ¡Era imposible! Cuando, de repente, alguien llamó a mi puerta:

—Dhana, ¿estás ahí?

No entendía cómo podía ser que me volviese a preguntar lo mismo que me había preguntado hacía unos diez minutos.

—Dhana, ¿estás ahí?

Con la voz temblorosa y extrañada contesté:

—Sí, mamá, estoy...

No me dejó terminar de hablar cuando me interrumpió para soltar por aquella sucia boca un puñado de sus habituales palabras humillantes:

—¿Y por qué no respondes a la primera, imbécil? Chica inútil, ¡no sirves ni para contestar! Baja de inmediato y coloca la compra. ¡Rápido!

Volví a quedarme en silencio. ¿Cómo me decía que no le había contestado si ya le dije anteriormente que me estaba cambiando de ropa?

—¿Me has oído, inútil? —Repitió el insulto.

Me cogí un pellizco en la camiseta y retorciéndolo del coraje, contuve una vez más mi rabia para no contestar de mala manera y así evitar una nueva paliza. Con voz amable, contesté:

—Sí, mamá, te he oído... Enseguida bajo... —Acto seguido e invadida por la ira, escupí hacia la puerta.

Aquella misma noche, y como de costumbre, cenábamos al fuerte y ensordecedor sonido de la televisión, a la vez que el de una antigua radio que también encendía Barnett para oír el partido de fútbol; ellos charlaban a todo dar, como si compitiesen con el alto volumen de la tele. Yo cenaba en silencio cuando, de repente, volvió aquel silencio sepulcral. Por unos instantes, pensé que podría estar teniendo algún problema de audición, por lo que incliné mi cabeza hacia un lado y golpeé como si intentase expulsar el agua cuando se cuele en los oídos. Vi como Conny y Barnett me miraron. Sé que ella me decía algo, pero no podía oírla. A juzgar por la expresión de su rostro, se veía bastante molesta. Mientras tanto, Barnett se reía. Sabía que mi madre me estaba regañando, así que, para que se calmara, agaché la cabeza y seguí cenando, haciendo como que estaba arrepentida de algo. Intenté fingir que no estaba ocurriendo nada; era bastante complicado ignorar aquello, pero preferí disimular antes de recibir una bofetada en mitad de la cena. Aquel silencio molestaba mucho más que oír a Barnett y a mi madre. Nunca imaginé que algún día iba a desear volver a oírlos. De vez en cuando, miraba sus labios para ver si podía leer en ellos lo que decían, pero sin resultado alguno, ya que hablaban a la vez que comían, pero se me hacía imposible. Bajé la mirada hacia mi plato para seguir cenando, cuando de pronto, oí cómo gritaban mi nombre; era una aterradora voz que procedía de la planta de arriba:

—¡DHANAAAAA!

Tan fuerte era aquel escalofriante grito que me tapé los oídos, aunque fue inútil mi acción, porque aquel sonido espeluznante traspasaba mis manos. Me agaché y, casi metida debajo de la mesa, empecé a sentir golpes en la espalda. Aquel espantoso grito al fin cesó y, poco a poco, comencé a recobrar mi audición. Pude oír la voz de mi madre y sus insultos, a Barnett, a la televisión y el sonido de los golpes que ella me estaba propinando. Aun así, me sentí muy aliviada al dejar de oír aquella voz demoniaca gritar mi nombre.

—¿Qué te pasa? ¿Acaso aparte de ser una inútil también estás loca? —increpaba mi madre a la vez que me zarandeaba del pelo (de fondo, las risas de Barnett)—. Recoge la mesa, la cocina y vete a dormir.

»Creo que ya he visto suficiente por hoy tu cara de estúpida como para aguantar también tus locuras... ¡Loca! —exclamó con tono agresivo.

Mi madre fue a ducharse; mientras, yo tenía que esperar a que el imbécil de Barnett terminase y poder retirar los platos. Se lo tomaba de lo más tranquilo, así que, al igual que otras veces, me senté frente a él a esperar. Estaba tan bebido como de costumbre, tan centrado en la televisión y en la vieja radio a toda voz que ni cuenta se daba de que yo lo estaba insultando en voz baja. Era el único momento del día en el cual podía desahogarme. Cuando acabó, me miró y, con la cabeza, me hizo un gesto para que comenzara a recoger sus asquerosos restos. Se levantó y se fue al sofá, a la vez llegaba mi madre en albornoz y con la cabeza liada en una toalla. Intenté tardar lo máximo posible en limpiar, pues no quería subir a mi habitación; no me cabía la menor duda de que aquel horripilante grito procedía de allí. Aterrorizada, entendí que yo había metido el mal en aquella casa.

Después de un buen rato, al fin mi madre despertó a codazos a Barnett, pues este se había quedado dormido en el sofá. A empujones se lo llevó a la cama, no sin antes darme sus peculiares

buenas noches:

—Loca, asegúrate de que cierras bien la puerta de la calle cuando regreses de tirar la basura.

—Me quedé en silencio—. ¿Me has oído, loca?

—Sí, mamá —respondí con mucho coraje en mi interior y apretando la mandíbula.

Era tan grande la rabia que sentía que, por unos instantes, olvidé lo ocurrido durante la cena. Mientras lavaba los platos, sentía una inquietud difícil de explicar. Aquella noche presagiaba que algo estaba muy cerca de mí. Me sentía observada y tenía la impresión de que, si estiraba el brazo, podría a tocar aquella presencia que me acompañaba. Terminé de limpiar y procedí a tirar la basura; pensé que salir a la calle a tan altas horas me causaría aún más terror, pero fue todo lo contrario. Salí de la casa y sentí una especie de liberación. Me dirigí hacia el contenedor de basura para deshacerme de esta, el cual se encontraba en la acera. Me giré y, desde allí, podía ver la ventana de mi habitación. Todo parecía en orden, aunque daba la impresión de que en mi dormitorio había más oscuridad que en el resto de las ventanas. Estuve unos dos minutos observándola. Hacía frío en la calle, era muy tarde y estaba sola. Aun así, me sentía más protegida allí afuera que en el interior de aquella casa.

El terror que sentía era tan grande que me impedía entrar, pues sabía que, si lo hacía, volvería a sentir aquella presencia. La calle parecía serena, así que con mucho sigilo me acerqué a la puerta y me senté en el umbral para resguardarme del viento helador. El cansancio que tenía y las altas horas hicieron que poco a poco me fuese relajando y me quedase dormida con la cabeza apoyada en el quicio. No sé cuánto tiempo transcurrió cuando empezó a llover; el ruido del agua y los salpicones me despertaron. En la esquina de la casa de al lado me pareció ver una sombra, quise pensar que igual era del árbol que se movía con el viento. Con el pico de la camiseta me sequé la cara, que estaba salpicada de agua, la retiré y, espantada, vi como aquella sombra se arrastraba hacia mí... Entré en la casa lo más rápido que pude. Con los nervios no atinaba a poner el seguro de la puerta. Las manos me temblaban, las tenía frías y mojadas, eso lo estaba complicando todo. Cuando pude cerrar, con el terror en los ojos, me acerqué a la mirilla. Allí había una sombra erguida al otro lado de la puerta. Caminé unos cuantos pasos hacia atrás sin querer apartar la mirada de la puerta, por temor a darle la espalda a aquello. Cuando sentí que me tocaban en el hombro, no pude evitar gritar a la vez que me giré. Era mi madre, esta gritó a la vez que yo, pues no esperaba mi reacción.

—¿Ves? Lo que yo digo. Estás loca, como una puñetera cabra. ¿Quieres matarme de un susto, imbécil? —dijo su madre.

—Yo... Yo... —tartamudeó Dhana presa del pánico.

—Mira, mejor cállate y ponme un vaso de *whisky*, que no puedo dormir.

Por una vez, Dhana sintió alegría de estar cerca de Conny. Entró a la cocina, cogió la botella y le dio varios y grandes sorbos antes de servir el *whisky*, sin que esta se diese cuenta. Después, le llevó el vaso al sofá donde se encontraba y se sentó frente a ella.

—Y ahora, ¿me quieres explicar qué coño haces levantada a estas horas y empapada?

—Olvidé tirar la basura antes de acostarme —contestó Dhana.

No podía decirle que me quedé dormida en la calle porque tenía miedo a entrar por culpa de la *ouija* que yo había metido en casa. Si ya me pegaban por cualquier cosa, por esto serían capaces de matarme a golpes.

Mi madre se quedó en silencio, tomándose su *whisky*. Me sorprendió que no me insultara o se riera de mí. La quietud de la noche hizo que me volviera a dar sueño. Intentaba no dormir, pero, de vez en cuando y por unos cuantos segundos, se cerraban mis ojos y la cabeza se me iba a los

lados. Entonces, los abría de nuevo y comprobaba que mi madre siguiera allí. En aquellos instantes me sentí aliviada al tenerla cerca, pues era tranquilizadora tener su presencia, tanto era así que al final me quedé dormida.

No sé cuánto tiempo transcurrió cuando desperté. Miré para comprobar si ella aún seguía allí, pero solo estaba el vaso vacío de *whisky*; se había tomado hasta la última gota. Mi madre ya se había marchado a su habitación.

Sola de nuevo, me tapé con una pequeña manta que había en el sofá. No iba a subir a mi habitación por mucho frío y sueño que tuviese, así que me quedé allí con la luz de la lamparilla encendida. Parecía que todo se había calmado. Quise pensar que quizá los nervios de aquel día, las altas horas de la noche y la influencia del saber que tenía una *ouija* en mi habitación me estaban jugando una mala pasada. Mis argumentos mentales consiguieron tranquilizarme, pero aquel autoconvencimiento se desvaneció cuando, de repente, el vaso de *whisky* vacío comenzó a moverse por la mesa; se quedó parado en el centro, inclinándose hasta quedar ladeado, apoyado en el filo de la base para posteriormente desgranarse. El vidrio se esparció por toda la superficie de la mesa. A su vez, la luz de la lamparilla comenzó a parpadear al mismo tiempo que el teléfono empezó a sonar. Asustada y sin saber qué hacer, corté la llamada, pero el teléfono volvió a sonar de nuevo y esta vez con más fuerza. Su timbre se oía distinto a como solía hacerlo, de forma distorsionada y cada vez aumentaba más el sonido. No entendía cómo mi madre o Barnett no lo oían; era imposible no darse cuenta de aquel ensordecedor timbre. Me tapé con fuerza los oídos y mantenía la esperanza de que alguno de los dos escuchase aquel teléfono y se levantara, pero al mismo tiempo que pensé eso, recordé que, al igual que el grito que oí en la cena, el teléfono también lo oía solo yo. Quería que todo pasase e intenté, aterrorizada, ignorar aquella llamada, cuando entonces, la vieja radio de Barnett se encendió pese a que esta no se encontraba conectada a la red eléctrica. En medio del ruido blanco que emitía, se oyó una espeluznante voz:

—¡Contesta!

NO ME IGNORES

A aquella voz procedente de la vieja radio me dejó en *shock*. Como si no tuviese voluntad propia, cogí el teléfono temblando y lo fui acercando a mi oído. No sé por qué, pero cerré los ojos con todas mis fuerzas; pensé que no podría soportar ver una aparición a la vez que la escuchaba. Con voz baja y temblorosa, contesté:

—¿Quién es?

Entonces, aquella voz diabólica respondió:

—¿Te gusta jugar, zorrita traviesa?

—Por favor, no me hagas daño —imploré sollozando.

Pero en aquel ente diabólico no habitaba el bien, mucho menos la compasión.

—Pequeña ladrona, ¿te gusta lo ajeno? Tienes algo que no te pertenece.

—¡Lo siento! —exclamé—. Mañana mismo lo devuelvo al lugar en el que estaba.

—¡Demasiado tarde! —Aquella voz demoniaca sonaba burlona. —Escúchame bien:

»Esto es... Un juego de tres.

»Y tú ya formas parte de él.

»Vivirás o morirás si juegas, pero si no inicias el juego, morirás seguro.

»¡No puedes escapar del juego que tú misma has iniciado!

Aquellas palabras me causaron una fuerte impresión y, tras ellas, perdí el conocimiento.

Desperté varias horas después con los manotazos que me estaba dando Barnett en la cara.

—¿Qué te pasa? ¿Hoy no piensas ir a clases? Levántate, vaga. No hagas que me enfade o te vas a ir al instituto calentita, como a ti te gusta. Me duele el brazo y hoy no tengo ganas de pegarte, ¡así que aligera! —amenazaba Barnett.

Al fin era de día. Por unos instantes, supongo que por el sueño y por los tragos de alcohol que había tomado aquella noche, intenté de nuevo mantener la esperanza de que todo lo ocurrido fuese una terrible pesadilla. Subí a mi habitación para vestirme y coger mi mochila, todo parecía estar en orden: por la ventana entraba el sol y llegaba hasta mi cama; en el quicio de esta, un pájaro me transmitió serenidad e hizo que me sintiera más tranquila. Entré a mi baño para lavarme la cara y arreglar mi cabello. El agua tenía una temperatura tan agradable que estuve un buen rato con las manos debajo del chorro, perdida en mis pensamientos. Me miré al espejo para peinarme y empecé a quitarme los enredos mientras el chorro de agua seguía cayendo. Agaché la mirada un instante para cerrar el grifo y alcé de nuevo la vista, lo que vi allí me dejó paralizada; en el espejo, la imagen de una chica vestida de blanco, con el pelo y la ropa manchada de un barro oscuro, sus ojos negros y endemoniados; de su boca, salía una especie de sangre cuajada, negra y putrefacta.

—¡No me ignores! —gritó intentando salir del espejo.

Cuando pude reaccionar salí rápido de allí, tapándome la cara para no respirar aquel olor nauseabundo que invadió el baño y mi habitación. Acto seguido, cogí mi mochila, bajé las

escaleras lo más rápido que pude y salí de la casa sin ni siquiera avisar de que me marchaba y en ayunas. ¿Quién iba a pensar en comer con lo que estaba ocurriendo?

Llegué al instituto más temprano que de costumbre. Todo parecía normal: los chicos gritando y riendo por los pasillos, los profesores reunidos tomándose un café mientras charlaban... Me sentía aliviada, pues todo aparentaba ser como siempre. Aun así, no podía dejar de observar por si veía algo fuera de lo habitual.

Mi corazón se sobresaltó al oír la sirena de entrada a las clases. En cuestión de algo más de dos minutos, los pasillos quedaron totalmente desiertos. Ya sentada en clase, con los compañeros en silencio y las explicaciones de la profesora, comencé a relajarme y a sentir sueño. Estaba muy cansada por lo ocurrido aquella noche e intentaba, como podía, no cerrar los ojos. Hubo un lapso de tiempo en el que no sé si estaba dormida o despierta. Bebí un poco de agua, me eché unas gotas en la mano y me refresqué los ojos para espabilarme e intentar seguir despierta. Estaba atenta a la profesora como hacía antes de morir mi padre, intentando olvidar lo ocurrido aquella noche. De pronto, una mosca se posó en una esquina de mi mesa; le acerqué el lápiz para echarla de allí, pero se subió a él, lo recorrió entero y llegó a mi mano. Agité la otra mano para que se fuera y lo conseguí, pero aquella mosca voló hasta el compañero de al lado, se le posó en el hombro, fue subiendo por su cuello y, para mi horror, se introdujo dentro de su oído. Me estremecí al ver aquello. Cuando quise alertar a aquel chico de lo que había sucedido para que se sacase aquel bicho, el teléfono de la profesora comenzó a sonar y, acto seguido, los teléfonos de los compañeros también; vibraban y sonaban todos a la vez. Aquel ruido era cada vez más fuerte y distorsionado, pero ninguno prestaba atención, nadie los oía, solo yo. Intenté simular que no estaba ocurriendo nada; al no oír a la profesora por culpa de aquel fuerte sonido, miraba a sus labios para poder distraer la mente al centrarme en algo, con la esperanza de que aquello acabase de una vez. Esta se dio la vuelta hacia la pizarra para proceder a escribir en ella. De pronto, su cabeza comenzó a girar hasta quedar mirándome; no era ella, aquello tenía un rostro demoníaco y, con la misma voz de ultratumba que ya había oído aquella noche en el teléfono de casa, gritó:

—¡NO ME IGNORES!

Presa del pánico, me levanté de la silla y caminé retrocediendo sin poder apartar la vista de aquel ser demoníaco, y empujando las mesas de los compañeros al intentar salir de allí. Sentí cómo alguien me agarraba de la muñeca. Grité con espanto dando un fuerte tirón hacia atrás para soltarme de lo que me estaba sujetando. Entonces, tras aquel grito, el ruido cesó de inmediato. Cuando miré para comprobar qué era lo que me sujetaba, vi que era mi compañero Allan, que me recriminó:

—¡A ver si miras por dónde vas! ¡Me lo has tirado todo al suelo!

—¡Allan...! —le regañó la profesora—. ¿Te sientes mal, Dhana?

La miré, y para mi alivio, su rostro volvía a ser normal.

—No me encuentro bien —respondí con voz temblorosa y la cara descompuesta.

—Sí, te veo bastante mal. Vete al baño y refréscate.

Muy despacio y desconfiada, salí del aula, no sin antes darme la vuelta para observar una vez más a mis compañeros y a la profesora; estos me miraban con extrañeza y en silencio.

Cerré la puerta tras de mí y me alejé del aula en dirección a los baños. Me iba preguntando cómo era posible que me estuviese ocurriendo todo aquello si aún no había utilizado la *ouija*. Absorta en mis pensamientos, algo me interrumpió; frente a la puerta de la sala de profesores —la cual se encontraba cerrada— la figura de una chica con aspecto fantasmal me miró para, acto seguido, desaparecer atravesando dicha puerta. Parecía el mismo *ser* que vi aquella mañana en el

espejo de mi baño.

Empecé a entender que aquello no iba a cesar hasta que comenzase el juego. Si jugaba podría morir o podría vivir, pero si no lo hacía, moriría seguro... y a saber qué clase de muerte horripilante me esperaría. Así que me armé de valor y tomé aquella aparición como una señal. Me dirigí hacia la sala e intenté abrir muy despacio, pero la puerta se encontraba cerrada. Rápido, saqué la llave de mi bolsillo, eché un último vistazo para comprobar que no hubiese nadie observando, abrí la puerta y di un pequeño paso hacia el interior de la oscura sala. Había un frío helador que generaba vaho al respirar, giré la vista y... allí estaba, el espectro de aquella chica, vestida como si fuese de una década lejana. Estaba inmóvil y con el brazo extendido señalando hacia el armario de donde robé la *ouija*. Miré hacia donde ella indicaba y volví a mirarla. En aquel momento, aquel *ser* de apariencia casi translúcida tomó cuerpo sólido y, a la vez, su cara se volvió demoniaca... Caminó hacia mí y gritó:

—¡No me ignores!

Tapé mis oídos y cerré con fuerza los ojos, hasta que aquel espantoso grito cesó. Esperé unos cuantos segundos, poco a poco y con mucho temor a lo que me pudiese encontrar, empecé a abrir los ojos. Aquella cosa ya no estaba.

Comprobé que la puerta estuviese cerrada, no podía arriesgarme a que algún profesor me sorprendiese dentro de aquella sala. Ahora más que nunca necesitaba estar allí, debía investigar lo que debía hacer; era el único modo de terminar con todo aquello que me estaba pasando. Si me pillaban allí dentro, con toda certeza me expulsarían del centro, no podría realizar aquel macabro juego y sufriría las terribles consecuencias.

Abrí las puertas de tablillas de aquel enorme armario y comencé a buscar pistas. Pero no encontraba nada que me orientara, hasta que cogí la caja de las fotografías, la abrí y le eché una rápida ojeada. Aunque las escenas eran iguales, parecían de distintas épocas. Debía controlar el tiempo que transcurría desde que salí del aula para que mi profesora no se extrañase de mi tardanza y me viniese a buscar. Me detuve en una de las fotografías; en ella aparecían tres jóvenes utilizando la *ouija*. Sus rostros eran escalofriantes y sin expresión alguna. Me aterrorizó ver la *ouija* que aparecía en aquellas fotos, era la misma que robé y tenía en mi casa escondida. En todas las fotos se apreciaba una oscura silueta. Pensé que podría tratarse del mismo ser que me condujo hasta allí y el mismo que vi en el espejo de mi baño.

Miré el reloj y vi que ya era hora de volver. Guardé las fotos en mi chaqueta y dejé la caja en su sitio para intentar no levantar sospechas. Cerré el armario, salí con sigilo de la sala de profesores y cerré con llave de nuevo.

Con paso acelerado, llegué a mi aula. Desde la pequeña ventana de la puerta quise comprobar que todo estuviese en orden. Mi profesora estaba sentada corrigiendo unos exámenes, mientras mis compañeros hacían la tarea en silencio. Ella, desde su mesa, giró su mirada hacia mí. Temí que volviese a ocurrir lo mismo que pasó anteriormente, en cambio, me sonrió amable e hizo un gesto con su mano para que entrara en clase.

—¿Te encuentras mejor, Dhana? —preguntó la profesora.

—Sí, gracias...—contestó.

El resto del día fue bastante tranquilo, lo único que me incordiaba era el imbécil del cerebritito de Allan; se hacía el gracioso y todos parecían ser felices con sus absurdecos. Nunca aguanté sus tonterías y ahora, con lo que me estaba pasando, menos aún. Él era feliz y querido por todos; yo vivía amargada, no me sentía querida y, para colmo, aterrorizada. Quizá por eso lo odiaba tanto: él lo tenía todo y yo... ¡nada!

A la hora del descanso, Sasha y yo solíamos pasar el rato del recreo en la parte de atrás del instituto. Nos sentábamos en el umbral de una puerta que daba a aquella zona y la cual nunca abrían. Era nuestro pequeño rincón, ya que las mesas bajo los árboles siempre las solían coger el mismo grupo de chicas, todas ellas unas hijas de papá y mamá, unas pijas engreídas. Sasha y yo estábamos en silencio. Ella intentó, en varias ocasiones, sacar algún tema de conversación, pero yo ese día estaba cortante con ella. Le contestaba con frases cortas y de tal manera que la conversación no tuviese por dónde continuar. No me apetecía hablar, no podía pensar en otra cosa que no fuese lo que me estaba ocurriendo. Aquel silencio que teníamos Sasha y yo fue interrumpido por el imbécil de Allan Fowler y dos de sus amigos, igual de repelentes que él; venían a hacerse los graciosos delante de aquellas chicas entre las que también se encontraba Maddie. Se sabía que a Allan le gustaba aquella chica, porque no paraba de hacer el estúpido cada vez que la veía. Se ve que el gafotas descolorido era el cabecilla de aquel ridículo grupo. Conforme iba acercándose a nosotras, le iba dando un sorbo a un envase de leche. La conservó dentro de la boca, se acercó a mí, se apoyó en la pared con el brazo a la altura de su grasienta cabeza y, con el otro brazo, se sujetó el estómago. Uno de sus amigos se acercó a él y le preguntó:

—Dhana, ¿tienes náuseas?

Allan, imitando el sonido que asemeja al vómito, soltó la leche que se había guardado en la boca y esta me salpicó en el pantalón. Acto seguido, los dos imbéciles de sus amigos comenzaron a reírse a carcajadas. Allan parecía estar orgulloso de su estupidez mientras, haciéndose el chulo, miraba de reojo a ver si Maddie lo miraba. Sus amigos chocaron las palmas con él, alabando su molesta broma. Después, se giraron para marcharse. Cuando la ira me hizo levantar de donde me encontraba sentada, quise matarlo allí mismo, en el patio del instituto. Me dirigí hacia él, que se encontraba de espaldas, pero, cuando me dispuse a alzar el brazo para golpearle, mi amiga Sasha me sujetó de la muñeca y con su voz dulce de niña buena me dijo:

—Sigues siendo la misma ingenua de siempre. Aún no, ¡sé más inteligente que él, busca el momento más oportuno!

Sentí una rabia inmensa hacia Sasha por no dejarme sacarle los ojos a aquel enano repulsivo, así que, de un tirón, solté mi brazo de su mano. En ese momento, estaba demasiado cegada por la ira, pero a la vez muy sorprendida por cómo mi amiga, con su dulce voz, podía pensar con tanta frialdad. Quizá mi influencia sobre ella estaba dando al fin sus frutos. En ese instante, y mientras observé cómo se alejaba Allan riéndose con sus amigos, supe qué era lo que iba a hacer con aquel cabrito engreído.

Aquel día terminaron las clases sin más incidencias, pero no me hacía ninguna gracia regresar a mi casa. Iba a ser un fin de semana extraño y largo.

Caminé con paso lento e indeciso, pues pensé que a lo mejor sería conveniente quedarme sentada en algún lugar hasta que Conny llegase de trabajar. El borracho de Barnett tampoco se encontraría allí, andaría bebiendo de bar en bar, como de costumbre. No quería llegar, pues me sentía más protegida en cualquier otro lugar. Fui al mejor sitio donde podría estar y el cual hacía mucho que no visitaba: una antigua cafetería que estaba a tan solo una manzana de mi casa. Los dueños (Lilianne, de 81 años, y Peter Robertson, de 83), un matrimonio sin hijos, aunque eran ya bastante mayores, seguían trabajando; de vez en cuando tenían que contratar a alguien para que les echase una mano. Con mi madre se llevaban a matar, ellos sabían bien del trato que me daban en casa y cómo Conny engañó a mi padre con Barnett cuando él estaba enfermo. Mi padre era huérfano de madre, ella murió tras nacer él. Mi abuelo paterno y Peter Robertson eran vecinos y amigos. Los Robertson, al no tener hijos, vieron en mi padre al hijo que jamás tuvieron, ayudando

así a mi abuelo paterno a criarlo sin que él notase la ausencia de una madre. Aquel lugar y la compañía de los Robertson me traían muy buenos recuerdos. Mi padre me llevaba a desayunar allí todos los días antes de ir al colegio. Lillianne me preparaba unas riquísimas tortitas con sirope de caramelo, mientras mi padre tomaba su café a la vez que leía el periódico junto a Peter. Mi padre les prohibió que fueran a visitarlo al hospital, pues quiso evitarles el sufrimiento de que lo viesen en el estado que se encontraba en sus últimos meses de vida, pero, eso sí, les pidió que estuviesen pendientes de mí cuando él muriese, cosa que mi madre jamás permitió: les prohibió que se acercasen a mi casa, y a mí me tenía terminantemente prohibido ir a visitarles. Pero aquel día todo me daba igual. Prefería mil veces una paliza de Barnett por desobedecer a mi madre antes de ir a aquella casa, que para mí se había convertido en el peor de los infiernos, y ahora nunca mejor dicho.

Cuando aún no había llegado a la cafetería de los Robertson, Lillianne me divisó desde una de las ventanas; salió de allí, con su delantal y su paso torpe, pero lo más rápido que podía y con los brazos extendidos se dirigió hacia mí. Aquel abrazo me hizo cerrar los ojos y abrazar a Lillianne como nunca había abrazado a nadie. Aquella muestra de cariño era muy necesaria para mí en aquellos complicados momentos de mi vida...

Caminé con Lillianne hacia la cafetería. Ella me cobijaba con su brazo por mis hombros; y yo a ella, con mi brazo por su cintura.

—¡Peter! ¡Viejo! ¡Dios nos ha dejado caer a un ángel! ¡Sal, viejo, mira qué regalo nos acaban de traer! —gritó Lillianne de emoción.

—¡Mi niña hermosa! —exclamó Peter—. ¡Cuánto te hemos echado de menos! —expresaba con emoción mientras me abrazaba.

—¡Vamos para adentro! —propuso Lillianne—. Te voy a preparar algo que seguro que has echado de menos: ummm, unas ricas tortitas con caramelo bien calentitas.

Lillianne entró en la cocina mientras yo me quedé con Peter sentada en el pequeño y alargado salón de la cafetería. Nos sentamos en la misma mesa en la que solía sentarme cuando iba con mi padre. Peter, con los ojos vidriosos de la emoción, me cogió las manos. Aunque muy arrugadas, las suyas eran suaves y cálidas; para mí, en aquel momento, las manos más bonitas que jamás había visto. Peter me hizo mil preguntas a la vez sin dejarme espacio para poderle responder. Lillianne asomó la cabeza y le gritó:

—¡Viejito, deja que la niña hable!

Peter me sonrió y yo le devolví la sonrisa.

—Siento no haber venido a visitaros antes —explicó avergonzada.

—No importa nada, mi niña, tú no tienes la culpa. Lo único que importa es que ahora estás aquí y que todo vuelva a ser como antes... —relataba Peter con lágrimas en los ojos.

Lillianne trajo a la mesa las primeras tortitas.

—Sí, cielo. Lo único que nos importa es que por fin estás aquí y que de ahora en adelante siga siendo así —afirmaba con voz cariñosa mientras acariciaba su rostro de igual manera. Le faltaban dos dedos en la mano, pero aquellas caricias eran las más hermosas que había recibido Dhana.

Disfrutó de aquellas tortitas como si nunca en su vida hubiese comido. Aquel aroma a canela y caramelo, aquel olor a café recién hecho en el salón de la cafetería la transportaron a tiempos pasados, donde todo era perfecto. Entonces, se dio cuenta de que su padre, al fin y al cabo, no la dejó tan sola como ella había estado pensando todo aquel tiempo.

Dhana se alegró de estar allí. Desde que murió su padre no se sentía tan querida y bien tratada. Lillianne se levantó de un salto de la mesa y, con las manos en la cabeza, exclamó:

—¡Las tortitas se me van a quemar!

Peter, sonriendo, agregó:

—¡Y luego dirás que el viejo desmemoriado soy yo!

Dhana soltó una carcajada; Peter, riéndose, se levantó de la mesa y, con paso lento, se fue para la cocina:

—Voy a traerte algo de beber, porque la vieja... ¡te va a ahogar con tantas tortitas!

Dhana estaba encantada de estar allí, tanto que hasta se le olvidó todo lo que le estaba ocurriendo. Ella saboreaba aquellas deliciosas tortitas mientras sentía que Lilianne y Peter, pese a no ser de su misma sangre, eran la única familia que le quedaba, y estaba feliz por ello. Mientras comía, todo se quedó en silencio. No oía a los Robertson. Otra vez aquel silencio sepulcral, solo se escuchaba el zumbido de una mosca que volaba hacia ella, se posó en el filo de su plato, sobre las tortitas, y se metió entre ellas. Dhana, muy despacio, levantó una de las tortitas para comprobar si de verdad se había metido la mosca allí o si solo era producto de su imaginación.

—¡Moscas!

Al ver las tortitas llenas de aquellos insectos dio un respingo de la silla, a la vez que retembló del sobresalto; la televisión de la cafetería, que se encontraba apagada en aquellos instantes, se encendió sola. De nuevo pudo distinguir entre el ruido blanco la frase «¡NO ME IGNORES!».

Al mismo tiempo que aquella sombra que vio la noche anterior pasó por su lado arrastrándose por el suelo y en dirección hacia donde se encontraban Lilianne y Peter.

Tuve miedo, pues pensé que aquello era una señal de advertencia. No quería que aquella experiencia demoníaca en la que yo estaba envuelta afectara a los Robertson. No, no podía permitir que les pasase algo malo.

Saqué un bolígrafo de mi mochila y, en una servilleta de papel, les escribí: «Os quiero, pero no me busquéis».

Salí de allí lo más rápido que pude. Volví mi mirada a aquel lugar una vez más y, a lo lejos, vi a Lilianne con el plato de las tortitas en sus manos y el rostro lleno de preocupación, mientras Peter la rodeaba con un brazo y sujetaba con su otra mano la nota que les había escrito.

Sentí mucha tristeza al ver sus rostros, pero no podía hacer otra cosa más que irme de allí para protegerlos y llevarme conmigo aquel mal que me acompañaba.

SASHA

E staba casi anocheciendo cuando llegué a mi casa y, para mi tranquilidad, mi madre ya había llegado. Entré y allí estaba ella. ¿Cómo podía ser que me alegrase tanto verla? No sé si seguía influenciada por el cariño que recibí de los Robertson durante mi visita, la cosa fue que me acerqué a mi madre con la intención de abrazarla y darle un beso en la mejilla. Estaba sentada a la mesa, puse mi mano sobre su hombro y ella también puso la suya sobre la mía, pero comenzó a apretar con mucha fuerza y causándome dolor. En ese momento, vi como empezaron a salirle moscas del interior de los oídos y como estas caminaban entre su cabello rubio.

—¡Suéltame! —gritaba de pánico.

La miré a través del espejo del aparador, desde el cual esta me miraba; aquella cosa reflejada en el espejo no era mi madre, estaba toda manchada de barro y de su boca salía una sangre negra, espesa y putrefacta, que salpicaba sobre la mesa al hablar.

—¿Cuándo vas a comenzar? Te estamos esperando.

Tras aquellas palabras, me soltó. Acto seguido, caí al suelo y, arrastrándome hacia atrás como pude y sin poder dejar de mirarla, llegué hasta la mochila, la cogí y subí rápido hacia mi habitación. Cuando, a mitad de la escalera, mi madre me llamó:

—¿Dhana?

Al oírla, sentí que volvía a ser ella. Todo parecía regresar a la normalidad e intenté, sin éxito, calmarme. Ella se acercó a la escalera y desde abajo me preguntó gritando:

—¿Qué te pasa? ¿Entras sin avisar de que has llegado? En serio, Dhana, cada día me arrepiento más de haberte parido.

Sin responder a sus hirientes palabras, la miré con la misma cara de desprecio con la que ella me estaba mirando a mí. Me sentí muy estúpida por haber deseado por unos instantes sentir algo de cariño por su parte... Estaba entre dos infiernos, el de la *ouija* y el de mi madre.

Subí lo que quedaba de aquella escalera y, allí estaba yo, tan cerca de mi habitación, parada frente a la puerta y con el terror reflejado en mis pupilas. Despacio, extendí el brazo, agarré el pomo y, girándolo de manera suave, abrí un poco la puerta. La oscuridad que había allí se percibía igual a una especie de humo denso, negro y el cual casi se podía palpar. Metí el brazo por la pequeña abertura y logré alcanzar el interruptor de la luz. Aquella sensación de espesor en el ambiente se disipó en el mismo instante en que se hizo la luz en el lugar. Tenía muy claro que debía continuar: aquel era un macabro juego sin retorno y yo solo quería acabar con aquella situación de una vez.

Me senté en una esquina de la cama mirando hacia el baúl donde tenía oculta la *ouija*. Al cabo de unos minutos, saqué de mi chaqueta las fotografías y las empecé a ver una a una, ya que en el instituto no las pude ver todas. Esta vez con más detenimiento, para intentar entender qué era lo que debía hacer.

Pude observar que en todas ellas se repetían las mismas escenas, la misma tabla, pero distintos

lugares, distintas personas y en distintas épocas. Las caras de todos los retratados tenían la misma expresión: vacías, ausentes, como sin alma. Todas ellas eran escenas de tres, uno de ellos miraba hacia la tabla, otro hacia el techo con el cuello extrañamente estirado y otro miraba hacia el objetivo. Los tres con el dedo anular sobre el *planchette* de plata. Daba la impresión de que los que miraban al objetivo observaban desde el interior de la fotografía; como si quisieran transmitir un mensaje con la mirada. Aquellas escenas eran inquietantes, pero, al llegar a la última, un escalofrío recorrió todo mi cuerpo: esta era distinta, solo había una chica, la jugadora que miraba hacia el objetivo. En aquella foto, al igual que en las otras, aparecía la tabla de *ouija*, pero a diferencia de las demás, había dos lugares vacíos. Esa fotografía me aterrorizó más que el resto; aquella chica con la expresión vacía y con la mirada fija era yo.

En aquel instante, no comprendí por qué aparecía en ella. Miré en el reverso de esta y había escrito lo siguiente:

«Tocaste voluntariamente la *ouija*, has iniciado un juego al que no puedes renunciar; ahora deberás escoger a tus compañeros, pero solo entrarán en este juego si tienen la osadía de tocar la *ouija* de manera voluntaria».

Supé entonces que era yo la que tenía que involucrar a dos personas más.

Con terror, me acerqué al baúl, abrí el candado, retiré la madera del doble fondo y saqué de allí aquel tablero. Le di la vuelta y debajo tenía una inscripción donde decía:

«Juego de tres: si te atreves a tocarme, juegas».

En ese momento, comprendí por qué estaba yo en aquella fotografía. Era la primera jugadora por haber cometido la estupidez de haber tocado y haberme apropiado de la maldita *ouija*. Debía comenzar lo antes posible aquel macabro juego y así dar fin a la aterradora situación en la que me encontraba.

Volví a ocultar el tablero y las fotografías debajo de la madera del baúl.

Me metí en la cama sin ni siquiera quitarme la ropa. Intuí que la noche iba a ser muy larga. Mis ojos, temerosos, no se apartaban de aquel baúl. Mientras tanto, no podía dejar de pensar en a quién iba a escoger para tan terrible juego. En los últimos meses había estado odiando a casi todo el mundo y tenía muchos candidatos; algunos de esos elegidos, bien podrían ser Barnett y mi madre, pero a ellos no iba a poder convencerlos. Además, si el espíritu que me acechaba no me daba muerte, me la darían ellos, puesto que mi madre era una extraña católica, una mala persona que sentía devoción por la iglesia, así que tenía que buscar a personas a las que yo pudiese manipular con facilidad. Sasha llevaba un tiempo bastante influenciable, pero aún quedaba algo de compasión en mí, no podía tener tan mala acción con la única amiga que tenía y quería. El que sí entró en mi lista sin pensar y sin piedad fue a Allan Fowler, aquel ridículo mequetrefe con vida perfecta y al que se le iban a quitar las ganas de hacer tantas estúpidas bromas. También pensé en algunos de sus amigos, se me hizo indiscutible pensar que serían bastante fáciles de manipular: si podía manejarlos Allan, ¿quién no podría?

Me quedé dormida pensando quiénes serían mis futuros compañeros de aquel macabro juego y de qué manera los iba a convencer.

Cerré los ojos y me quedé dormida. En lo más profundo del sueño, comencé a sentir algo sobre mi hombro. El susto fue tremendo, pero se me pasó bastante rápido. Era mi madre, que me agitaba para que me despertase. No lo podía creer, era de día y no había ocurrido nada extraño en toda la noche.

Sábado

—¿Qué pasa? ¿Hoy no piensas levantarte? —le preguntó su madre—. Han llamado los padres de tu amiga Sasha. Al parecer, tienen que salir con urgencia de la ciudad porque su abuelo está grave y lo han hospitalizado; no tienen con quién dejar a su hija, así que ya vienen hacia aquí. ¡Ey! ¿No dices nada? —Su madre salió del cuarto y bajó las escaleras protestando—. ¡Mierda! ¿Qué se habrán creído esta gente, que soy su niñera? ¿De tu amiguita te ocupas tú, yo no quiero saber nada! Además, tengo que irme a trabajar. —Se marchó quejándose.

Me hizo ilusión que Sasha pasase conmigo el fin de semana, aunque aquello también me inquietaba, porque, al igual que a los Robertson, no quería que le ocurriese nada a ella.

Me acerqué a la ventana para ver llegar a mi amiga. Aparté las cortinas y, ¡no podía ser!: allí estaba el pájaro que vi la mañana anterior. Estaba muerto, pero se movía por la cantidad de gusanos que tenía en su interior y que le salían por el pico y los ojos, era repulsivo. Rápido, cogí una bolsa y lo metí dentro para tirarlo antes de que Sasha llegase, no sin antes entrar al baño a vomitar por el asco que me provocó, aunque sin tener nada que echar, ya que seguía con el estómago vacío. No me cabía la menor duda de que aquello también tenía que ver con lo que estaba ocurriendo.

Al fin, vi llegar a Sasha. El día lo pasamos bastante tranquilo. Salimos a la calle un rato a pasear y después estuvimos viendo películas y comiendo *pizza*. Todo parecía transcurrir tranquilo y sin ninguna incidencia. Yo intentaba tener controlada la situación y mantener a Sasha alejada del lugar donde se encontraba la *ouija*: mi habitación; no quería subir a ella hasta que nos fuésemos a dormir. Mi madre llegó de trabajar; sin saludar, entró y se fue directa a la ducha. Ella, que siempre se quejaba de que yo no avisaba cuando llegaba del instituto, nunca conoció el respeto y la educación que pretendía que yo tuviese. Nosotras seguíamos viendo la televisión cuando mi madre salió del baño:

—Ah, hola, Sasha. Se me había olvidado que estabas aquí. —A mí ni siquiera me miró—. Se fue a la cocina, se sirvió una copa de *whisky*, encendió un cigarro. Con la cabeza liada en la toalla, un albornoz y descalza, se sentó entre nosotras. —¿Qué? Estabais hablando de tíos, ¿verdad? ¡Venga, seguid!

»¿O es que acaso os da vergüenza delante de mí? —preguntó Conny de manera burlona—. ¿En serio os vais a quedar calladas?

Nos miraba con cara de desprecio. Al ver que no contestábamos, se levantó malhumorada y se marchó murmurando:

—Vaya mierda de juventud. ¡Que os den!

Sasha y yo nos quedamos mirándonos durante unos segundos y comenzamos a reírnos. Fue genial tener a alguien con quien reírme de mi madre.

Era medianoche, Sasha y yo estábamos casi dormidas en el salón y con la televisión encendida cuando oí a mi madre bajar a toda prisa por las escaleras.

—Me acaban de llamar del hospital. ¡Barnett se encuentra hospitalizado por una intoxicación etílica! —exclamó preocupada y muy nerviosa.

—No comprendo por qué te pones tan angustiada por *ese*, nunca te vi así de preocupada por papá.

A mi madre le cambió el rostro al oírme, caminó hacia mí de manera amenazante, con su mirada llena de odio y, cuando se paró frente a mí, miró a Sasha unos segundos, volvió a mirarme, se acercó a mi oído y me susurró:

—Ya ajustaré cuentas contigo cuando se vaya tu amiguita. Ahora, tráeme mi bolso sin rechistar.

Fui a la cocina a por su bolso. Tuve que esperar a que lo cogiera mientras ella se ponía los zapatos. Al verla con la cabeza agachada, me daban ganas de golpearla hasta verla caer sin vida. No podía comprender cómo estaba así de nerviosa por el borracho de Barnett y, sin embargo, por mi padre nunca se interesó. Aquella era una de las cosas que jamás le iba a poder perdonar.

Se levantó de la silla y, de un tirón, arrancó su bolso de mis manos y de nuevo me advirtió:

—Prepárate para cuando se vaya tu querida amiguita. ¡Se te van a quitar las ganas de desafiarme delante de la gente! —Esta vez lo pronunció en voz alta.

Abrió la puerta, salió de la casa y cerró con un fuerte portazo. Me acerqué a la mirilla y vi cómo se montaba en el coche, marchándose de allí a toda prisa.

Miré hacia atrás y me di cuenta de que Sasha ya no se encontraba en el salón. Entendí entonces por qué mi madre me habló en voz alta. Rápido, fui a buscar a Sasha, tuve la intuición de que había subido a mi habitación, quizá intimidada por la conducta repulsiva de mi madre. Subí las escaleras a toda prisa y, por un instante, me detuve a la mitad de estas. Al ver la luz de mi habitación encendida por debajo de la puerta, confirmé lo que me temía, corrí lo más que pude, abrí la puerta y...

—No, no, no, no, no. ¡Suelta eso!

Allí estaba Sasha, al lado del baúl. Le grité y le arranqué la *ouija* de un manotazo.

—¿Con qué permiso has abierto el baúl? —preguntó Dhana histérica.

—Yo no lo he abierto, ¿qué te pasa?! ¡Ya estaba así cuando llegué! Dhana, ¿de dónde has sacado eso? Trae, quiero verla... —insistió Sasha emocionada.

Dhana, sin contestar a su amiga, corrió a coger las fotos para mirarlas. Nerviosa, las puso todas esparcidas sobre la cama.

—Dhana, ¿me quieres explicar qué te ocurre? —Entonces, Dhana encontró lo que estaba buscando. Su cara cambió de expresión, estaba pálida—. Dhana, por favor, ¿me quieres explicar qué te ocurre?

Dhana extendió su brazo con la fotografía en la mano y se la entregó a su amiga. Sasha observó aquella fotografía durante unos instantes en silencio.

—¿Qué es esto, Dhana? ¿Por qué aparecemos tú y yo en esta foto? —preguntó extrañada.

Dhana, con el terror reflejado en los ojos, le respondió:

—Lo siento, Sasha, te acabas de convertir en la segunda jugadora.

LA ACEPTACIÓN DE SASHA

Sasha no entendía nada.

—Dhana, me estás asustando. No me gustan tus bromas. ¿Puedes explicarme de qué va todo esto? —le pedía Sasha muy angustiada.

—Sasha, siento tener que contarte lo que está ocurriendo, pero ahora debes saberlo, jamás hubiese querido que te involucraras en esto, pero ya es demasiado tarde.

Dhana le explicó a Sasha todo lo que le estaba ocurriendo desde que encontró aquella tabla, pero que aún no entendía cuál era el fin de aquel juego. Sasha no daba crédito a lo que le contaba su amiga. Estaba aterrada.

—Dhana, me quiero ir de aquí. ¡No cuentes conmigo para tus locuras!

—¿No lo entiendes, Sasha? ¡No podemos ignorar el juego, nunca nos dejarán en paz! —exclamó Dhana.

—¿Quiénes no nos van a dejar en paz? ¡Deja de asustarme, Dhana! Es verdad lo que dicen mis padres de ti: ¡Eres una nefasta influencia! —le gritó Sasha con sus crueles palabras.

Dhana la miró a los ojos:

—Vete si quieres, pero ya no puedes hacer nada, te seguirán dondequiera que vayas. ¡Esto no depende de mí! —Dhana, muy dolida por las palabras de su amiga, en la puerta de su habitación y antes de bajar las escaleras, añadió—: Una cosa más: cuando te marches, procura ser prudente y no contarles a tus padres lo que está ocurriendo. Te podrían castigar con no verme, no podrás cumplir con tu parte del juego y *esas cosas* irán a por ti... —aseguró Dhana de manera sarcástica mientras se marchó a la planta de abajo dejando a Sasha sola en su habitación.

Sasha, muy enfadada, empezó a guardar sus pertenencias. Tenía la firme convicción de que su amiga se estaba burlando cruelmente de ella. Aun así, mientras recogía, sus ojos no podían dejar de mirar la *ouija* que se encontraba bocabajo y aquellas fotos que se había dejado Dhana sobre la cama. Todo lo que allí había le causaba mucha inquietud. Se acercó al tablero, lo estuvo observando, pero con desconfianza, y entonces pudo leer la inscripción que en esta había: «Juego de tres: si te atreves a tocarme, juegas».

—¡Dhana es una imbécil! ¡Ahora entiendo por qué Barnett le pega! —gritó Sasha de manera cruel y a toda voz, con intención de que su amiga se enterase.

Cuando se disponía a salir de la habitación, la puerta se cerró de golpe y, atónita ante lo que sus ojos estaban presenciando, vio cómo en la puerta empezó a rayarse una inscripción de la cual brotaba sangre muy oscura y donde se repetía la frase: «No me ignores».

Sasha empezó a gritar y Dhana, al oír a su amiga, corrió a ver qué le ocurría. En ese momento, abrió la puerta y se encontró a Sasha sumida en un fuerte estado de nerviosismo.

—¡Ahí! ¡Mira ahí! ¡Detrás de la puerta! —Dhana miró donde su amiga le indicaba, pero allí ya no había nada—. No es posible, yo juraría que...

—Te lo advertí, esto ya no tiene retorno. Tienes que aceptar lo que está ocurriendo y seguir el

juego y así terminar con todo esto.

—Me quiero marchar a mi casa, Dhana. No quiero estar aquí —suplicó casi llorando.

—Da igual dónde vayas, Sasha. Irán tras de ti.

Dhana pudo convencer a Sasha para que no se fuera y se quedara allí con ella. Decidieron quedarse en el salón. Aquella fue una larga noche, llena de extraños sonidos y sensación de presencias para las dos. Sintieron alivio al ver llegar la luz del día, de tal manera que, agotadas por no haber podido pegar ojo, las dos se quedaron dormidas. Eran casi las cuatro de la tarde cuando Dhana y Sasha despertaron con un fuerte ruido; era la madre de Dhana, que llegaba con Barnett del hospital. Dhana decidió que ya era hora de ir a buscar al tercer jugador, así que, muy nerviosa pero decidida, subió a por la *ouija*, cogió su bolsa de deporte, sacó todo lo que había en su interior y la introdujo en ella:

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Sasha.

—Hay que hacer algo ya. No podemos quedarnos así, como si nada.

—¿Y qué debemos hacer ahora según tú, Dhana?

—Vamos a ir a por nuestro compañero, el tercer jugador.

A Sasha no le extrañó en absoluto cuando le reveló a quién había escogido, incluso la apoyó en su idea.

Salieron de la casa para ir a buscar a Allan Fowler. Era una tarde gris, el cielo estaba cubierto por amenazantes y oscuras nubes, acompañadas de una fuerte tormenta eléctrica. Aún no había anochecido, pero las calles estaban solitarias. Las dos chicas caminaban en silencio, pero no iban solas; percibían las presencias que las acompañaban. Solo se oía el crujir de las ramas de los árboles movidas por el viento, un viento que, aunque no eran conscientes, solo estaba alrededor de ellas.

Al fin llegaron a la casa donde vivía Allan. Se veía enorme y lujosa, con un gran jardín muy bien cuidado que la rodeaba; enfrente de la puerta había una bonita fuente. Las dos chicas no quisieron entrar sin permiso, a pesar de que la cancela estuviese unos centímetros abierta, cosa que les extrañó, ya que era un lugar demasiado lujoso para aquel descuido. Prefirieron tocar el timbre, pero, por sorpresa para ellas, no funcionaba. «¿Cómo pueden tener tanta dejadez?», se preguntaban extrañadas. Entonces, aquella cancela se empezó a abrir sola. Ellas ya sabían lo que significaba: debían entrar, estaban dispuestas a hacer lo que fuese necesario para convencer a Allan.

Llegaron a la puerta de entrada y, antes de que tocasen al timbre, sintieron en sus hombros como alguien las agarraba. Las chicas se sobresaltaron y se giraron a la vez. Era el padre de Allan, un señor muy alto y bastante apuesto para la edad que tenía y, con una voz grave y con tono amenazante, les pidió una explicación de aquel allanamiento.

—¿Sabéis que entrar en una propiedad privada sin permiso es delito y que vosotras tenéis la suficiente edad como para que os detengan por allanamiento? Quiero que me digáis de inmediato quiénes sois, cómo habéis entrado y para qué, ¿si no queréis que llame ahora mismo a la policía!

Dhana se dispuso a hablar cuando Sasha dio un paso al frente e interrumpió a su amiga. Ella sabía que Dhana, en la mayoría de las ocasiones, solía ser bastante brusca hablando y nada educada, pero se trataba de entrarle suave a Allan, con inteligencia, y Sasha tenía una apariencia de niña muy dulce y educada, cosa que últimamente solo era eso, apariencia. En su interior se estaba desarrollando un ser hueco, de sentimientos maliciosos y calculadores.

—Buenas tardes, señor ¿...? (Pausa).

—Leonard Fowler... —contestó el padre de Allan con un semblante serio.

—Buenas tardes, señor Fowler. Somos compañeras de clase de su hijo Allan; hemos entrado sin llamar porque el timbre de la entrada no funciona y la puerta estaba abierta. El caso es que necesitamos que, por favor, Allan nos pase los apuntes de los ejercicios que mandaron el viernes para el fin de semana. Andábamos algo despistadas y no pudimos anotarlos. ¿Sería usted tan amable de avisar a su hijo, por favor?

La amabilidad y los buenos modales con los que Sasha habló y su tierna voz convencieron al señor Fowler, y este las invitó a pasar.

—Pasen, pero me parece una irresponsabilidad por vuestra parte esperar hasta llegar el domingo y a estas horas —contestó aquel señor, que parecía bastante prepotente y desagradable.

Las dos chicas entraron y siguieron al señor Fowler. Al pasar por una de las salas de aquella inmensa casa, Dhana vio a la señora Martha Fowler, vestida de manera regia, en lo que parecía ser una reunión de amigas igual de elegantes que ella. El señor Fowler las acompañó hasta la puerta de la habitación de Allan, tocó y, acto seguido, abrió sin ni siquiera dejar que a Allan le diese tiempo de contestar.

—Allan, tienes visita.

Allan, perplejo al vernos entrar en su habitación, se quedó mirando cómo se marchaba su padre. Parecía querer gritarle: «¡No me dejes solo!». Ese enano cobarde se echó a temblar; Sasha cerró la puerta y yo me dirigí hacia él. Mientras me iba acercando, con voz temblorosa, me preguntó:

—¿Qué quieres? ¿Por qué estáis aquí? ¿Es porque he bromeado un poco sobre ti en clase? Lo siento, de verdad, no lo hago con mala intención, solo es para que nos riamos todos un poco.

—¿Todos? ¿Un poco? —replicó Dhana muy enfadada y con mirada de odio—. Llevas burlándote de mí desde que llegaste a este instituto y ahora ha llegado el momento de que tú...

Allan ni siquiera me dejó terminar de hablar, el muy cobarde, cuando suplicó lloriqueando:

—No me hagas nada, en serio, no volveré a burlarme de ti.

Dhana lo agarró de la camiseta por el pecho y, mientras lo zarandeaba, le decía:

—Pero ¿quién te crees que soy, mequetrefe? ¿Una vulgar matona? —A la vez que pensaba: «Vas a desear que mejor te hubiese dado una paliza de muerte».

Lo solté y abrí mi mochila para sacar la *ouija*, pero aquel imbécil pensó que iba a sacar un arma y empezó a llamar a sus padres. Sasha, que se encontraba detrás de este, me gritó con voz autoritaria que parase y acto seguido agarró a Allan por detrás tapándole la boca; y en voz baja le dijo al oído:

—Como le cuentes algo de lo sucedido a tus padres, lo que no hemos podido hacer hoy aquí contigo lo terminaremos en cualquier otro lugar, recuerda que sabemos a qué instituto vas...— añadió de manera burlona—. Y, además, ya sabemos cómo entrar aquí sin que os deis cuenta, podemos hacerles mucho daño a tus padres y a ti... Derrumbaremos tu bonito mundo.

Sasha le destapó la boca a Allan, y este, impactado por aquellas amenazas, se quedó mudo.

El señor Fowler abrió la puerta sin llamar antes:

—¿Me llamaste, Allan?

—Sí, papá, yo...

Sasha se giró y, con su dulce sonrisa y un suave tono de voz, contestó por él:

—Sí, su hijo ya nos dio los apuntes y solo quiere que usted nos acompañe a la salida, porque él tiene que terminar su tarea y... ¡Fíjese qué hora es ya y aún no la ha terminado tampoco! —El señor Fowler miró a su hijo con cara de pocos amigos.

Salimos de la habitación dejando atrás a Allan; este se quedó en silencio y con la cara pálida

como la de un cadáver. El señor Fowler nos acompañó hasta bajar las escaleras y ordenó a la criada que nos acompañase hasta la puerta. Las palabras de Sasha le callaron la boca a Allan, aunque no comprendí por qué había desbaratado el plan que teníamos para hacer que este tocase el tablero de *ouija* y se convirtiese en el tercero en aquel juego. «¿Acaso lo estaba protegiendo? Pero, si así fuese, ¿por qué entonces me apoyó en un primer momento?», me preguntaba a mí misma mientras atónita la fui observando de camino a la salida de la casa. La muy cínica, iba con su cara sonriente de niña buena, e incluso, al pasar por la sala donde se encontraban reunidas las señoras, se paró para despedirse de Martha con un simpático gesto.

Capítulo 7

EL CAMBIO DE ALLAN

Las dos chicas salieron de aquella casa, pero aún iban por el jardín cuando Dhana intentó recriminar a Sasha lo ocurrido. Esta le hizo un sonido para que se callase:

—Shhh, calla hasta que salgamos, el señor Fowler te puede oír.

Y, efectivamente, miré hacia atrás y allí estaba, venía detrás de nosotras. Sasha se puso muy nerviosa. ¿Y si había oído sus amenazas hacia su hijo? ¿Y si Allan le contó cómo lo zarandeeé yo?

Nos adelantó con sus largos pasos. Ambas pensamos que no nos iba a dejar salir y que nos pediría explicaciones de lo ocurrido. Para nuestro alivio, «de momento», pasó de largo; solo iba a comprobar que la reja quedase bien cerrada a nuestra salida.

Aguanté en silencio lo suficiente como para estar bien lejos de aquella casa y, en cuanto supe que por mucho que le gritase nadie me iba a oír, agarré a Sasha del brazo y le reproché:

—¿Tú estás loca? ¿Te das cuenta de lo que acabas de hacer? ¿Por qué no me has dejado convencer al imbécil de Allan para que tocase la *ouija*? ¡Esto va a empeorar como no empeceamos ya, y tú tienes la culpa!

—¡Contrólate! ¿En serio va a empeorar esto por mi culpa? —contestó Sasha muy cabreada y vociferando en mitad de la silenciosa calle—. ¡Creo que la que está loca eres tú! ¿Acaso no te has dado cuenta de que el cobarde de Allan estaba gritando como una nenaza? Era cuestión de minutos que sus ricachones padres vinieran a socorrer al gallina y, ¡así ha sido! Además, ¿se te olvida el favoritismo que tienen los Fowler entre el profesorado, sobre todo su *decente* mamá?, ¡mañana tendríamos que afrontar una expulsión del instituto por ir a amenazar a Allan! ¡Dime que lo entiendes, Dhana! A ver, ¿me quieres explicar cómo podríamos iniciar esto si no nos podemos acercar al imbécil de Allan?

Dhana se sintió muy estúpida al ver que Sasha tenía razón y, a la vez, muy sorprendida de ver en lo que se estaba convirtiendo su dulce amiga Sasha: de aquella niña inocente solo estaba quedando su bonita envoltura.

—Tienes razón —admitió Dhana—, tengo que pensar más fríamente. Ese estúpido engreído lleva demasiado tiempo jodiéndome y me he dejado llevar por la ira.

Las dos chicas al fin estaban de acuerdo en que tenían que captar a Allan de tal forma que el chico fuera de forma voluntaria y sin formar escándalos.

Ya era de noche cuando ambas llegaron a casa de Dhana. Entraron en la cocina, cogieron algo de comida y bebida y se fueron directamente a la habitación. Debían idear un plan para involucrar a Allan y que aceptara él mismo, aunque no fuese por voluntad propia.

«Aquella mañana era muy oscura, casi parecía ser de noche, pues el día se presentó con amenaza de lluvia y, aunque pareciese un mal día, era el perfecto para ellas».

Todos estábamos en los pasillos esperando a que llegaran los profesores para poder entrar a las aulas. Nos encontrábamos bastante inquietas, pues aún no sabíamos si Allan le había contado algo a sus padres de lo ocurrido. Lo divisamos entre sus amigos, no se atrevía ni a mirarnos; aun

así, de vez en cuando y de manera muy disimulada, nos observaba de reojo, sobre todo a mí. Me tenía más temor que a Sasha, a pesar de que fue ella la que lo había amenazado de muerte. Por su forma de actuar, nos dio la sensación de que el muy cobarde había guardado silencio y eso era favorable para nosotras y nuestros planes.

Allan estaba más pálido que de costumbre. Se percibía terror hacia nosotras, cosa que no nos convenía en absoluto, de momento... Empezaba el plan que habíamos ideado: Sasha haría la parte suave y a mí me tocaba hacer el trabajo sucio.

Sasha se separó de mí y se dirigió a Allan. A este se le notaba el nerviosismo a leguas, había que tranquilizarlo de algún modo. Ella se acercó a su oído para hablarle y, poco a poco, lo fue calmando, ya se le veía más relajado. Aquel día lo necesitábamos así, como siempre, confiado. Sasha terminó de hablarle y acto seguido vino hasta mí y me pidió que le hiciese un gesto de ok, para que él pensase que ya estaba todo suavizado entre ellos.

Yo le hice aquel gesto y le solté una falsa sonrisa que me costó la propia vida, él me devolvió la sonrisa e imitó el gesto que yo le hice. Lo odiaba a más no poder, pero sentí satisfacción al ver que aquel ingenuo estaba cayendo en nuestras redes como un estúpido pez.

Ese día, en la hora del descanso, Allan no se hizo el gracioso a mi costa frente a sus amigos y la chica que le gustaba. Estaba cumpliendo al pie de la letra lo que Sasha le aconsejó al oído. Ella le había explicado que yo le pedía disculpas por lo ocurrido en su casa y que a ella no le quedó de otra que reaccionar así por su bien, para calmarme, porque yo estaba dispuesta a lo que hiciese falta con tal de que me dejase en paz, pero que me mantendría alejada de él si este dejaba de burlarse de mí.

En las horas posteriores, a Allan se le veía muy relajado e incluso contento, nada que ver con el de aquella misma mañana.

Sasha se fue un poco antes de que sonase la sirena de entrada. Yo me levanté del escalón y me dirigí a Allan. A pesar de haber estado más relajado durante toda la mañana, al verme ir hacia él empezaron a volver sus temores. Al percibir que se estaba inquietando, le sonreí desde lejos y empecé a hablarle para que se tranquilizase.

—Hola, Allan, no te preocupes, ¡vengo en son de paz! —le aseguró Dhana con su sonrisa forzada—. Para mí está todo zanjado si para ti también lo está.

»Solo quería pedirte disculpas... —afirmó ella a la vez que los amigos y amigas de Allan se marchaban, porque había sonado la sirena de entrada y estaba comenzando a llover de nuevo.

El chico, sorprendido por la amabilidad de Dhana, bajó la guardia y, entonces, con voz confiada y de manera chulesca contestó:

—Ok, Dhanita. ¡Te perdono!, siempre y cuando hagas como la que no me conoces. La verdad es que no me caes nada bien, no intentes ser mi amiga porque eso no va a ocurrir; mejor que cada uno se vaya por su lado, así de simple.

«¿Que me perdona? —pensó Dhana—. ¿Pero quién se ha creído que es...?». Se contuvo una vez más para no partirle la cara en aquel preciso instante y, en su lugar, contestó muy amable:

—Ok, cada uno por su lado: tú olvídate de que existo y yo me olvidaré de ti.

Allan, muy confiado en sí mismo, extendió la mano para sellar el trato con Dhana, y esta respondió a aquel apretón de mano.

—Una cosa más antes de irme: si os veo a tu amiguita y a ti merodear a menos de una manzana de mi casa... No correréis la misma suerte que la de anoche, porque llamaré a la policía de inmediato... —añadió Allan antes de marcharse a paso ligero, ya que todo el alumnado había entrado en el recinto y la lluvia comenzaba a caer con fuerza.

—Estúpido, voy a entrar en tu casa las veces que me dé la gana, con o sin tu permiso, y no podrás hacer nada —decía Dhana en voz baja mientras veía como Allan se alejaba por aquel patio gris y solitario.

Por primera vez, el cerebritito de Allan llegaba el último a clase; miento, la última era yo, pero lo mío era habitual. Cuando llegamos, ya estaban todos sentados. La profesora se quedó muy seria mirando a Allan, pero esta no dijo nada. Supongo que se lo dejó pasar, ya que Allan era el consentido de la clase, el perfecto alumno.

—Abrid el libro por el tema nueve —ordenó la profesora.

Todos sacamos los libros. Estábamos en silencio, solo se oía caer la lluvia. Habíamos comenzado a leer aquel temario, mientras Allan leía con una sonrisa de tonto una nota que había encontrado en su mochila al sacar el libro. En ella, aparecía esto escrito:

Necesito hablar contigo, me gustas mucho. Te espero en diez minutos, después de que den comienzo las clases, en el cuartito de la limpieza.

Besos.

Maddie

Allan se puso rojo, la primera vez que le vi color en su cara de estúpido. Miró el reloj y, en medio del silencio que había en clase, se levantó de golpe haciendo un tremendo ruido al arrastrar la silla.

La profesora lo miró por encima de las gafas y le preguntó qué le pasaba, a lo que él respondió:

—Necesito ir con urgencia al baño, no me he encontrado bien durante todo este fin de semana, he estado con diarrea.

Todos los alumnos se echaron a reír.

—¡Silencio! —gritó la profesora bastante molesta por las risas—. Sin problema, Allan, puedes salir. Tómate el tiempo que necesites —le aconsejó la profesora sin cuestionarlo.

Él nunca dio motivos para desconfiar: aquella era la ventaja que tenía ser un alumno modélico, así que salió a toda prisa. Tan solo un par de minutos después de salir Allan, pedí permiso para ir al baño con el pretexto de mis continuos vómitos, me levanté de mi asiento y me marché del aula.

Los pasillos estaban solitarios y oscuros por el nublado de aquel día. Me dirigí hacia el cuartito de la limpieza, sabía que Allan estaría allí. Me oculté en el lateral de la puerta tras el carrito de la limpieza que se encontraba afuera y así evitar que me viera por la pequeña ventana y, muy suavemente, toqué. Él abrió muy despacio, asomó la cabeza y... Fue tan fácil... En pocos segundos, allí estaba, en el suelo, inconsciente...

«Sasha lo había preparado todo, ella se marchó varios minutos antes que yo del recreo, yo me quedé entreteniéndolo a Allan con aquella falsa disculpa. Fue ella quien sacó el carro de la limpieza al pasillo para que yo me pudiese ocultar detrás, dejó escondido un palo para golpear y dejar sin conocimiento a Allan. Fue ella quien escribió la nota haciéndose pasar por Maddie y la introdujo en su mochila».

Y allí estaba yo, dando un paso más por el camino de mi maldad y arrastrando conmigo a mi mejor amiga.

Abrí la puerta de la sala de profesores, arrastré a Allan hasta adentro, volví al carro de la limpieza y cogí una bolsa que dejó Sasha con varias cosas que iba a necesitar, corrí de nuevo a la sala y cerré con llave. Una vez dentro los dos y con Allan inconsciente, saqué de la bolsa un trapo

y se lo introduje en la boca y la sellé con cinta de embalaje. Lo até de pies y manos, de manera que no pudiera moverse en absoluto. Tuve que ir muy deprisa, pues el juego iba a comenzar. Introduje a Allan dentro del armario donde encontré la *ouija*, apagué las luces de la sala, cogí la bolsa y me metí dentro con él; saqué de aquella bolsa unas tijeras, un trozo de tela y un bote de alcohol para reanimar a Allan. Tenía que hacerlo a toda prisa. Empapé aquel trapo y se lo puse en la nariz para que reaccionara; estaba tardando en despertar y empecé a temerme lo peor...

—Vamos, Allan, ¡reacciona!

Sentí un tremendo alivio cuando empezó a recobrar el conocimiento; lo primero que Allan vio fue a mí a su lado con la tijera puesta en su yugular.

—Ssshhh... Mantente en silencio y no te ocurrirá nada... Tú solamente observa, vas a presenciar algo inolvidable, vas a ver cómo tu vida cambia en unos... ¿10 minutos? —Dhana se reía de una manera malvada—, pero no creas que la cosa va a acabar aquí: de ahora en adelante, tu vida te va a parecer una puta mierda. Y si no haces caso de todo lo que yo te diga, a partir de hoy, tu vida de mierda va a ser aún peor.

Allan no podía moverse ni emitir ningún tipo de sonido. Además, no se atrevía, ya que Dhana no apartaba aquella gran tijera que le clavaba en el cuello.

De pronto, se abrió la puerta de la sala. Pudo ver, entre las tablillas de las puertas del armario, entrar a Toni, nuestro tutor y, detrás de él, a la señora Martha.

Allan estaba presenciando en primera persona cómo la zorra de su madre, muy excitada, empezó a acariciar por encima del pantalón las partes íntimas del profesor y cómo este metía su mano por debajo de la falda y le quitaba las bragas. Entre palabras obscenas y gemidos de ambos, presenció cómo su madre y su profesor estaban teniendo sexo en la sala de profesores.

Con la poca luz que entraba por las rendijas de las puertas del armario, podía ver los ojos sin parpadear de Allan y cómo salían lágrimas de ellos mientras temblaba, pero a mí solo me interesaba hacer vídeos con el móvil de aquella repugnante escena. Se los iba mandando a Sasha al mismo instante, por si a Allan se le ocurría intentar quitarme el teléfono después de que terminase aquel asqueroso espectáculo.

Al fin acabó aquella situación, los dos desvergonzados se vistieron rápidamente y salieron de allí.

—Lo que yo te dije: en diez minutos, tu preciosa y perfecta vida ha cambiado, pero no me odies ni me culpes a mí, la puta es tu madre —soltaba Dhana con voz burlona—. Y te advierto que, de ahora en adelante, tú vas a hacer todo lo que yo te diga si no quieres que tu vida empeore aún más y mande fotos y vídeos de tu querida y elegante mamá a todo el instituto, pero, en especial, a tu estupendo y elegante papá, el gran señor Leonard Fowler, al que seguro que no le va a gustar nada este vídeo; y será él quien terminará de derrumbar vuestro fantástico mundo.

Dhana le desató las manos y los pies a Allan, le dejó la cinta de la boca para que se la quitase él. Mientras ella guardaba las tijeras y la cinta adhesiva que le había quitado, le advirtió:

—Ahora, te vas para la clase, calladito, y compórtate como si nada de esto hubiese pasado. De ahora en adelante, deberás estar pendiente de tu teléfono las veinticuatro horas del día, ya que a partir de hoy, tú y yo vamos a estar mucho tiempo en contacto —le explicó con una sonrisa escalofriante—. Cierra la puerta y, por tu bien, trata de que no te vean al salir de aquí, pues han estado desapareciendo cosas de ese armario y puede que te culpen a ti. Sería bastante chistoso, ¿no crees?

Antes de salir por la puerta, Dhana se giró, lo miró fijamente a los ojos y, a la vez que le mandaba el video a Allan para que viese que todo había quedado grabado, le dijo:

—Conmigo no se juega y tú lo has hecho hasta cansarme, ¿ves? Ahora voy a entrar y salir de tu casa cuando a mí me dé la gana.

Allan se encontraba en un estado de *shock* en aquel instante. Seguía dentro de aquel armario, tembloroso y con la boca aún tapada. Las lágrimas brotaban de sus ojos, pero no tenía expresión de llanto, más bien de rabia. Pasó un largo rato hasta que empezó a reaccionar. Se quitó la mordaza de la boca y salió de allí.

Con los hombros caídos, a paso lento y con los pies casi arrastrando, fue avanzando por aquellos solitarios, largos y oscuros pasillos hasta llegar a la clase. Se asomó por la pequeña ventana de la puerta y, desde allí, podía ver a Dhana y Sasha. ¿Cómo podía ser que detrás de aquellos rostros de apariencia inofensiva y casi angelicales pudiera ocultarse tal grado de maldad?

La profesora, al ver a Allan en la puerta, se levantó para abrirle. Este, con la cara demacrada, entró unos dos pasos al interior del aula.

—¿Te encuentras mal, Allan? Tienes un aspecto horrible, disculpa que te lo diga —le aseguró la profesora.

Mirando de reojo a Dhana, le respondió:

—Yo... no me encuentro nada bien... —Con voz cabizbaja y temblorosa.

—No te preocupes, ahora mismo llamo a tu madre para que venga a recogerte...

—¡No! ¡Déjame en paz, zorra de mierda! —gritó con todas sus fuerzas.

Nadie de los que estábamos allí podíamos dar crédito a las palabras tan agresivas que estaba soltando Allan, ni siquiera Sasha y yo.

La profesora, con cara sorprendida, quiso averiguar qué era lo que le ocurría:

—Pero ¿qué te pasa, chico? Tú no eres así. A ver, déjame tocarte la frente. —Allan se resistió un poco, pero al final terminó cediendo—. Lo que me imaginaba: ¡creo que tienes fiebre!

En ese mismo instante, Allan cayó al suelo sin conocimiento. El tremendo golpe que Dhana le propinó, las amenazas y el estrés sufrido por aquel acto vergonzoso de su madre hicieron que Allan sufriera un fuerte ataque de ansiedad.

Supe, en ese momento, que me había excedido con él, pero ya no podía hacer nada, tenía que seguir con aquel plan. Había transformado a Allan en otra persona y lo peor aún le estaba por llegar.

PESADILLA O REALIDAD

La señora Martha, que aún andaba cerca del recinto, no tardó casi nada en llegar a por su hijo.

Allan despertó en su domicilio, en su cama. Por unos instantes, el chico pensó que todo aquello había sido una terrible pesadilla.

Intentó disfrutar de la tranquilidad de su habitación, se levantó algo mareado y se asomó por la ventana para deleitarse con las vistas del jardín delantero. Los chorros del agua de la fuente y su sonido al caer siempre le hicieron sentir una inmensa paz. Pero aquel día no tenía esa sensación de bienestar.

Su madre tocó suavemente en la puerta y abrió. Allí estaba ella, con una blanca y bonita sonrisa; con su paso elegante, se acercó a él y con su dulce voz le susurró:

—Al fin te despiertas, dormilón.

Todo parecía tan normal como cualquier otro día. Se intentaba autoconvencer de que aquello solo fue un mal sueño. Ella se acercó a su hijo y le acarició el rostro con las dos manos mientras le brindaba una bonita sonrisa a la que él respondió de la misma forma.

—¿Ya te encuentras mejor, cielo? —le preguntó ella de forma cariñosa mientras acarició su pelo.

Al pasar su mano por donde recibió el golpe que le propinó Dhana, este se encogió del dolor y, entonces, recordó de inmediato todo lo sucedido. Aquella falsa realidad se desvaneció en milésimas de segundo.

—¿Qué te pasa en la cabeza? A ver, déjame verte... —le pidió su madre preocupada.

Allan apartó la mano de su madre de manera brusca y se retiró unos metros de ella.

—¡No me toques, puta de mierda! —gritó.

—Pero ¿qué te pasa? ¿Te has vuelto loco? ¡No puedes hablarme así! ¡Soy tu madre y me debes respeto! —le recriminó ella a la vez que le propinaba una bofetada a su hijo por primera vez.

—¿Respeto? —Allan se empezó a reír con la mano en la mejilla en la que su madre lo había golpeado—. ¡Tú no te mereces el respeto de nadie, zorra!

Martha se quedó atónita al oír aquel vocabulario obsceno e hiriente de aquel chico tan distinto al que salió aquella mañana...

—Allan Fowler, ¡ahora mismo me vas a explicar qué te ocurre, y quiero que seas lo suficientemente convincente en tu explicación si no quieres que llame a tu padre de inmediato y le cuente cómo me acabas de hablar! —le ordenó Martha con voz autoritaria.

—Ah, ¿sí? —ironizó Allan—. ¡Me parece una estupenda idea la tuya! Venga, ¡corre, zorra! ¿Por qué no lo llamas ya y te doy la explicación delante de él? Así te ahorrarás el tener que explicarle que te he llamado «puta de mierda», porque eso es lo que son las zorras como tú que engañan a sus maridos. ¿Te parece lo suficientemente convincente mi explicación? ¿O también tengo que explicarte paso a paso cómo te revuelcas en mi instituto con mi tutor en la sala de profesores?

Martha no podía mediar palabra y tenía el rostro descompuesto:

—Pero ¿qué estás diciendo? No puedes inventar esas cosas, creo que te has dado un golpe y estás imaginando cosas que no son.

—¡Cállate! —gritó Allan a la par que le enseñaba el vídeo a su madre—. ¿Acaso esto me lo estoy inventando?

Martha no tenía ningún tipo de argumento para su defensa, eran más que evidentes aquellas pruebas de su adulterio que poseía Allan.

Siempre fue un chico bastante egoísta y, en esta ocasión y con peso de razón, no iba a ser menos. Estaba dispuesto a librarse de Dhana a cualquier precio. La única manera que tenía de hacerlo era descubrir el engaño de su madre ante su padre, aunque con ello les costase el divorcio. Así, cada cual se iría por su lado y, por la difusión de aquellos vídeos, a la única a la que le debería avergonzar era a ella. La que estaba deshonorando a la familia era su madre y no merecía ser encubierta. De esta forma, los chantajes y amenazas por parte de Dhana no tendrían sentido alguno.

Martha se asomó al pasillo para comprobar que ninguno de los empleados estuviese escuchando la conversación. Después, cerró con el seguro la puerta del dormitorio y se fue hacia Allan:

—¡Elimina eso de inmediato! —le ordenó Martha con voz autoritaria.

—¿Que lo elimine? No, al contrario, ¡esta es la prueba que necesito para que mi padre te saque a patadas por manchar el buen nombre de nuestra familia!

—Allan Fowler, te advierto que si no borras eso de inmediato...

—¿Qué me vas a hacer? ¿Me vas a pegar? ¿Me vas a castigar? ¡Venga, adelante! ¿A qué esperas? ¡Hazlo! ¿Crees que porque me amenaces voy a desistir? Yo he vivido el peor día de mi vida gracias a ti, por tu culpa mi vida ha cambiado por completo. ¿Crees que me importa una mierda que mi padre te deje por zorra? ¡Venga, pégame! ¡Así, mi satisfacción de verte salir de esta casa será doblemente mayor! ¡Hazlo! —gritaba descontrolado.

Martha, sin mediar palabra, le propinó otra bofetada:

—¡Cállate, inútil! Tú no vas a enseñarle ese vídeo a nadie, porque si yo me voy a la calle, tú también tendrás que irte.

—¿La puta eres tú y el que me tengo que ir soy yo? Creo que, además de ser una vulgar zorra, también estás loca. ¡Yo me quedo aquí con mi padre y tú te vas a la mierda!

Jamás se le había oído a Allan hablar de aquel modo, él siempre fue un chico muy correcto hablando.

Martha ya no podía permitir más los gritos de Allan, porque los empleados podrían oírlo y Leonard estaba a punto de llegar a la casa, así que aquella señora alta y elegante, pero a su vez corpulenta, cogió a Allan de un brazo y lo sentó en la silla del escritorio de un empujón, sin que este pudiese resistirse, ya que la fuerza de ella era mayor que la de él. Le tapó la boca con todas sus fuerzas y le advirtió con voz amenazante:

—Óyeme bien, no vas a hacer nada porque tú serías el primero en salir de aquí y con las manos vacías.

A Allan le impactó ver a su madre en aquel estado tan agresivo hacia él.

—Escúchame bien, tú no vas a decir nada y vas a entender el porqué. Conocí a Leonard cuando empecé a trabajar para él. Yo en aquel tiempo vivía con mi pareja, pero Leonard se encaprichó conmigo y me propuso que me fuese a vivir con él. Ante aquella propuesta, antepuse el bienestar y la riqueza antes que el amor. ¿Un señor que nos lo iba a dar todo en la vida? Ni siquiera me

planteé pensarlo, porque no tenía nada que pensar, y sí, digo «nos iba a dar» porque Leonard se encaprichó de mí aun sabiendo que yo estaba embarazada de tres meses de aquella pareja. Mi expareja, tu padre biológico, nunca supo que yo estaba embarazada de él. Yo acepté irme con Leonard, pero con la condición de que te diera sus apellidos, y él accedió, pero él también me puso una condición: que estaría con él toda la vida o ni tú ni yo heredaríamos nada. Y aquello no fue solo de palabra, formalizamos un contrato ante un notario. Tú no eres hijo legítimo de Leonard. Me hubiese gustado que no te enteraras nunca de esto o, al menos, que no hubiese sido así, de esta manera, pero ante tu actitud, me he visto obligada a hacerlo.

La señora Martha, sin perder su compostura elegante, se dispuso a salir de la habitación, pero no sin antes añadir:

—Relájate, hijo, que no se te note demasiado... Ah, jamás vuelvas a insultarme, podrían sospechar y salirnos bien caro...

Allan no podía asimilar todo lo que le estaba ocurriendo. Demasiadas amenazas, demasiados golpes, demasiadas malas noticias en un solo día. Ahora sí que no tenía manera de hacer frente a los chantajes de Dhana. No podía permitir que, por culpa de la adúltera de su madre, los dejaran en la calle y sin recursos.

El joven se encontraba hundido y sumergido en sus pensamientos cuando algo lo interrumpió. Era su teléfono, que estaba sonando. Él sabía de quién se trataba sin tener que mirar, puesto que nadie lo solía llamar nunca. Lo miró y, efectivamente, era Dhana. Quitó el sonido del aparato y lo metió debajo de la almohada, ignorando así aquella llamada. Aún no se sentía con valor para volver a oír a Dhana, ni los chantajes y amenazas que esta le tendría preparados.

INGENUO

Dhana se encontraba bastante enfurecida porque Allan le rechazara la llamada, así que decidió que Sasha y ella se personarían en su casa. Antes de salir de clase, la chica se ofreció a la profesora para llevarle al joven su mochila, que se le había quedado allí, y así tener la excusa perfecta para entrar a aquella mansión.

Salieron del instituto. Aquel estaba siendo un invierno muy oscuro y lluvioso. Sasha se fue para su casa, puesto que sus padres ya habían llegado, y Dhana se fue para la suya. Planearon quedar a una hora y en un lugar concreto para ir a la casa de Allan. Ambas tenían que seguir intentando aparentar normalidad, sobre todo Sasha, ya que sus padres no estaban muy contentos de que su mejor amiga fuese Dhana, así que le pidió que intentara comportarse de manera educada frente a sus padres, porque estos podrían prohibirle a su hija que hablara con su amiga, y menos aún permitirían que saliera con ella.

Dhana, muy a su pesar y como cada día, llegó a su casa. Su madre se encontraba sentada en un sofá y Barnett permanecía sentado en el otro. Los dos estaban en silencio y muy atentos a la televisión, esta se encontraba con el volumen al máximo, por lo que no se percataron de que Dhana había llegado. Ella pasó de largo sin saludar.

La atmósfera de aquella vivienda estaba cada día más enrarecida: el aire se notaba como espeso y la sensación de tener alguien muy cerca casi se podía palpar.

Subió las escaleras con aquel temor que le acompañaba desde el maldito día en que se adueñó de aquel tablero. A algo más de la mitad de esta, se detuvo para observar antes de entrar. Por la rendija de debajo de la puerta se podía ver la luz del interior. Todo parecía normal, así que prosiguió subiendo. La madera de los peldaños crujía cada vez que subía uno; cuando llegó arriba, algo la hizo detenerse. Ella se encontraba parada, pero continuaba escuchando cómo los escalones seguían crujendo, igual que si alguien estuviese subiendo detrás de ella. Entonces, giró la cabeza para mirar, pero allí no había nada ni nadie. El pánico empezó a apoderarse de ella, corrió lo más rápido que pudo y entró en su habitación, cerrando la puerta tras de sí.

A toda prisa, abrió la bolsa de deporte, le dio la vuelta y, sacudiéndola, sacó lo que había en su interior, dejándolo todo tirado por el suelo. Con la bolsa en la mano, se acercó con paso lento y temerosa al baúl, cogió la tabla de *ouija*, las fotos, y las introdujo en aquella bolsa. Abrió de nuevo la puerta de la habitación para salir, miró con miedo a lo que se pudiera encontrar, pero no veía nada afuera. Salió de nuevo corriendo por las escaleras. Detrás de ella, se volvían a oír los escalones a la misma velocidad a la que ella los había bajado. Dhana quería salir de aquella casa lo antes posible, pero antes entró a la cocina a coger algo de comida para llevarse. Desde allí, podía observar a su madre y a Barnett, que aún seguían con sus miradas puestas en la pantalla como si nada. El saber que los dos estaban cerca le daba algo de tranquilidad a Dhana. Se estaba preparando un sándwich cuando empezó a sentir algo extraño a su alrededor. Todo estaba en

silencio, ya no se oía el fuerte volumen de la tele. Se asomó silenciosa y desde allí vio que el aparato se encontraba apagado, pero los dos seres que ella pensaba que eran Barnett y su madre seguían allí, sentados, muy erguidos, mirando la pantalla en negro. Intentó salir lo más sigilosa posible para no hacer ruido, pero aquella cosa que aparentaba ser su madre empezó a girar su cuello. Era una cabeza sin rostro que emitía un sonido escalofriante intentando gritar sin orificio en la boca.

Dhana salió de allí a toda prisa y corrió a gran velocidad para alejarse de aquella casa. Aun estando a varias manzanas de su hogar, la chica seguía caminando a un paso bastante apresurado. Había quedado con Sasha a las cinco de la tarde bajo un enorme eucalipto que estaba en la esquina de la calle que llevaba hasta la casa de Allan, pero ella se fue al lugar acordado a pesar de que todavía faltaba tiempo para que su amiga llegara. Para su sorpresa, Sasha ya se encontraba allí, recostada sobre el tronco de aquel inmenso árbol, en un fuerte estado de nerviosismo y temblando.

—Dhana, hay que empezar esto ya, no nos van a dejar nunca.

—¿Qué has visto? —preguntó Dhana.

—Entré en mi habitación para cambiarme de ropa y vi que algo pasó por mi lado, una sombra que se arrastraba por el suelo y se metió debajo de mi cama. Me quedé paralizada, sin poder moverme del miedo, y entonces intuí que había algo cerca de mí, sentí como se me elevaba el pelo de una manera suave. Quise salir, pero esa fuerza me cogió del pelo y tiró hacia arriba elevándome. Intenté gritar con todas mis fuerzas, pero no podía emitir ningún sonido, hasta que al fin me soltó y pude salir de allí... —confesó Sasha llorando.

—Estoy de acuerdo, hay que acabar con esto lo antes posible.

En el trayecto, siguieron notando que aquellas presencias las perseguían por esas calles de asfalto mojado tan oscuras, frías y solitarias.

La tarde estaba empeorando. La tormenta y la lluvia hicieron acto de presencia con gran fuerza cuando estaban llegando. Allí se encontraban de nuevo, frente a la cancela de aquella enorme mansión. Aún no estaban seguras de que Allan accediera a sus peticiones. A Dhana la tenía inquieta el hecho de que Allan no hubiese contestado a su llamada, no sabía qué reacción iba a tener después de lo que ocurrió en la sala de profesores.

Aquella puerta se encontraba de nuevo abierta y el timbre seguía sin funcionar; la lluvia empezó a caer con fuerza y los relámpagos incitaron a que se adentrasen de nuevo en aquella propiedad sin permiso. Cuando llegaron a la puerta de la entrada y, en el mismo instante en el que Sasha iba a tocar el timbre, la puerta se abrió. Era la señora Martha, que se disponía a salir.

—¡Hola! —dijo Martha sorprendida al ver a las dos chicas en su puerta y empapadas.

—Perdón por entrar así, sin avisar, pero es que la lluvia... —se disculpó Sasha antes de que la madre de Allan les armase una bronca.

—Es normal que hayáis entrado con este aguacero, yo hubiese hecho lo mismo... —respondió Martha con tono agradable—. ¡Qué sorpresa! ¡Vosotras sois las amigas de mi hijo Allan!

A las chicas se les hizo raro oír aquello de «amigas de Allan», pero debían seguirle la corriente a aquella señora.

—Sí, somos amigas del instituto. Hemos venido a traerle su mochila y, como se fue mal de clase, quisimos pasar a visitarlo para ver si ya se encuentra mejor —le explicó Sasha.

—¡Ah, sí! Ya se encuentra bastante mejor. Muchas gracias por interesaros por él, aunque parece que hoy no está de muy buen humor. Si vais a pasar a visitarlo, os pediría que, por favor, no le tengáis muy en cuenta su estado de ánimo. —Las chicas sabían a la perfección el motivo de

aquel estado en el que se encontraba Allan—. La asistenta ya se ha marchado y yo no os puedo acompañar hasta su habitación, puesto que debo de salir aprisa porque mi esposo me espera en la agencia de viajes, se nos olvidaron unos documentos y ya voy bastante tarde.

Aquella señora hablaba muy deprisa y de forma compulsiva:

—Pero creo que ya sabéis dónde está su habitación, ¿verdad?

Las chicas estaban muy sorprendidas por la extrema confianza de aquella señora tan agradable y tan distinta al señor Fowler.

—Sí, sabemos dónde está —respondieron las dos de manera simultánea.

Martha Fowler salió muy apresurada y se dirigió hacia el coche para no mojarse. Observaron como aquel vehículo salía de la propiedad, dejándolas a solas en aquella gran mansión con Allan. Entraron y Dhana cerró la puerta.

Las chicas se adentraron en silencio y recorrieron la casa hasta llegar al pasillo que las dirigía hasta el dormitorio de Allan. A su paso, los cuadros que había colgados en los laterales de este se despegaban de la pared; las dos se cogieron de la mano muy aterradas. Tocaron suavemente en la puerta de Allan.

El chico, al oír que llamaban, supo al instante que no eran sus padres, puesto que estos abrían la puerta tras llamar y en esta ocasión la puerta no se abría. Aquello no le gustó en absoluto y se temía lo peor. Se levantó de la cama y se dirigió a la puerta para abrir, no sin antes preguntar quién llamaba.

—¿Quién es?

—Somos nosotras, Allan. Abre la puerta —ordenó Dhana con tono autoritario.

—No, no quiero que entréis aquí... —respondió Allan con voz débil y asustadiza a la vez que echó el cierre de seguridad.

Dhana se dispuso a intentar abrir cuando, por sorpresa para los tres, la puerta se abrió sola. La imagen de las dos chicas cogidas de la mano, con el semblante serio, empapadas por la lluvia a la luz de los relámpagos que alumbraban el lugar, impactó a Allan. Fue entonces cuando se dio cuenta de que iban muy en serio con las amenazas.

—¿Así recibes a tus amigas? ¿Así me agradeces que venga hasta tu puta casa para traerte tus putos libros? —expresó Dhana con tono violento.

—Yo no... ¿Cómo habéis abierto? —preguntó Allan turbado.

—Eso no importa ahora —contestó Dhana mientras entraban muy decididas al interior de la habitación y sin pedir permiso.

Allan asomó la cabeza y miró a ambos lados del pasillo con la esperanza de ver a alguno de sus padres allí.

—No hay nadie, estamos solos, si es eso lo que quieres averiguar —le explicó Sasha.

—Es verdad, la simpática zorrita de tu mami dice que somos tus amigas —dijo Dhana riéndose — y nos ha invitado a entrar, dejándonos a solas con su hijito...

»Cierra la puerta y siéntate, tenemos que hablar —le ordenó Dhana, pero esta vez de manera muy seria.

Allan obedeció, puesto que se encontraba bajo el temor de estar a solas con aquellas dos chicas con cara de ángeles, pero con alma de psicópatas. Cerró la puerta y se sentó cohibido en una esquina de su cama, dispuesto a escuchar lo que Dhana le quería contar.

—Para empezar, no estoy nada contenta por tu culpa, porque no has contestado a mis llamadas y, como te dije, tú deberás estar a mi entera disposición las veinticuatro horas del día... —Allan intentó interrumpir a Dhana e inventar una excusa, pero ella se lo impidió—. ¡Y no intentes darme

explicaciones, puesto que no me interesa oír las! ¡No has cumplido con lo que te ordené! ¡Nos has hecho venir hasta aquí con esta fuerte tormenta!

—¡Lo siento! ¿Qué queréis? No me hagáis daño.

—¿Daño? ¿Aún sigues pensando que soy una matona? —preguntó Dhana riéndose—. Pues puede que tengas razón, pero no te asustes, cerebritito, que pareces una nenaza. De momento, no te voy a golpear.

—No te preocupes. Nosotras no vamos a hacerte daño, por lo pronto, si te comportas como es debido —aclaró Sasha mientras Dhana abría la bolsa de deporte.

Allan no podía apartar la mirada de los movimientos de Dhana. Él seguía pensando que iba a sacar un arma y vengarse por haber estado burlándose de ella. Aquello le parecía desmesurado.

Dhana sacó la tabla de *ouija*. Allan sintió escalofríos cuando vio a la chica con aquello en las manos acercándose, empapada por culpa de la lluvia y llena de ira hacia él; sentía miedo por la rabia que habitaba dentro de aquella chica. Los padres de Allan, muy creyentes, le habían inculcado a su hijo mucha fe en Dios y en la Iglesia desde que tenía uso de razón, por lo que sabía muy bien qué era aquello y las historias que circulaban alrededor de ella.

—Dhana, por favor, no me gusta eso... —murmuró con mucho temor.

—¿Por qué, Allan? No te va a ocurrir nada, míranos a nosotras. Llevamos tiempo con ella y nunca nos ha pasado nada.

Allan sentía demasiado temor por aquello y se estaba poniendo muy nervioso.

Dhana sabía que Allan debía tocar la tabla de forma voluntaria, al igual que pasó con ellas dos.

—Tú sigues creyendo que puedes hacer lo que quieras, ¿verdad? Pero no es así. Tenemos planes contigo y, te guste o no, Sasha, tú y yo vamos a realizar una sesión de *ouija*, y la vamos a hacer aquí, en tu impresionante mansión...

—No me pidas eso, Dhana, es algo a lo que le tengo mucho temor...

—Mírala, tócala, no seas imbécil, no te va a ocurrir nada... —aseguraba Dhana desesperándose por la falta de actuación de este.

—Lo siento, pero no pienso hacer lo que me pides, no vamos a hacer una sesión de *ouija* y, menos aún, en mi casa. ¡No, me niego rotundamente!

Allan intentaba hacerse el fuerte y eso estaba provocando que las chicas empezaran a desesperar. Sasha, en un arranque de ira como nunca antes la había visto, agarró la mano de Allan y la puso encima del tablero en contra de su voluntad, a la vez que un fuerte rayo hizo que se fuese la luz, quedando solo alumbrados por la débil lámpara de emergencia.

Dhana miró a Sasha muy enfadada. Rápido, pero con disimulo, cogió la fotografía que llevaba en el bolsillo y, sin sacarla del todo, miró para comprobar que, al igual que ellas, Allan aparecería en aquella foto, mientras Sasha le decía a Allan:

—¿Ves como no te ocurre nada? —dijo la chica intentando arreglar su metedura de pata.

Pero en la imagen seguían las dos solas, y volvió a guardarse la fotografía en el bolsillo.

Fue entonces cuando Dhana tuvo que tomar una decisión de bastante riesgo, reaccionando de una manera impulsiva y extraña para Sasha.

Tiró de mala manera la *ouija* encima de la cama sin prestarle mayor importancia a esta. A continuación, se fue acercando a Allan mirándolo a los ojos de modo amenazante. Por su voz, daba la sensación de que esta estaba perdiendo los nervios.

—Escúchame, imbécil, me voy a portar bien contigo porque me estás empezando a dar pena. Te voy a dejar algo de tiempo para que pienses y aceptes lo que te estamos pidiendo. Si para mañana a esta misma hora no me has dado una respuesta, nos veremos obligadas a difundir los vídeos de

la zorra de tu madre... y, no sé, pero puede que empiece mandándole el vídeo a... ¿tu padre, por ejemplo?

Dhana cogió de forma brusca del brazo a su amiga y se la llevó casi a empujones de allí; se dirigieron hacia la puerta y salieron de la habitación. Sasha fue a reprenderla, pero Dhana la calló susurrándole un «shhh» al oído.

Allan y, sobre todo, Sasha no podían dar crédito a que Dhana se fuera de allí así, sin más, sin conseguir lo que buscaba.

Cuando iban casi por la mitad del oscuro pasillo, solo alumbradas por las débiles luces de emergencia, Sasha estaba a punto de empezar a discutir con Dhana, cuando escucharon la voz de Allan:

—¡Esperad! —Dhana al oírlo paró su paso de inmediato y sin girarse, con una media sonrisa malévol y oscuridad en su mirada...—. Llevaos esta cosa de mi casa, no la quiero aquí.

Sasha miró a su amiga de manera sorpresiva. Fue entonces cuando las chicas se giraron y... allí estaba el pobre ingenuo de Allan, con su estúpida cara de imbécil y la *ouija* en las manos... Dhana sacó de nuevo la fotografía, la miró y acto seguido se la mostró a Sasha: allí se encontraba el tercer jugador.

Sasha no podía creer la astucia y frialdad con la que actuó Dhana.

NO ERAN ELLOS

A llí se encontraba Allan, con la *ouija* en sus manos, sin entender por qué aquellas dos chicas lo miraban y sonreían con aquella expresión espeluznante en sus rostros. Él, de manera voluntaria, la cogió. En aquel mismo instante, un viento helador acompañado de escalofriantes voces y lamentos recorrieron con fuerza aquel pasillo pasando entre ellos. Los tres chicos se miraron y se quedaron en silencio, sin poder mediar palabra por la fuerte impresión que aquello les causó. Al mismo tiempo, la *ouija* se heló de tal manera que quedó congelada en las manos de Allan, provocando que este la tirase al suelo. Cayó bocabajo; en aquel momento, el chico pudo leer la inscripción que había tallada en su reverso:

«Juego de tres, si te atreves a tocarme, juegas».

Fue en ese instante cuando Allan se dio cuenta de que Dhana le había tendido una trampa.

—¿Qué has hecho, zorra de mierda?! —gritó a la vez que avanzaba hacia ella dispuesto a golpearla.

Pero, cuando este se encontraba casi a punto de hacerlo, unos fuertes golpes y pasos empezaron a sonar en el desván, tal como si estuviesen caminando y arrastrando cosas. Los tres miraban hacia el techo aterrados. Poco a poco, fueron retrocediendo hasta llegar a la puerta del dormitorio de Allan. Sasha, sin poder vocalizar y sin poder apartar su mirada del fondo de aquel largo pasillo, buscó a tientas el brazo de Dhana, le cogió un pellizco de su chaqueta y la zarandó para avisarla de lo que estaba ocurriendo; una oscura y densa niebla avanzaba hacia ellos. Conforme aquello se acercaba, los cuadros de los laterales se iban despegando de la pared a su paso.

Los tres entraron apresurados a la habitación, pero Sasha se dio la vuelta para coger la *ouija* y meterla con ellos. Allan, al percatarse de lo que estaba haciendo Sasha, se lo impidió y, tras el breve forcejeo, Allan se la pudo quitar de las manos. La puso en el suelo y la empujó con el pie lo más fuerte que pudo por aquel pasillo para alejarla de ellos, perdiéndose esta entre la densa niebla negra que avanzaba hacia ellos. Tras aquella acción, dio un fuerte tirón del brazo de Sasha y la metió en la habitación, cerrando la puerta con el seguro tras de sí. Los tres caminaban hacia atrás, alejándose de aquella puerta sin poder apartar sus miradas de esta. Las luces de emergencia, tras un fuerte titileo, se fundieron; se encontraban a oscuras y en silencio.

Entre el frío helador que allí hacía y el pánico que sentían, no podían dejar de temblar. Había cortos intervalos de claridad provocados por la luz de aquella fuerte tormenta eléctrica, una luz azulada que permitía que se pudiera ver el vapor de los alientos de los chicos.

Era impactante ver a media luz el perfil de Allan, tembloroso, con el vapor y salpicando pequeñas gotas de saliva que salían de su boca mientras rezaba de manera compulsiva a media voz. Paró de rezar y miró a la pared, se acercó al crucifijo de plata que había colgado en el cabecero de su cama, intentó cogerlo, pero este le quemó la mano.

Al cabo de unos minutos, dejaron de oírse aquellos pasos y golpes. Reinaba un silencio extremo que, con voz muy baja, casi susurrando, rompió Sasha:

—Allan, pienso que has cometido un grave error al dejar fuera la *ouija*.

—¿Así lo crees? Pues fijate que yo no lo creo así. Es más, opino que deberíais salir de inmediato de mi casa y llevaros esa cosa con vosotras...

—Sigues sin entender nada, ¿verdad? No podemos escapar ninguno. Te guste o no, ya formas parte de esto y ha sido por tu propia voluntad. Tú solito te has atrevido a tocar la *ouija*. Mira esto... —Dhana sacó la fotografía donde aparecían los tres con el tablero.

—¿Qué es esto? ¿Por qué estoy yo en esta foto?

—Si apareces en la fotografía es porque has tocado la *ouija* de forma voluntaria, y si la has tocado, ya formas parte de este juego —le explicó Sasha.

—¡Putra zorra de mierda, yo no quería tocar esa cosa! ¡Me has tendido una trampa!

Allan se abalanzó sobre Dhana y empezó a golpearla con todas sus fuerzas. Sasha se echó encima de él para intentar separarlo de ella, pero aquel chico endeble sacó una fuerza descomunal, no podían pararlo entre las dos.

—¡Te voy a matar, hija de puta! ¡Has destrozado mi vida! —gritaba mientras golpeaba a Dhana.

La chica se defendía como podía. Cogió a Allan del pelo y se lo acercó a su cara propinándole un fuerte mordisco en la cabeza, mientras Sasha gritaba y lo golpeaba por la espalda.

—¡Déjala ya! ¡La vas a matar...! ¡Suéltala!

Entre gritos, insultos y golpes, algo hizo que detuviesen aquella violenta pelea. La puerta empezó a temblar muy rápido a la vez que el pomo giraba descontrolado. De pronto, paró y, tras un breve silencio, aquella puerta que se encontraba cerrada con el seguro se abrió de forma violenta y por completo. Había una oscuridad anormal al otro lado. Deslizándose por el suelo, tal y como Allan la impulsó hacia afuera, entró la *ouija* al interior de la habitación. Tras aquel hecho, la puerta se cerró de un fuerte portazo; se volvió a echar el seguro.

Los tres se quedaron petrificados ante aquello. Esa fue la clara indicación; no tenían cómo escapar de donde se habían metido.

—Esto ya ha empezado y debemos continuar. No podemos quedarnos sin hacer nada —insistía Dhana intentando convencer a Allan.

Dhana les explicó que si jugaban podrían vivir o podrían morir, pero si no lo hacían, morirían seguro. Allan, aunque exasperado, comenzó a entender que no quedaba otra salida más que la de aceptar lo que estaba ocurriendo, pese a que aquello iba en contra de sus creencias.

—Hay que empezar la sesión —atestiguó Dhana.

Allan, que se encontraba en cuclillas con la cabeza agachada y frotándose la cara, no paraba de repetir:

—Dios mío, perdóname por lo que voy a hacer. Dios, perdóname.

Las chicas se tomaron aquellas palabras como la aceptación de Allan, de modo que Dhana cogió el *planchette* y la *ouija*. Las dos se sentaron en el suelo, cerca de la ventana, donde entraba algo de luz y con la *ouija* en el centro de ellas.

Aquella turbadora imagen de las dos chicas esperándolo, Sasha con el brazo extendido invitándolo a acercarse a ellas y a la *ouija*... Entonces, cuando se armó de valor para hacerlo, regresó la luz y, a su vez, vio por la ventana como llegaban sus padres. Allan no se lo pensó dos veces al ver que ellos habían regresado, agarró la *ouija* y el *planchette* y los volvió a meter en la bolsa de deporte.

—¿Qué haces, Allan? ¿Te has vuelto loco? —gritó Sasha.

—¡Quiero que os vayáis de inmediato!

—Pero...

—¡Ahora! —ordenó sin dejar hablar a Dhana.

Tenía la firme convicción de que, estando sus padres allí y cuando ellas se marcharan con aquel maldito tablero, todo volvería a la normalidad.

Levantó a las jóvenes del suelo de un fuerte tirón de la ropa.

—Tenéis que marcharos de aquí, no estoy dispuesto a hacer esto. Dhana, no me pidas que haga esto, pídemelo lo que quieras, pero esto no —le rogaba desesperado.

Dhana cogió la bolsa y miró a Sasha haciéndole un gesto para salir de la habitación.

—No te preocupes... Yo no te puedo obligar a hacer lo que no quieres —hubo una pequeña pausa por parte de la chica mientras abría la puerta y, antes de salir, agregó—: Recuerda mis palabras, vas a ser tú quien nos llame suplicando para que realicemos la sesión y así acabar con todo esto.

Las chicas abandonaron la casa sabiendo que aquella iba a ser una noche muy larga para los tres.

Al salir de la casa, se encontraron con los señores Fowler. Leonard, muy serio al verlas allí de nuevo, les dio las buenas noches de mala gana y se metió en la casa, mientras que la señora Martha se encontraba bastante preocupada por las altas horas, casi anocheciendo, para que dos chicas tan jóvenes y bajo aquella lluvia anduvieran solas por la calle. Se ofreció a llevarlas a su casa, pero el señor Fowler, que andaba escuchando tras la puerta, salió malhumorado negándose:

—¡Que se vayan como vinieron!

—Pero, Leonard, mira qué hora es y...

—No me importa en absoluto las horas que son, que se hubiesen ido antes o que sus padres las recojan. Estas chicas no tienen control de nada, no hacen las tareas a su debido tiempo y andan solas a estas horas, entran en nuestra propiedad sin permiso... Esto es problema de sus progenitores y no nuestro, Martha.

La señora, bastante apenada, se disculpó con ellas:

—Lo siento, chicas. Al final de la calle hay una parada de autobús.

Allan observaba desde la ventana de su habitación, muy inquieto al ver que aquellas dos chicas estaban hablando con su madre. Eso no le gustaba en absoluto, solo pudo sentir alivio cuando las vio caminar por el carril hasta salir de su propiedad. Fue entonces cuando decidió bajar para recibir a sus padres.

Se asomó al pasillo, temeroso por lo que había ocurrido hacía tan solo unos minutos antes. Quería comprobar que no hubiese nada extraño allí. Al ver que todo parecía estar en orden, decidió salir.

Caminando por el pasillo, presintió que algo había cambiado en aquel lugar. Quería pensar que quizá aún seguía influenciado por lo ocurrido un rato antes. No se oía nada en absoluto, solo sus pasos, y se sentía muy incómodo allí, así que apresuró su ritmo al caminar. Casi llegando al final de este, se detuvo al ver que la bombilla de una de las lámparas de la pared estaba parpadeando. Algo hizo que se estremeciese; él se encontraba en aquel instante parado, pero los pasos seguían sonando tras de sí. Corrió lo más rápido que pudo escaleras abajo. Al llegar a la sala y para su alivio, allí se encontraban sus padres.

Allan se acercó a su padre, le dio un beso y, aunque solo hacían unas horas que tuvo la tremenda pelea con su madre, el chico se acercó a ella y la envolvió en un emotivo abrazo. Su madre siempre fue muy cariñosa con Allan, y él, ahora más que nunca, necesitaba a su madre de siempre. Allan se sentó en una pequeña mesa redonda que se encontraba situada al lado de una de las ventanas que daban al jardín. Era su lugar preferido cuando quería relajarse mientras leía.

Cogió uno de sus libros de historia preferido, pero aquella noche, más que leer, lo que le apetecía era deleitarse observando a su pequeña pero armoniosa familia y, aunque su madre había roto esa paz, intentaba alejar aquellas imágenes de su mente.

Por encima del libro, miraba a aquel hombre que lo crio, Leonard Fowler, con su pipa en la mano, leyendo el periódico, tan correcto y disciplinado. El saber que le dio todo el cariño que un padre puede ofrecer aun sin ser su hijo biológico hizo que ahora lo admirara aún más. Su madre, sentada frente a su esposo, con su agradable sonrisa, tan elegante mientras realizaba en silencio su *hobby* favorito: bordado inglés. Aquella paz que sintió hizo que el chico se convenciera de que había hecho lo mejor al echar de allí a las dos chicas y olvidarse de todo lo ocurrido. La lluvia seguía cayendo con mucha fuerza. Un fuerte relámpago alumbró todo el jardín provocando que Allan mirase al exterior. Fue entonces cuando vio por la ventana a dos personas con sus paraguas corriendo por el carril hacia la casa. Se acercaban como si huyesen de aquella torrencial lluvia y él se quedó mirando con inquietud:

—Papá, vienen dos personas hacia la casa —advirtió Allan.

Sin apartar la mirada de aquellas personas, a la luz de los relámpagos que los alumbraba, se le hicieron muy conocidas aquellas dos figuras. El terror se apoderó otra vez de Allan: las personas que se acercaban a la casa eran Martha y Leonard; sus padres.

Al ver aquello, se le empezó a acelerar la respiración. El frío helador volvió y podía ver cómo salía el vaho de su boca. Con terror a lo que se pudiese encontrar detrás de él, giró muy despacio la mirada, debía comprobar qué eran aquellos seres que le acompañaban. Lo que vio era algo muy distinto a la escena que vivió minutos antes: esas dos cosas que había en el salón se giraban hacia Allan y hacían un fuerte movimiento sin control con sus cabezas que desafiaban a cualquier lógica, a la vez que empezaron a emitir un ruido ensordecedor intentando gritar sin orificio bucal... Allan se encogió en su sillón tapándose los oídos y sin poder cerrar los ojos, rezaba todo lo que sabía pidiendo a Dios que aquellas cosas se fueran de allí.

Al estruendo de un relámpago y a la vez un fuerte portazo, Allan consiguió cerrar los ojos. Eran sus padres, que entraron a la casa riendo y charlando. Al oírlos llegar, el chico abrió los ojos de nuevo. Aquellas entidades habían desaparecido.

Los padres de Allan, al ver a su hijo con tal grado de nerviosismo, corrieron hacia él para ver qué le ocurría.

—Hijo, ¿qué te pasa? ¿Te encuentras bien? ¿Estás así por la tormenta? —preguntó Martha con extrema preocupación al ver a su hijo en aquel estado.

—Yo... —Allan apenas podía vocalizar.

No se atrevió a explicarles lo que le estaba ocurriendo.

—Sí, la tormenta... También os vi ahí fuera, pensé que erais otras personas y me asusté.

—Hemos ido a cerrar la cancela de la entrada; al parecer, el mecanismo está fallando y se abre. Tranquilízate —le explicó Leonard mientras con su mano lo acariciaba y lo despeinaba intentando calmarlo.

Aquella iba a ser una noche muy larga para él.

Después de la cena y el rato de tertulia de sus padres en el salón, Allan, el cual había estado muy callado durante todo el tiempo, al ver que estos ya se iban a retirar para ir a dormir, le pidió a su madre que lo acompañase a su habitación. A ella se le hacía bastante extraño que aún siguiera con el susto en el cuerpo, pensó que aquel estado en el que se encontraba su hijo se debía a tantas emociones negativas de aquel día, así que aceptó acompañarlo, se sentía muy culpable del estado de ansiedad en el que se encontraba aquella noche.

Martha iba delante de él y abrió la puerta para que entrase.

—¡Vaya! ¡Qué frío hace aquí! Qué extraño... La calefacción parece que sigue funcionando, mañana mandaré a revisarla —comentó.

Allan se quitó los zapatos; mientras, su madre, mirándolo a los ojos de manera compasiva, le dio un beso en la frente y salió de la habitación. El chico no se levantó a cerrar la puerta con el seguro: si aquellas cosas volvían, el pestillo no sería un impedimento para que entraran.

Fue una noche muy extraña. La tormenta no cesaba, él estaba en su cama cubierto hasta la cabeza y, de vez en cuando, se destapaba un poco los ojos para vigilar a su alrededor y se volvía a tapar rápidamente. Las presencias se hacían notar, aunque no se viese ni oyese nada. A altas horas de la madrugada y rendido por el sueño, al fin pudo quedarse dormido.

Los primeros rayos de luz de aquel día despejado entraron por la ventana, haciendo que Allan se despertara. Al abrir los ojos, se dio cuenta de que tenía la cabeza destapada. Estaba muy pensativo con todo lo ocurrido, pero a la vez bastante relajado, se podría decir que incluso un poco feliz por haber superado aquella noche sin incidencias. Tanto era así que dibujó una pequeña sonrisa en su rostro mientras se desperezaba. Le apetecía estar un rato más descansando, así que cogió la manta y se volvió a tapar de cabeza. El seguro de la puerta se echó sin que él se diese cuenta. Estaba tapado del todo cuando, al mirar hacia sus piernas, vio que un ser demoniaco se encontraba allí con él, bajo las mantas.

Allan empezó a patear e intentar salir de su cama, pero aquello lo sujetaba con fuerza. Empezó a gritar y a pedir auxilio. La empleada, al oír sus gritos, acudió a socorrerlo, pero no podía abrir la puerta, tenía el pestillo echado. Ante los golpes en la puerta que propinaba la asistenta, aquello retrocedió hacia los pies de la cama, como si se deslizase hasta el suelo, y desapareció. Allan, nervioso, salió de la cama a toda prisa cayéndose de esta, se levantó y quitó el seguro.

—¿Qué ha pasado? Te oí gritar.

—Sí, yo... Es que me caí de la cama.

Allan no quiso contarle nada, no quería involucrar a nadie. Su mente se negaba a acceder a las peticiones de las chicas, aunque en el fondo cada vez era más consciente de que lo que estaba ocurriendo era real y que aquellos espíritus no lo iban a dejar tranquilo. Sabía que se tendría que reunir tarde o temprano con Dhana y Sasha, aunque aquello que debían hacer fuese en contra de sus creencias.

No quería quedarse solo en la habitación, así que le pidió a la asistenta que, por favor, no se fuera hasta que se vistiese. A ella le pareció bastante extraño que el joven le pidiese aquello, pero ella estaba allí para lo que necesitaran los señores, así que se dio la vuelta dándole la espalda a Allan y esperó a que este se terminara de vestir.

Aquel día, al bajar del coche en la puerta del instituto, Allan vio a las dos chicas sentadas en un banco al lado de la entrada esperando a que sonara la sirena de entrada. Se quedó mirándolas y ellas también lo miraron, pero siguieron su charla; Allan pasó de largo y entró al recinto.

Dhana se había quedado a dormir aquella noche en casa de Sasha. Aparte de no querer estar sola, estaba intentando limpiar su mala reputación frente a los padres de su amiga y parecía que le estaba funcionando. Aquella fue una noche muy larga para ambas. Una silueta envuelta en una espesa niebla amarillenta y con las manos ensangrentadas apoyadas dentro del espejo del tocador estuvo durante toda la noche observándolas, pero ninguna de las dos tuvo el valor de ir a tapar el espejo o de salir de aquella habitación.

Sonó la sirena de entrada y, en el intervalo de cinco minutos, todos los pasillos del instituto y

sus alrededores quedaron desiertos y en silencio.

LA ACEPTACIÓN DE ALLAN

Todos los alumnos entraron en clase y, como siempre, el ruidoso empezar de cada mañana de sillas arrastrando, aquel barullo enloquecedor de cada día, charlas y risas de últimos minutos antes de que llegase la profesora. Mientras, Allan estaba sentado con la mirada perdida puesta en la pizarra y en absoluto silencio, al igual que Dhana y Sasha, que lo miraban de reojo. Todo aquel bullicio se disipó en el momento en el que ella entró.

Allan aquel día no podía concentrarse en clase, pues, al igual que las chicas, estaba muy cansado. Llevaba un vasto rosario entre las manos, y la voz de la profesora en medio del silencio de la clase hizo un efecto relajante a la vez que tranquilizador en Allan, así como en Dhana y Sasha. Aquel grado de relajación no estaba siendo algo natural; Allan empezó a darse cuenta de que no podía salir de aquel estado por mucho que lo intentase. A ellas les estaba ocurriendo lo mismo.

De forma simultánea, los chicos sintieron que se habían quedado dormidos para, acto seguido, despertarse en un escenario muy distinto. Los tres se encontraban en la clase solos con la profesora. Todo se veía con una atmósfera distinta, la clase estaba oscura y fría. Se oía el murmullo de gente susurrando y lamentándose, pero allí solo estaban ellos. Cada uno sentado en su pupitre. La profesora se encontraba en la pizarra, de espaldas. Dhana conocía aquella escena puesto que ya la había vivido antes; intentó apartar su mirada, pero no podía. Los tres se encontraban inmóviles y sin poder cerrar los ojos ni hablar. Estaban sumidos en una especie de estado catatónico, pero podían oírse los pensamientos entre sí. La cabeza de la profesora empezó a girar hasta quedar alineada con la espalda: aquel no era su rostro. Comenzó a caminar hacia atrás, iba a por Allan.

—No me ignores —le gritaba aquella cosa mientras se le iba acercando.

Dhana y Sasha oían los rezos de Allan y cómo pedía auxilio. Aquel ser demoniaco se quedó parado frente a él, mientras este rezaba sin parar.

—Padre Nuestro, que estás en los cielos...

—Ese padre tuyo... no te puede ayudar. ¡Cállate! Mira cómo te ignora tu dios mientras yo te arranco el alma del puto cuerpo... —gritaba aquello mientras, con una de sus manos de largos dedos y torcidos, le abría la mandíbula e introducía la otra en el interior de la boca casi hasta llegar al codo.

Las chicas veían como el brazo de aquel demonio pasaba por el interior del cuello de Allan; estaban presenciando como aquel ser maligno le estaba desgarrando el alma a Allan.

Dhana intentaba gritar con todas sus fuerzas. Tenía la boca cerrada, pero sabía que Allan podía oírla, al igual que ella los podía oír a ellos.

—¡Allan, escúchame! Tienes que aceptar. ¡Allan! ¡Acepta o te matará!

Pero él solo rezaba sin parar.

—Allan, por favor, acepta... —pidió Dhana desesperada.

Entonces, en ese momento y tras las súplicas de Dhana, él aceptó. En aquel mismo instante, los tres volvieron a despertar en la clase. El chico respiraba intentando recuperar el aliento, y a Dhana y Sasha les seguía temblando el cuerpo.

Sonó la sirena del descanso. No lo podían creer, habían transcurrido varias horas mientras habían estado sumidos en aquella especie de pesadilla.

Todos abandonaron la clase como de costumbre: entre risas, charlas, bromas, pero Allan aquel día ni siquiera miró a sus amigos. Pasó de largo y se dirigió a Dhana. Esta se puso nerviosa, pues no sabía qué intenciones traía el chico. Se paró frente a ella y le dio las gracias por haberlo ayudado a salir de aquella situación.

—No me tienes que agradecer nada. Era mi obligación ayudarte. Espero que me perdones algún día por haberte metido en esto.

—No, Dhana, yo cogí la maldita *ouija* por voluntad propia. Además, he sido un capullo contigo durante mucho tiempo, me lo tenía merecido.

Las chicas no podían dar crédito a las palabras de Allan, tan sumiso, quizá todo lo que le estaba ocurriendo le estaba afectando más aun de lo imaginado.

Los tres caminaron juntos por el pasillo. Él empezó a sentirse arropado por las chicas; mientras, sus amigos observaban incrédulos ante aquel cambio en Allan hacia Dhana y Sasha de un día para otro.

Se sentaron en el escalón donde lo solían hacer siempre ellas.

—¿Cuándo lo vamos a hacer y dónde? —preguntó Allan—. Es más que evidente que ninguno de nosotros queremos hacerlo en nuestra casa.

—En la mía no me van a dejar meter chicos y tú sabes que es así, Dhana —explicó.

—¿Y tú piensas que en la casa de Allan o en la mía sí nos van a dejar? —respondió enfadada Dhana a su amiga—. ¡No seas egoísta, aquí estamos todos igual que tú! —A la vez que se levantó y se acercó al árbol que estaba a su lado. Acto seguido, arrancó tres trocitos de ramas y se las puso en la mano alineadas—. Quien saque la rama más larga tendrá que ceder, y lo haremos en su casa. Nos la tendremos que ingeniar para sacar de casa a los padres de a quien le toque. Lo haremos en este orden: saca primero Sasha, que fue la que tocó primero la *ouija*; luego tú, Allan, que llegaste después que ella, y pues... yo, que os he metido en esto, tendré la suerte que vosotros me dejéis. ¿Os parece bien?

A sus dos compañeros de *aquel juego* les pareció bien el orden y aceptaron sin pensar aquella propuesta. Sasha sacó la del centro. Llegó el turno de Allan: este vio que una de las dos ramas que quedaban era unos milímetros más larga, así que, pensando de manera egoísta, como solía hacer e intentando que ninguna de las dos se diese cuenta, se la dejó a Dhana.

Los tres enseñaron cada uno la suya y la de Allan era la más grande. El chico se levantó de mal genio.

—¡Mierda! ¡No, joder, mierda! ¡Putas mala suerte la mía...! —Y se fue muy malhumorado y maldiciendo mientras se alejaba de ellas.

Aunque era un riesgo que Dhana tenía que correr, sabía que el egoísmo de Allan lo iba a traicionar. Allan era tan predecible e ignorante en ocasiones que no fue nada difícil volver a engañarlo. Sasha sabía que debía coger la del centro, Dhana dejó a propósito una de las ramas un poco más afuera que las demás haciendo que esta pareciese visualmente milímetros más larga. Sabía que los nervios de Allan le jugarían una mala pasada. Él, para que las chicas no se diesen cuenta, actuaría de manera rápida y sin pensar... Y así fue, tal y como las chicas lo habían planeado la noche anterior.

Aquella amabilidad en Dhana y Sasha hacia Allan era solo apariencia, la maldad y el odio seguían intactos en ellas.

Los tres chicos quedaron en verse después de la comida en un campo de fútbol cercano a la casa de Allan para ver cómo iban a hacer para que los padres del chico no estuvieran en la vivienda cuando fuesen a realizar la sesión.

Allan llegó el primero. Se sentó en las gradas a esperar a que las chicas llegaran. Observaba como los niños estaban alegres y emocionados mientras entrenaban. Un balón llegó hasta los pies de Allan, lo cogió y se quedó mirándolo. El tacto de aquel balón en sus manos le hizo recordar los mejores momentos de su niñez, cuando todo en su vida estaba en orden y sus mayores preocupaciones eran a qué compañeros iba a escoger para formar su equipo de fútbol. Estaba sumergido en sus recuerdos, sentía melancolía al pensar en el giro drástico que había dado su vida de un día para otro. La voz de un niño que lo miraba tras la rejilla de su casco hizo que Allan volviera al presente:

—Por favor...

—¿Sí? —respondió Allan un poco despistado.

—¿Me lo devuelves?

—¿Perdón?

—El balón, que si me lo puedes devolver...

—Ah... sí, por supuesto.

Allan le lanzó el balón y aquel chico se alejó con él en las manos al mismo tiempo que las chicas llegaban. Sasha se sentó a su lado y Dhana enfrente de los dos.

—Bueno, para empezar, hay que pensar cómo podemos hacer para que tus padres no estén en tu casa ese día.

—Mi padre tiene que salir de viaje por unos asuntos de trabajo.

—¡Perfecto! ¿Y para cuándo se van? —preguntó Sasha.

—El viaje es mañana, pero solo se va mi padre, es un viaje de negocios.

—¡Pues que lo acompañe tu madre y asunto arreglado! —exclamó Dhana.

—Mi madre no suele acompañarlo en esos viajes de negocio y no creo que a ella le apetezca...

Dhana interrumpió el argumento de Allan poniéndose bastante nerviosa y de mal humor con él:

—Nos importa una mierda lo que a tu madre le apetezca. Amenázala diciéndole que sabes lo de sus jueguecitos pornográficos y que... ¡Ay! —Sasha la interrumpió con una fuerte patada en la espinilla

—Ella ya sabe que yo lo sé todo —les confesó Allan mientras miraba a Dhana con odio en la mirada.

—Mejor, trabajo que te ahorras, así que le dices que o se larga o... ¡Auch! ¡¿Qué te pasa?!

Sasha volvió a propinarle una patada en la pierna, interrumpiéndola de nuevo al ver que esta estaba siendo muy brusca con él. No podían permitirse que el chico se echase atrás.

—Tenemos que apoyar a Allan y no hacer esto más difícil para él —le recriminó Sasha mirándola muy seria—, pero, Allan, si dices que tu madre ya lo sabe todo, podrías proponerle, de manera amable, que acompañe a tu padre, para que así pueda pasar más tiempo con él a solas e intentar mejorar su matrimonio.

Las palabras de Sasha le convencían más que las de Dhana, pese a ser el objetivo de ambos mensajes el mismo, así que decidió probar con el consejo de Sasha.

PREPARATIVOS

Allan se dirigió a su casa con paso lento y abatido. Se sentía un completo perdedor. En el trayecto, iba pensando en cómo comenzar a hablarle a su madre para poder sacarla de allí. El consejo de Sasha le parecía bastante más coherente y apropiado que el de Dhana.

Por el camino, comenzó a ser consciente de cómo la gente que iba caminando por la calle hablando y riendo, al cruzarse con él, le cambiaban el rostro, se quedaban mirándolo fijamente a los ojos y con los semblantes serios. Aligeró el paso, ya que aquello no le estaba gustando en absoluto. Al fin llegó a su lujosa urbanización donde apenas vivía gente, solía estar muy solitaria puesto que casi todas las viviendas eran vacacionales; solían habitarlas los veranos.

Llegó a la verja de su casa y metió la mano en su bolsillo para coger las llaves y abrir, pero esta se abrió sola. A paso ligero, cruzó el gran jardín y entró en su casa. Allí se encontraba la empleada limpiando los cristales de las ventanas del salón. La dulce melodía de una cajita de música lo guio hasta donde se encontraba su madre, parada frente a una majestuosa vitrina del siglo XIX en la cual guardaba su valiosa colección de cajitas musicales; estas, elaboradas en oro y plata. A ella le gustaba pasar su tiempo libre escuchando la exquisita melodía de cada una de aquellas delicadas cajitas mientras, con un paño de algodón blanco, las iba brillantando antes de volverlas a colocar cada una en su lugar. Allan se acercó a ella y, al ver que no lo escuchó llegar, este le tocó suavemente el hombro; ella se sobresaltó al no esperarlo.

Allan, al ver a su madre asustada por el simple hecho de que la tocara en el hombro, se dio más cuenta aún de que tenía que sacarla de aquella casa por su bien; hasta que aquel asunto se solucionara. Todo lo que le estaba ocurriendo al chico le estaba sirviendo para comenzar a valorar aquello a lo que antes no le prestaba atención ni le daba importancia.

—¡Dios! ¡Qué susto me has dado, hijo! No te he oído llegar.

—Lo siento, no pensaba que te fueras a asustar —se disculpó Allan apurado—. Tenemos que hablar.

Aquel «tenemos que hablar» asustó aún más a Martha. El temor de que su hijo volviera de nuevo a formar otro escándalo hizo que soltara aquella frágil cajita musical sin ninguna delicadeza y en el primer lugar que le pilló. Fue rápidamente a cerrar las puertas de la sala, se dirigió hacia el equipo de sonido y puso música para evitar que la asistenta los escuchase hablar. Aquello era lo que solía hacer en las contadas ocasiones en las que discutía con Leonard para que nadie en la casa oyese sus discusiones.

—Si me vas a volver a insultar, te advierto que...

—No, mamá, al contrario. He estado pensando que sería una buena idea que fueses de viaje con papá. Quizá te vendría bien cambiar de ambiente, puede que estar más tiempo con él en estos momentos sea beneficioso para vuestro matrimonio.

—No, Allan, no necesito estar en un hotel aburrida todo el santo día esperando a que tu padre

llegue tarde y cansado a dormir. Dime, ¿de qué manera puede ayudar eso a mi matrimonio?

—Yo pienso que si estáis más tiempo juntos puede que...

Esta vez fue Martha la que interrumpió a Allan hablándole de manera autoritaria:

—¡Allan Fowler, no me digas lo que tengo que hacer! Además, ¡nuestro matrimonio va perfectamente!

Allan se estaba poniendo muy nervioso al ver que su madre estaba a la defensiva y negándose a acceder a su petición, y empezó a pensar, muy a su pesar, que quizá el plan de Dhana era el más adecuado en aquellas circunstancias:

—¡Y una mierda! —gritó a su madre perdiendo de nuevo el control—. Vuestro matrimonio no va bien. Si fuese así, ¡no estarías revolcándote con otro hombre igual que una vulgar puta! —añadió el joven furioso.

Martha se puso muy nerviosa al ver como su hijo volvía a hablarle de manera agresiva y, sin pensarlo dos veces, levantó la mano para abofetearlo de nuevo, pero esta vez, él no lo permitió. Paró la mano de su madre agarrándola de la muñeca, casi retorciéndosela y le advirtió:

—Si me vuelves a poner tu sucia y asquerosa mano encima, no respondo de mis actos, aunque seas mi madre. Y ahora, óyeme bien: tu niño de mamá y papá ha encontrado un lugar donde puede ir a vivir cuando quiera y alguien me ha ofrecido un empleo, así que, como verás, no tengo miedo a que tu marido se entere de lo zorra que eres y te saque a patadas de aquí, aunque yo también tenga que marcharme. ¿Te ha quedado claro? Así que tú ahora vas a llamar a la agencia para sacar un billete de última hora y te vas con él, si no quieres que sea esta misma noche la que duermas en la calle.

Martha se quedó sin saber qué decir. Allan le soltó la mano.

Leonard llegó de trabajar y entró en la sala. Se quedó algo extrañado al ver a su esposa y a Allan de pie, frente a frente, en la sala y con la música puesta. Eso solo significaba una cosa:

—¿Estabais discutiendo? —preguntó a la vez que observaba la reacción de ambos.

—Pues, yo... —Martha balbuceaba sin poder casi mediar palabra.

Allan, al ver que su madre no reaccionaba de manera adecuada, la interrumpió y habló por ella:

—¡No! Al contrario, mamá te quería dar una sorpresa, ¿verdad, mamá?

—Sí, es que... Me gusta mucho el lugar al que vas y he estado pensando que me voy contigo.

Leonard se alegró mucho con aquella noticia, estaba cansado de pasar tanto tiempo solo en sus viajes.

—¡Eso me parece una fantástica idea! —Se dirigió hacia su esposa y le dio un emotivo abrazo, mientras ella, con el rostro aún pálido, observaba a su hijo y aquella sonrisa que nunca había visto antes en él: de maldad.

—¡¿Ves cómo a él le iba a parecer una gran idea?! —expresó Allan con semblante de satisfacción.

—Pero ¿tú te vas a quedar solo? —preguntó su padre algo preocupado.

—No te preocupes por eso. La asistenta se puede quedar por las noches en la casa el tiempo que estéis fuera. Además, tenemos bastantes exámenes para los próximos días y voy a pasar muchas horas estudiando. Ni cuenta me voy a dar que os habéis ido.

Aquella mentira sobre el supuesto trabajo y un lugar donde alojarse había surtido efecto en Martha.

La noche fue algo más intranquila que la anterior para Allan. El hecho de haber aceptado y estar colaborando no hizo que aquellos seres que los acechaban se apartaran de él, seguían

demostrando su presencia; ya no se apartarían de ellos.

Allan, al igual que las chicas la noche anterior, podía ver como una figura lo observaba desde la parte interior del espejo que tenía en el dormitorio, inmóvil, apoyando las manos ensangrentadas sobre este. Aquella noche, Allan no podía taparse hasta la cabeza. El temor a encontrarse de nuevo en su interior a aquel demonio y el perder el contacto visual de lo que había en el espejo se lo impedían.

A medianoche, el cansancio hizo que fuese cerrando los ojos poco a poco sin poder evitarlo, hasta quedar dormido.

Se abrió el nuevo día, pero la luz aún era débil cuando Allan despertó. Lo primero que hizo fue mirar al espejo y, acto seguido, echó una ojeada a su habitación. Allí no había nada; se encontraba solo. Se dio una rápida ducha, cogió algo de fruta y se marchó. Aquel día salió muy temprano de su casa y no permitió que nadie lo llevase al instituto, poniendo como pretexto que sus amigos no lo hacían y no quería ser diferente a ellos.

Antes de marcharse, se despidió de sus padres, puesto que estos ya no estarían en casa cuando él regresara de sus clases.

Se desvió del trayecto que lo llevaba al instituto, iba a esperarlas en una parada de autobús cercana a su casa donde habían quedado en reunirse. Pensó que sería el primero en llegar, pero allí ya se encontraba Sasha. Por último y con algo de retraso con respecto a la hora acordada, llegó Dhana, que traía con ella el tablero de *ouija* en su bolsa de deporte colgada del hombro. Aquel día, los chicos no tenían intención de ir a las clases y, dado a que la información en internet era muy variada y confusa, decidieron que irían a documentarse a la antigua biblioteca pública de la ciudad para obtener la información más precisa; necesitaban saber cómo realizar una sesión de *ouija* de manera correcta, cómo debían protegerse ellos y a la casa antes de realizar la sesión.

Entraron en el edificio. Todo estaba muy silencioso; en su interior, tan solo había dos personas muy centradas en sus lecturas. En la recepción no se encontraba nadie en aquellos instantes, encima del mostrador, un cartel en el que podía leerse: «Estoy ordenando material. Por favor, entre sin hacer ruido». Encima de este, había mapas de la biblioteca indicando las secciones, cada una de ellas enumeradas para orientar a los visitantes por los enormes pasillos. Cogieron uno y se adentraron. Aquel lugar era inmenso y muy antiguo.

«Ocultismo, pasillo 73»: aquella era una sección en la que notabas una fuerte energía nada más adentrarte en ella. Cada chico iba cogiendo los libros que le parecían más relevantes para aquel asunto, y se sentaron juntos en una de las largas mesas de la sala de lectura. Todo estaba muy anticuado; incluso el olor que había allí hacía notar un tiempo pasado. Tan solo los ordenadores les recordaban la época en la que se encontraban. Recopilaron todo lo necesario y salieron de aquel lugar.

En las páginas de internet, buscaron una tienda esotérica donde poder comprar las diversas cosas que necesitaban para protegerse. Aquella tienda también era muy antigua y la única que había en toda la ciudad. Llevaba abierta en aquel mismo lugar desde finales del año 1951 y regentada por la misma familia durante tres generaciones.

Dhana y Sasha entraron, pero Allan, por sus creencias religiosas, prefirió no hacerlo, así que decidió quedarse afuera, y Dhana le dio la bolsa de deporte al chico. Al entrar al lugar, lo primero que percibieron fue aquel olor tan peculiar a inciensos. Allí había todo tipo de talismanes, libros, pastillas de carbón para quemar, incluso preparados de hierbas en bolsitas que la misma dueña de la tienda recogía en el bosque. Cogieron inciensos de salvia, velas moradas y varios amuletos que eran, según ponían en las etiquetas, «protectores de todo mal». Dhana, muy disimulada para que

nadie se diese cuenta, cogió uno y se lo guardó en el interior del sujetador. Se dirigieron al mostrador para pagar; sobre este, había un *walkie* con el que se comunicaban entre ellos. Mientras pagaban, la curiosa de Sasha no paraba de preguntar por la función de cada producto:

—¿Y para qué son las bolsitas de hierbas?

—Tinas de limpieza, son distintos preparados y cada una tiene su función; hay espantamueertos; otras son para evitar el mal de ojo y para eliminarlo. También hacemos con estas hierbas aceites tumba trabajos...

—¿Tumba trabajos? ¿Qué significa?

—Es para rechazar o hacer fracasar trabajos de magia o rituales que alguien esté utilizando contra nosotros o los nuestros.

—¡Qué curioso! ¿Y qué más hay?

—Para hacer amarres, para limpiar el aura, etc. Ella misma, Ruxandra, nuestra médium, va a por esas hierbas y las prepara, hace los aceites, etc. Es bastante complejo su trabajo, va a una hora en concreto de la madrugada de un día determinado, sale a por todas las hierbas que tenemos en la tienda.

—Debe ser muy interesante ir con ella, habréis aprendido mucho de todo esto.

—Al contrario, no quiere que nadie la acompañe. Va sola, puesto que cada vez que corta una de estas plantas con su Athame, que es una daga ceremonial, realiza una oración en cada corte de estas plantas, y no quiere compañía que la pueda distraer de su labor.

—¡Qué interesante!

—¿Nos vamos ya, o aún no has terminado con tu interrogatorio? —preguntó Dhana con prisa por salir de allí.

Pagaron y, cuando estaban a punto de salir de la tienda, una áspera voz de mujer se escuchó a través del aparato que se encontraba sobre el mostrador. Era la señora que fundó aquel negocio de manera clandestina a finales de los años 50, siendo muy joven, en la vieja casa donde vivía en aquel tiempo; fue tal el éxito que tuvo en aquella época, que poco después se trasladó a aquel lugar, legalizando su situación como residente y su negocio, del cual era propietaria. Ella, una rumana de complexión y naturaleza fuerte que ahora contaba con ochenta y cuatro años, a pesar de su edad, aún seguía ofreciendo sus servicios de videncia, conjuros, amarres, comunicación con seres del más allá, etc.

—No podéis iros —aseveró la dependienta mientras le hacía una señal a su hija para que no las dejase marchar.

—¿Pasa algo? —preguntó Sasha extrañada.

Mientras, Dhana se puso bastante nerviosa pensando que la habían pillado robando.

—¡Pues tenemos prisa y debemos irnos!

—No os podéis ir porque Ruxandra tiene que hablar con vosotras. Seguid las flechas que encontraréis por el pasillo —les indicó la dependienta (hija de la médium).

—Vamos, Dhana, será interesante conocerla.

—Yo pienso que tenemos cosas *mucho más importantes que hacer* como para andar perdiendo el tiempo, ¿no crees? —dijo Dhana con tono enfadado y daba la impresión de estar algo inquieta.

—Sí, pero vamos a entrar porque esa señora nos está esperando, no seas maleducada, Dhana, ni que tuvieses algo que ocultar... —comentó Sasha de manera irónica mirando a su amiga mientras caminaban hacia el pasillo.

Dhana no quería entrar, pero Sasha se llevó casi a empujones a su amiga por aquel oscuro pasillo de luces rojizas. Las paredes estaban cubiertas de estanterías y estas repletas de figuras de

santos, objetos de protección, libros de espiritismo, videncia y hechizos; todos ellos apilados en los estantes y en el suelo.

Aquella señora nos estaba esperando.

—Entrad. Me gustaría poder deciros que sois bienvenidas, pero os estaría mintiendo.

La sala estaba iluminada por grandes velas. Las paredes estaban forradas en tela de seda con aspecto bastante antiguo. Había hierbas colgadas bocabajo secándose, amuletos protectores en cada centímetro de aquel lugar que olía a todo tipo de inciensos y aceites, haciendo que el aire se sintiera pesado y molesto al respirar... En el centro de la sala, una pequeña mesa redonda y, a su vez, en el centro de esta, una especie de plato negro de cerámica con forma redondeada y con una profundidad de unos diez centímetros. En su interior, agua cristalina con varios tipos de hierbas sumergidas.

—Sentaos. Mi nombre es Ruxandra.

Aquella señora tenía los ojos ciegos y de un color blanquecino.

—Si no somos bienvenidas, ¿por qué nos ha hecho entrar? —quiso saber Sasha.

—Estará aburrida —comentó Dhana con tono burlón.

La médium giró su rostro, poniendo sus ojos blancos hacia los ojos de Dhana como si pudiera verla; cruzó su mirada con la de ella.

—Para empezar, siéntate derecha porque no estás en tu casa, niña insolente. Segundo, no comprendo cómo tienes tantas ganas de hacer bromas estúpidas con la cantidad de entes malignos que te acechan. Y tercero, mi naturaleza me obliga a...

Ruxandra se quedó en silencio durante unos segundos. Olfateó a su alrededor, como si percibiera que allí hubiese algo más con ellas. Cogió un manojo de hojas de salvia en una mano y, con el tacto de la otra, buscó el plato, mojó el manojo de salvia en él y, sacudiéndolo en todas direcciones, lo roció todo a su alrededor.

—Como os iba diciendo, por mi naturaleza tengo que advertiros sobre lo que vais a hacer.

Las chicas se miraron con inquietud y la atención de ellas ahora pertenecía en su totalidad a Ruxandra.

—Meted la mano en el agua —ordenó la médium a la vez que ella también lo hacía.

El agua era un conductor para contactar con el interior de las chicas. De esa manera, no podrían mentirles en nada, pues veía el interior y el exterior que había en ellas.

—Sé que tú has estado jugando con fuego —dijo dirigiéndose a Dhana— y, como consecuencia, has arrastrado contigo a tu única amiga y al pobre infeliz que está en la puerta, pero tampoco te aflijas demasiado, ya que los seres malignos que van con vosotros son los que te han llevado a esto. No solo son malignos, también son tramposos. Tú estás envuelta en este embrollo por la trampa que te pusieron y en la que alegremente caíste al apoderarte de lo ajeno. Me refiero al tablero que crees tener en tu poder, pero, en realidad, es al contrario: tú estás bajo el poder del tablero.

—¿Cómo sabe lo que nos está ocurriendo? —intentó averiguar Sasha impresionada.

—Eso no os importa.

—Entonces díganos al menos, ¿qué debemos hacer? —preguntó Dhana algo desesperada.

—Tenéis que realizar la sesión, estáis condenados a ello. Son malignos porque nadie aún ha hecho lo correcto por ellos.

—¿Y qué es lo correcto? —quiso saber Sasha.

—Yo no sé qué es lo correcto, lo único que sé, es que, si hacéis lo que os piden, nunca os dejarán en paz.

—¿Cómo nos podremos proteger?

—Empezará a haber mucha actividad a vuestro alrededor, puesto que son bastantes los espíritus a los que os enfrentáis. Oiréis voces, ruidos, golpes, movimientos bruscos de objetos, pero debéis ignorarlos, puesto que si le prestáis atención a lo que pase a vuestro alrededor empezareis a sentir temor y ellos aprovecharán esa energía que desprendéis. Pase lo que pase, ignorad todo lo que veáis o escuchéis.

—¿Solo con ignorarlos estaremos protegidos? —preguntó Dhana algo desconfiada.

—No, el amor, el cariño, también os protegerán, y lo más importante: no debéis mostrar miedo, pues el miedo es una alta energía de la que se alimentan e incluso se apoderan de los cuerpos de las personas más débiles. Si sientes miedo o eres una persona débil, pertenecerás a ellos.

—¿Y ya está? —volvió a preguntar con tono desconfiado.

—Sí, ¡ya está! —respondió Ruxandra bastante molesta por su desconfianza; pero después añadió—: muy importante, la sesión no puede durar más de media hora, tenéis que decir adiós para cerrar la sesión, pero estos seres en ocasiones se niegan a despedirse. Si eso ocurre, debéis hacer un círculo protector agarrándoos de las manos. Si alguno de vosotros pierde el control y el miedo se apodera de él o de ella, deberéis sacarlo del círculo protector, pues, por vuestras manos, al estar en contacto, la energía pasará de unos a otros y entonces todos estaréis expuestos a ser poseídos. Algo muy importante: durante la sesión, nadie deberá nombrar a Dios.

—¿Qué le pasará al que se quede fuera del círculo? —preguntó Sasha con preocupación.

—Como todo cobarde, perderá. Podéis sacar las manos y marcharos ya de aquí.

—¿Qué coño significa que perderá? —quiso saber Dhana exaltada.

—¡Eres una niña insolente y maleducada!

Aquella señora se levantó de la silla indignada por la falta de respeto de Dhana. Tal como las llamó de manera urgente, también las echó de allí.

Sasha miró a su amiga enfadada y, sin querer levantarse aún de la silla, le preguntó muy preocupada a la médium:

—Entonces, ¿para qué nos quieren esos espíritus?

—Solo buscan vuestra atención.

—Pero ¿no nos piensa ayudar?

—¡No! ¿Acaso me has visto cara de loca?

—¿Respondo yo? —bromeó Dhana riéndose.

Sasha le propinó una patada por debajo de la mesa a Dhana. La médium, indignada, continuó hablando:

—¡No he llegado a esta edad haciendo locuras! Es más, quiero que os levantéis y salgáis de aquí inmediatamente. ¡Largo! —gritó Ruxandra de manera sulfurada, para añadir a continuación—: Esperad, tened cuidado con el santurrón cobarde que habéis dejado en la puerta, pues es un peligro para vosotras. Y tú, ladrona de pacotilla, tú no aprendes, ¿verdad? Lo que intentas llevarte sin pagar no te va a proteger de nada, solo es un *souvenir*, ignorante...

Ruxandra dirigió sus ojos blancos hacia Dhana, como si pudiera ver los suyos. Estiró el brazo con la muñeca cargada de pulseras, su tremendo anillo y la palma hacia arriba, y Dhana se acercó sacándose del sujetador lo robado y poniéndolo en la mano de la médium. ¿Cómo era posible que lo supiera estando ciega? Aprovechando el cruce de miradas, Dhana agregó antes de marcharse:

—Es usted una nefasta consejera, solo nos ha hecho perder el tiempo.

—No quiero volverte a ver por mi negocio...

—¿Está de broma? —dijo Dhana riéndose a carcajadas—. ¡¿Cómo va a verme con esos ojos?!

—¡Marchaos de inmediato! —gritó con todas sus fuerzas y llena de rabia.

Las dos salieron de aquel lugar. A Sasha no le extrañó en absoluto que su amiga intentara llevarse aquel objeto sin pagar, pues en varias ocasiones ya la había visto hacerlo, pero hacía la vista gorda.

—¡Estás loca, Dhana! —bromeaba Sasha riéndose de cómo le había hablado a la médium.

—¿Loca? Esa bruja nos ha hecho perder el tiempo.

Las dos salieron del local.

—¿Por qué habéis tardado tanto? —preguntó Allan cansado de esperar en la calle.

—La médium nos ha hecho entrar y nos ha estado *aconsejando* —contestó Sasha.

—Menos mal que no he entrado —murmuró con alivio.

—Pues deberías haberlo hecho, puesto que nos ha estado aconsejando sobre cómo realizar la sesión y también nos ha comentado que eres un puto cobarde —dijo Dhana intentando molestar por placer al chico.

Allan miró a Sasha y esta asintió con la cabeza corroborando que era cierto lo que le estaba contando Dhana. Por el camino, fueron explicándole lo que la médium les había aconsejado.

El día estaba oscureciendo, aquellas nubes amenazaban descargar con fuerza. La tormenta sonaba cada vez más cerca anunciando su pronta llegada.

Ya se estaban aproximando a la casa de Allan y el nerviosismo se iba apoderando de sus cuerpos. Se acercaron a la cancela de la entrada y, antes de que Allan sacase la llave para abrir, aquella puerta volvió a abrirse sola. En el micrófono del portero automático se oía el ruido blanco que solía hacer si el telefonillo quedaba mal colocado. Los tres chicos entraron y, cuando ya estaban lo bastante lejos como para no oírlo, de aquel aparato salió una débil voz en forma de susurro: «Os estamos esperando».

CUANDO LA COBARDÍA SE APODERA

Caminaron por la pequeña carretera que atravesaba el jardín, se percibía que algo les estaba esperando. Allan empezaba a ponerse nervioso y Sasha, que era algo más sensible que Dhana, se dio cuenta de su estado.

—Allan, por favor, debes calmarte. Recuerda lo que nos ha explicado la médium.

El chico se dirigió a la fuente y se sentó en el borde de esta.

—¿Qué estás haciendo ahora? —quiso averiguar Dhana.

—Dejadme estar aquí solo cinco minutos, el sonido del agua hace que me relaje.

Las chicas se sentaron también en el borde de aquella fuente. Sasha metió la mano en el agua; Dhana miró de reojo a su amiga y después echó un vistazo hacia la fachada observando las ventanas de la casa.

Allan, con los ojos cerrados, intentaba llenarse de tranquilidad bajo las primeras gotas de lluvia.

Dhana, sin dejar de observar los ventanales, aconsejó:

—Deberías sacar la mano del agua. Con esta tormenta eléctrica, no creo que sea muy buena idea estar en contacto con el agua, ¿no crees?

En medio de aquel momento de serenidad, Sasha emitió un fuerte grito.

Había caído un pájaro muerto al agua y, acto seguido, cayó otro casi a los pies de Allan. Los chicos rápido se levantaron y se fueron hacia la casa. En el corto trayecto que había desde la fuente hasta la entrada vieron caer varios pájaros más, algunos de ellos aún con vida. Les sangraban los ojos y aleteaban en el suelo como si les estuviese dando una especie de ataque.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Sasha bastante nerviosa esperando a que Allan lograra abrir la puerta de una vez.

Este no conseguía controlar su pulso, haciendo que la llave temblara entre sus dedos.

—No es la primera vez que veo algo así —comentó Dhana muy relajada mientras con el pie le daba la vuelta a uno de aquellos pájaros que estaban en el suelo—. Creo que se puede deber a la cercanía de la *ouija*, o quizá sea una manera más de asustarnos y de hacernos ver que están aquí. ¿Queréis tranquilizaros de una puta vez? ¡Son solo unos putos pájaros! ¡Vais a lograr que todo nos salga mal!

Al fin, Allan consiguió abrir la puerta y entraron a la casa. La asistenta se encontraba en la cocina terminando de limpiar.

—Meteos al salón, que la asistenta no os vea, no quiero que le cuente a mi padre que en su ausencia habéis estado aquí: creo que no le caéis muy bien —confesó mirando solo a Dhana.

El chico se fue a buscar a la asistenta. Se inventó una excusa para que se tomara el día libre y, aunque esta no estaba de acuerdo con dejarlo solo en la casa, hizo caso a las órdenes del que, en esos momentos, era el señor de la casa.

—Pero vengo a la noche para acompañarle, ¿verdad? Sus padres me han encargado que...

—No hace falta, señora Brown. Y, por favor, no comente esto con mis padres... Se va a quedar una chica en casa, y ya sabe... —le susurró Allan sonriéndole para hacerla cómplice y que creyera que tenía una cita romántica.

—¡Ah! Ahora entiendo —le respondió ella sonriendo—, pero ¿entonces cuándo regreso?

—No se preocupe, yo la avisaré cuando la necesite.

Mientras Allan estaba en la cocina con la asistente, las chicas andaban husmeando por el salón. Sasha se dedicó a hojear libros que parecían bastante antiguos, mientras que Dhana descubrió aquellas exquisitas cajitas musicales. Cogió una de ellas para verla mejor y le dio la vuelta para comprobar, en la parte inferior, lo que ya suponía: el sello que verificaba que aquellas cajitas eran de plata y oro. Sasha observaba a su amiga y veía las intenciones en sus ojos.

—No es el momento —le aconsejó Sasha.

—¿Cómo dices?

—Que no es el momento de que te la lleves, aún no —repitió Sasha con mucha calma y como si le estuviese leyendo el pensamiento a su amiga.

Al oír a Allan y a la Sra. Brown salir de la cocina, Dhana soltó la cajita en su lugar, se retiró de aquella vitrina y susurró a su amiga mientras esta la miraba:

—Eres una mal pensada, no tengo intención de llevármela... aún —dijo sonriendo.

La asistente, una señora bastante mayor, salió de la casa sin despedirse de la visita de Allan —puesto que no se había percatado de su presencia—, vestida de negro, con su paraguas también de color negro. Los tres chicos se asomaron por la ventana para comprobar que aquella señora salía de la propiedad. La mujer caminaba con su paso torpe, pero, a su vez, ligero a causa de la lluvia. Entonces, algo hizo que se detuviese.

—¿Qué está haciendo? —susurró Sasha extrañada.

Aquella señora miró hacia abajo y vio a uno de los pájaros que había en el suelo. Al dirigir la mirada hacia su alrededor, observó que había más. Parecía que la tormenta y la lluvia ya no le afectaban. Entonces, miró hacia la fuente y se acercó a ella, se subió la manga, metió el brazo y sacó al pájaro que se encontraba en el fondo.

—¡Agh...! ¡Qué asco! —exclamó Dhana.

La Sra. Brown se giró observando de manera nerviosa su alrededor. Miró hacia la casa, se hizo la señal de la cruz y acto seguido salió de allí lo más rápido que sus piernas le permitían.

—¿Qué ha sido eso? ¿Por qué se ha santiguado? —preguntó Allan muy inquieto.

—Pues no lo sé, igual la vieja tiene un puto radar para detectar espíritus —comentó Dhana riéndose a carcajadas.

—No tiene gracia, ¿te lo vas a tomar todo a broma? —le recriminó Sasha enfadada, que se marchó siguiendo a Allan dejando a su amiga detrás.

—¡Wow! ¡Qué poco sentido del humor tenéis! —exclamaba Dhana a la vez que cogía la bolsa de deporte que estaba en el suelo para seguir a los chicos.

Allan se paró al lado de la escalera, en silencio y dudoso de cuál sería el lugar que iba a escoger para realizar la sesión. Dhana ahí fue más intuitiva que Sasha.

—¿Puedo hacerte una sugerencia? —preguntó Dhana.

—Sí, por favor, ayudadme en esto —contestó el chico como si Dhana supiera el porqué de su indecisión.

—Deberías elegir un lugar donde no soléis estar de manera habitual, por si algo no saliese bien, no sé, igual se quedan atrapados en ese lugar y no pueden salir de ahí.

Aquella teoría no convenció en absoluto a Allan, ni siquiera a la misma Dhana, pero, en parte,

también era lo más coherente.

—En el desván —decidió Allan mientras subía seguido de las chicas.

Prepararon el lugar, encendieron las velas y cerraron la puerta.

Aquel sitio era oscuro y polvoriento. La poca luz que entraba procedía de una minúscula ventana circular, se trataba de un rayo de luz que llegaba hasta el suelo de madera. Dhana sacó el tablero de la bolsa de deporte, lo colocó en aquella débil claridad que entraba por la pequeña ventana y se sentaron a su alrededor.

—¿Estáis preparados? —preguntó Sasha.

—¿Qué estúpida pregunta es esa? ¿Cómo vamos a estar preparados para esto? —respondió Allan.

—¡Pues deberías estarlo, por la cuenta que te trae! —le increpó Dhana bastante enfadada.

—Allan, debes calmarte, relájate durante unos minutos y avísanos cuando creas estar listo. Además, recuerda que no estás solo, nos tienes a nosotras.

Sasha intentaba calmarlo con su dulce voz.

Las chicas cogieron las manos de Allan para intentar transmitirle confianza mientras él, con sus ojos cerrados, respiraba hondo.

—Ok, empecemos.

Dhana era la que iba a realizar las preguntas, puesto que ella fue la que lo inició todo. Sasha, que era zurda, tenía un cuaderno y un bolígrafo, por si tuviese que apuntar las cosas más relevantes de aquella sesión. Cada chico tenía un reloj en las muñecas para controlar el tiempo que la médium les aconsejó no sobrepasar. Los tres pusieron sus dedos sobre el *planchette* de plata, miraron la hora y Sasha la anotó. Aquello acababa de comenzar.

—Nos encontramos hoy aquí porque queremos hablar con el espíritu que rige en esta tabla. ¿Estás aquí? —Los chicos se miraban en silencio, preparados para cualquier cosa. Dhana esperó un poco antes de volver a preguntar—. Estamos aquí reunidos por la petición de los espíritus que habitan en torno a esta tabla. Queremos hablar con el espíritu que manda en ella, ¿estás aquí?

El silencio reinaba en el lugar, solo se oía la lluvia caer sobre el tejado y algunos truenos lejanos cuando el *planchette* comenzó a moverse débilmente.

Ouija.—Sí.

—¿Eres hombre o mujer?

Ouija.—Niña.

Los chicos se miraron asombrados por la respuesta.

—¿Cómo te llamas?

Ouija.—Alice Coleman.

Sasha, con su mano izquierda, comenzó a anotar todos los datos posibles, sin necesidad de mover el dedo de la mano derecha, que estaba encima del *planchette*.

—¿Qué edad tienes?

Ouija.—13.

—¿Cuándo moriste?

Ouija.—1951.

—¿Cómo moriste?

Ouija.—Averígualo.

—¿Qué quieres de nosotros?

Ouija.—Ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda?

Ouija.—Que me devuelvan lo mío.

—¿Qué es lo tuyo?

Ouija.—Averígualo.

—Pero ¿cómo podemos averiguarlo?

Ouija.—Alice Coleman, 1951. Averígualo.

Algo no estaba yendo bien, puesto que el tablero comenzó a temblar y empezaron a hacerse notar más presencias.

—¿Hay más espíritus contigo?

Los movimientos empezaron a ser más bruscos.

Ouija.—Sí.

—¿Cuántos hay?

Ouija.—Muchos.

—¿Quiénes son?

Ouija.—Los que no supieron ayudarme.

—¿Quiénes no te supieron ayudar?

Ouija.—Los cobardes.

Sasha miró de reojo a Allan tras aquella respuesta. El chico estaba con los ojos fuertemente cerrados. De los tres, era el más asustadizo. Hizo una señal a su amiga para indicarle que se estaba acercando la hora de cerrar la sesión y ella asintió con la cabeza.

—Tenemos que despedirnos. Adiós.

Ouija.—No quieren.

—Adiós.

Ouija.—No, no, no, no, no, no, no.

Aquello empezó a ir mal. El *planchette* no paraba de señalar la palabra *no*. Dhana volvió a intentar cerrar la sesión.

—Damos esta sesión por finalizada. Adiós —afirmó Dhana con autoridad.

Pero la situación comenzó a escaparse de su control. De pronto, observaron que, en el suelo de *parquet*, comenzaron a levantarse las pequeñas tablillas. Vieron como poco a poco la madera se fue despegando, levantándose hacia arriba empujada por una especie de tierra muy oscura que brotaba desde abajo. Aquella tierra empezó a salir cada vez con más fuerza rompiendo las maderas del suelo hasta abrirse de un gran tamaño. Allan empezó a temblar de miedo, las cajas y muebles que allí había se arrastraban de un lado a otro.

—Esta sesión queda finalizada. Adiós —volvió a insistir Dhana.

Los chicos, al ver que aquellos espíritus se negaban a despedirse, soltaron el *planchette* y se cogieron de las manos para crear un círculo protector, pero Allan estaba demasiado aterrorizado y aquellos entes ya lo sabían bastante bien.

—Allan, debes controlar tus miedos, por favor —le rogó Dhana bastante preocupada, mientras que de aquella tierra comenzó a salir una mano cadavérica con las uñas rotas y despellejadas. Allan no podía controlarse, estaba en un estado de *shock*—. ¡Allan, por favor, espabila!

Dhana intentaba que Allan reaccionara. Mientras, aquella cosa iba saliendo cada vez más del interior de la tierra:

—¡Allan, por favor, tranquilízate! —le pedía Dhana llorando, mientras Sasha, a su vez, con una sorprendente calma, observaba cómo salía aquel cuerpo embarrado del interior de la tierra. Primero los brazos y, a continuación, empujando aquella tierra hacia arriba, una cabeza con el pelo largo, oscuro y embarrado. Aquel ser era, sin duda, Alice Coleman.

A Allan, al verla, se le aceleró la respiración y empezó a balbucear palabras intentando hablar.

—Allan, escúchame a mí —le ordenaba Dhana—. No la mires a ella y escucha mi voz. Por favor, contrólate y no pasará nada.

Dhana intentaba calmarlo desesperadamente.

—Dios, Dios, Dios, ayúdame. —Allan hizo lo que le aconsejaron que nunca debía hacer: nombrar a Dios mientras la sesión estuviese abierta.

—No, Allan, ¿qué haces? No lo nombres —le rogó Dhana gritando.

Allan giró la cabeza hacia Dhana. Los ojos se le habían vuelto completamente negros y de su boca empezó a brotar aquella misma tierra negra y putrefacta.

—Ayuda, por favor...

Sasha, que permaneció en silencio todo el rato sin intentar ayudar a Dhana a calmar a Allan, al verlo en aquel estado, soltó su mano para dejarlo fuera del círculo y ayudó a soltar la mano de Dhana, que se aferraba a él intentando ayudarlo. Allan tenía sujeta tan fuerte la mano de Dhana, que le dejó las marcas de sus uñas.

—No podemos dejarlo así —Dhana sollozaba desesperada.

—No hay nada que podamos hacer, ya es tarde para él. —Sasha guardaba una calma extrema—. Las manos, mantengamos el círculo de protección, y relájate o acabarás igual que él y me arrastrarás también contigo.

Las dos chicas cerraron los ojos intentando ignorar todo lo que estaba aconteciendo a su alrededor.

Allan pedía ayuda mientras Alice salió por completo de entre aquella tierra negra fangosa. Con los ojos cerrados, podían oír los pasos descalzos de Alice Coleman alrededor de ellas. Sasha abrió un poco un ojo y vio como Alice se acercó al oído de Dhana y le susurró, salpicándole al hablar una sangre negra y putrefacta: «No me ignoréis, ayudadme». Siguió hasta llegar a Allan, que se encontraba inmóvil. Dhana no quería mirar, pero a los lamentos de Allan no pudo evitar mirarlo con los ojos entreabiertos. Vio como el demonio de Alice Coleman agarró al chico de la cara clavándole las uñas embarradas y lo arrastró con ella hasta aquella tierra putrefacta. Decenas de manos salieron del interior de aquella tierra, agarrando a Allan mientras este gritaba desesperado y de dolor cuando se le partió el cuerpo por la mitad al ser engullido al interior de aquel barro. Alice Coleman, antes de marcharse introduciéndose en aquella tierra, miró a los ojos de Dhana.

La chica los cerró fuertemente.

Todas aquellas voces, ruidos, lamentos, desaparecieron en un instante. Las dos chicas se mantuvieron un rato con los ojos cerrados; mientras, aquel extraño silencio reinaba en el lugar de nuevo. Solo se oían los truenos y la lluvia caer sobre aquel tejado.

EL FIN DE UNA AMISTAD

Sasha empezó a mover las manos de Dhana.

—Ey, Dhana, ya puedes abrir los ojos, todo ha acabado —le aseguraba Sasha casi susurrando.

Dhana abrió los ojos aún con desconfianza; allí ya no quedaba rastro de lo ocurrido, ni tampoco de Allan.

—Sasha, debemos buscar a Allan.

Se levantó del suelo y salió al pasillo del desván.

—¡Allan! —Dhana llamó al chico gritando.

—Silencio, ¿te has vuelto loca? ¿O es que no has visto lo que han hecho con él? Tenemos que irnos de aquí de inmediato.

—No podemos abandonar a Allan —le decía llorando.

Sasha cogió a su amiga de los hombros y la zarandó con fuerza:

—¿Es que no te das cuenta de lo que está pasando? Allan ha desaparecido. Tú y yo, cara a sus amigos, somos sus grandes enemigas, estamos solas en el interior de su casa. Sus padres son millonarios, Dhana. Moverán cielo y tierra por encontrar pistas y lo único que hallarán es que sus últimos días ha estado con nosotras, y si es solo eso lo que descubran podremos inventarnos algo para poder desvincularnos de él; pero si alguien llega y nos sorprenden aquí dentro y solas, estamos perdidas. ¿Lo entiendes?

Dhana empezó a darse cuenta de la gravedad del asunto y supo entonces que Sasha tenía razón. Debían salir de allí, no fuera a ser que algún empleado regresase a la casa.

—Tienes razón, vámonos de aquí —decía Dhana a la vez que cogía las velas y todas las cosas que pudieran hacer sospechar que algo extraño había ocurrido allí. Agarró el tablero de *ouija* y lo metió en la bolsa de deporte.

—¿Qué haces? ¡Olvídate de eso, Dhana! ¿No irás a llevártela otra vez?

—¿Por qué no? ¿Y si se nos vuelven a aparecer esas cosas? ¿Cómo vamos a entrar a por ella? Además, no hay que dejar ninguna prueba, ¿no crees?

—En lo último llevas razón: no debemos dejar ninguna prueba. Pero en lo de abrir otra sesión, no, Dhana, yo no vuelvo a repetir esto, mira lo que le ha pasado a Allan. ¿De qué le ha servido cumplir las peticiones de esa cosa? Haz lo que quieras con ella, pero no cuentes conmigo para volver a hacer esto. Marchémonos ya de aquí.

Sasha salió la primera. Dhana se paró a echar un último vistazo al desván. Algo pequeño había quedado en el suelo. Se acercó y lo cogió. Aquello era un terrón de aquella tierra, por lo que lo echó dentro de la bolsa de deporte para no dejarlo como prueba.

Atravesaron la casa en silencio, solo se oía la fuerte tormenta. Al pasar por el salón y a la luz de los relámpagos, Dhana se quedó mirando hacia aquellas cajitas de música.

—¿Estás loca? No estarás pensando... —dijo Sasha en voz baja.

—¿Y qué va a pasar si me llevo solo una? Hay cientos de ellas... Nadie lo notará.

—Pues ya puedes esconderla bien. Como te pillen con ella, van a saber que estuviste aquí...

Dhana, sin pensarlo dos veces, se acercó a la vitrina y cogió la cajita que desde un principio llamó más su atención, pero aquella antigua cajita era demasiado hermosa como para mezclarla con los horribles objetos que llevaba en el interior de la bolsa de deporte, así que se la guardó en el bolsillo de su chaqueta.

—Rápido, salgamos ya de aquí, Dhana.

Las dos abandonaron la casa en silencio y a toda prisa cerrando la puerta tras de sí. Al salir por la cancela, Sasha, al ser la última, se encargó de cerrarla. Como acto reflejo, volvió a mirar hacia el interior de la propiedad. «En el porche de aquella casa y con la puerta de nuevo abierta, había una sombra que las observaba, y la cual juraría que era la silueta de Allan».

Muy nerviosa, corrió para alcanzar a Dhana y se acercó a ella para cobijarla bajo su paraguas, pero en lugar de contarle lo que acababa de ver, guardó silencio por el temor a que su amiga quisiese regresar a buscar a Allan.

En aquel trayecto, se dieron cuenta de que algo había cambiado en ellas. El hecho de saber lo que había ocurrido con Allan y que debían ocultarlo por siempre las marcaría de por vida.

—Debemos pensar en una coartada, Dhana, por si nos preguntan. Los últimos días nos han visto demasiadas veces con él.

—Podríamos decir que nos estuvo pidiendo consejo de como pedirle salir a Maddie.

—Esa me parece una buena idea. Esto que ha pasado debemos guardarlo en total silencio y para siempre. Nadie nos creería lo que ha pasado y pensarían que lo hemos matado y hecho desaparecer, puesto que tú tenías muy mala relación con él, Dhana. Arruinaríamos nuestras vidas.

—Lo sé, Sasha, pero ¿y si hay alguna forma de ayudar a Allan? ¿No crees que deberíamos pedir ayuda?

—Dhana, entérate de una vez: Allan ya no existe y, si existe, ya no es como nosotras. Olvídate del tema y sigamos con nuestras vidas.

—¿Con nuestras vidas? Mi vida ya era un asco y ahora lo es aún más. ¿Cómo puedes decir tan fácil que nos olvidemos? ¿Cómo puedes ser tan fría?

—¿Que yo soy fría? ¡No me jodas, Dhana! ¿Te tengo que recordar que la que odiaba a muerte a Allan eras tú? ¡La que involucró a Allan en todo esto fuiste tú, la que le hizo pasar el peor momento de su vida fuiste tú!

Dhana se quedó mirando a Sasha, aquella chica de dulce rostro ya no era la misma.

—¿Sabes de lo que me acabo de dar cuenta, Sasha? De que tus padres tienen mucha razón: esta amistad es tóxica. Desde que mi padre murió, yo he estado haciendo cosas muy feas intentando llenar el vacío que me dejó, y tú, en vez de ayudarme a salir de donde me estaba metiendo, has estado apoyándome a crecer en este círculo en el que me he metido. Lo admito, yo he hecho todas esas cosas horribles en contra de Allan, pero recuerda que todo lo malo que he hecho ha sido siempre con tu ayuda.

Dhana se marchó sin despedirse, bajo aquel fuerte aguacero en mitad de la noche más oscura de su vida. Sasha observaba bajo su paraguas cómo se alejaba de allí y de ella. Sintió que en aquel alejamiento también iba la amistad.

Sasha llegó a su casa. Sus padres habían estado muy preocupados por ella, pero la recibieron con cariño. Mientras su padre la abrazaba y le preguntaba dónde había estado, su madre le preparaba un baño y algo caliente de tomar para que entrase en calor. La chica fingió que se le había hecho tarde estudiando en casa de su amiga. Sasha nunca sintió falta de cariño por parte de su familia. Bajo aquella dulce cara, había una chica egoísta que nunca se puso en la piel de su

amiga para intentar entender su tristeza.

Aquella noche sería la más dura para Dhana, era consciente de que su amistad estaba quebrada, se dio cuenta de que Sasha nunca fue la persona que siempre creyó que era. Dhana había estado haciendo mucho mal, sobre todo a ella misma, y la que pensó que era su amiga nunca debió haberle ayudado a alimentar todas aquellas maldades que estuvo cometiendo: una amiga de verdad nunca hubiese hecho aquello.

Dhana estuvo largas horas vagando sola y llorando por la calle. Era algo que solía hacer cuando no podía más con su vida: llorar bajo la lluvia donde sus lágrimas se perdían con el agua que corría por su rostro para así no sentir las. Bajo aquella lluvia que se clavaba en la piel como puntas de alfileres, llegó a su casa, pero no entró, se quedó sentada en una de las sillas del jardín. Dejó la bolsa de deporte a un lado de sus pies y echó la cabeza sobre la mesa mientras la lluvia seguía su ritmo y la tormenta se volvía cada vez más amenazante, pero a ella ya le daba todo igual. Hasta ese día, no había sido tan consciente de la necesidad que tenía de un abrazo de cariño por parte de alguien que de verdad la quisiese.

Durante un buen rato se quedó inmersa en sus pensamientos bajo aquel aguacero, cuando algo la hizo reaccionar: una fina pero escalofriante melodía la hizo estremecerse.

Pensó que aquella música podría haber salido de la pequeña cajita de música. La sacó de su bolsillo, pero esta se encontraba en silencio. Se puso de pie y miró hacia todas las direcciones de la calle.

Por unos instantes, mantuvo la esperanza de que hubiese sido Allan. Dhana al comprobar que no era él, se puso de rodillas y, llorando como nunca antes lo había hecho, le pidió a Allan que la perdonase.

Al cabo de unos minutos, abatida y sin dejar de llorar, se levantó del suelo y se fue detrás de la parcela de su casa; con la tierra mojada no le fue difícil cavar con sus manos un hoyo, donde enterró aquella bolsa de deporte con todo lo que en esta había. Una vez enterradas las malditas pruebas y después de varios minutos contemplando cómo llovía sobre aquella tierra, Dhana se marchó.

Entró a su casa con las rodillas embarradas. Aquel olor nauseabundo a alcohol y tabaco golpeaba al olfato nada más entrar.

Como tantas veces cuando llegaba a su casa desde que su padre se marchó, Dhana entraba a la cocina a coger algo de comida para llevársela a su dormitorio. Quería pasar el menor tiempo posible al lado de aquella señora que con tanto ímpetu decía ser su madre y a la que Dhana dejó de sentir así desde hacía mucho tiempo. Aquella mujer había hecho de su vida el mayor de los infiernos.

Con paso lento y abatido por la tristeza, miró a su madre, y esta la miró también. A pesar de todo, Dhana siempre esperó, aunque fuese, una leve sonrisa por parte de la mujer que le dio la vida, pero ella, una vez más, volvió la cara sin ni siquiera saludarla ni preguntar por qué llegaba en aquel estado, sucia y empapada, ni por qué había vuelto a tan altas horas de la noche: era más que evidente que Dhana no era bienvenida en su propio hogar.

Subió a su dormitorio, estuvo sentada bajo el chorro de agua de la ducha casi una hora. No podía dejar de pensar en aquella melodía. Salió del baño y se sentó al lado de la ventana a contemplar la lluvia.

—Allan, lo siento. Jamás te hubiese involucrado en esto si hubiese sabido lo que te iba a ocurrir. Perdóname.

Dhana lloraba desconsolada cuando algo la hizo estremecerse: de nuevo, sonó aquella melodía.

Corrió al baño, buscó entre la ropa mojada y sacó del bolsillo de la chaqueta la cajita de música. Estaba sonando.

Cogió aquella cajita. Estaba mojada por la lluvia; intentó convencerse de que algo había fallado en el mecanismo de esta por esa razón. La secó bien, la envolvió en un paño y la guardó en el doble fondo de aquel baúl donde ocultaba sus peculiares (y la mayoría de ellas vergonzosas) pertenencias.

Las semanas posteriores transcurrieron sin incidencias. Las apariciones habían cesado para ambas.

Los investigadores trabajaban sin descanso en el caso del chico. Las cámaras de vigilancia de la vivienda no aportaron prueba alguna, ya que estas habían quedado inutilizadas a causa de las idas y venidas de la luz, causadas por la tormenta eléctrica de aquel día. Los padres de Allan estaban desesperados por encontrar a su hijo.

Como era de esperar, todos los alumnos del instituto estaban siendo interrogados uno a uno. Sasha y Dhana tenían su coartada bien definida: los ratos que pasaron con él solo fueron por petición de Allan, que les pidió consejo sobre cómo acercarse a Maddie para salir con ella. Cada día iban al instituto, salían a la hora del descanso e iban al mismo lugar de siempre: aquel escalón donde solían sentarse, pero su conversación era nula por completo, se limitaban a mirar al grupo de amigas y amigos de Allan, cómo sus vidas transcurrieron de manera natural sin él.

Dhana y Sasha seguían viéndose para aparentar normalidad, pero a ninguna de las dos les apetecía ya estar juntas. Las interrogaciones a los alumnos no cesaron durante un par de meses.

Sasha conoció a un chico del instituto con el que comenzó a salir y se alejó aún más de la que fue su amiga.

Dhana seguía sentándose en aquel escalón cada día a la hora del descanso. Nunca antes había ido tan mal en clase, sus calificaciones eran deplorables. Las idas y venidas de su madre al instituto por este motivo aumentaron, con la terrible consecuencia que aquello le acarrea. Las palizas por parte de Barnett iban en aumento, cada vez con más violencia, y las vejaciones por parte de su madre no cesaban.

Pasaron varios meses y Dhana salía de su casa con su mochila, como cada día, pero, en vez de asistir a clases, había comenzado a faltar a ellas. Desde la desaparición de Allan, la chica empezó a comprender que su vida debía cambiar, su manera de actuar solo le había traído problemas. Pasaba horas vagando a las afueras de la ciudad, intentando idear la manera de escapar de la situación en la que se sentía atrapada; ya estaba demasiado cansada de vivir de aquella manera. Caminar a solas por el bosque se había convertido en su rutina diaria. Buscaba lugares donde pasar las horas en las que se suponía que estaba en el instituto. Las casas de campo abandonadas eran sus lugares preferidos, pues estos le transmitían algo de paz a su conciencia. En muchas de aquellas casas parecía haberse detenido el tiempo.

Recorrer pequeñas veredas, adentrarse en lugares por los que no pisaba nadie desde hacía décadas le fascinaba y la ayudaba a evadirse de sus recuerdos.

Un día, viendo que se acercaba la hora de supuestamente salir de clase, se dispuso a volver. El viento azotaba con fuerza. Las ramas de los árboles y la hierba ondeaban de tal manera que Dhana debía protegerse con sus manos para que las ramas no le golpearan en la cara. El camino abandonado por el que iba era estrecho y estaba casi cubierto por la maleza que crecía sin control, cuando una ráfaga de aire movió las malas hierbas dejando entrever lo que, a lo lejos, parecía ser una casa, pero siguió caminando por el carril de vuelta a la suya. Entonces, observó cómo de aquel estrecho camino por el que iba, salía otro carril que parecía ser la entrada a aquella casa

que había visto algo más atrás. No lo distinguió antes por la cantidad de pasto que casi lo había cubierto. La curiosidad de Dhana era demasiado fuerte, miró la hora para comprobar si le daba tiempo a echar un vistazo. Si se apuraba en el camino de vuelta podría saciar su curiosidad, así que se adentró por aquel angosto camino.

El fuerte viento era cortado por las ramas, haciendo que su sonido pareciese un lamento: eso hizo que Dhana sintiese escalofríos, aunque ella sabía que aquel era un sonido de la naturaleza. Siguió unos cuantos metros más, donde ya se podía ver bien la casa; delante de esta había una zona despejada de árboles y el bosque comenzaba de nuevo detrás de ella. Aquella parcela abandonada aún conservaba el cercado de piedras.

Dhana estaba decidida a entrar cuando una rama de las zarzas del camino se le enredó en la pierna causándole varios cortes con sus punzantes espinas; se agachó para soltarse de esta cuando, a sus pies, cayó un pájaro muerto. Aquello le hizo recordar el día en el que desapareció Allan. La chica se soltó como pudo de la zarza y corrió aterrada por aquel camino intentando salir lo más rápido posible de ese lugar. Entre el sonido silbante del viento y sus zancadas corriendo, pudo oír detrás de ella la voz y la frase que jamás hubiera querido volver a escuchar: «No me ignores».

DESPIERTA

Dhana llegó a su casa con el terror aún en el cuerpo. Se negaba a creer lo que había oído. Quizá el sonido del viento le jugó una mala pasada y aquel pájaro igual estaba ya muerto en algún árbol y el viento lo tiró al suelo.

Pocos minutos después de que volviese a casa, llegaron Barnett y su madre. A Dhana le pareció extraño que viniesen juntos y más temprano de lo habitual.

—¡Hola, Dhana! —saludó su madre a la vez que se sentaba a su lado, para su asombro.

—Hola... —contestó con temor mientras Barnett se puso delante de ella. Algo no iba bien.

—¿Qué tal te va en el instituto? Supongo que habrás mejorado muchísimo, porque hace tiempo que no me llaman para darme quejas de tus calificaciones, ¿verdad?

—Sí, yo...

Ella intuyó que habían descubierto que hacía semanas que no asistía a clases.

No le dio tiempo a dar una explicación cuando Barnett la levantó del sofá agarrándola del pelo y empezó a pegarle sin piedad. Entre golpes, oía cómo su madre la vejaba y golpeaba a la vez que Barnett. Poco a poco, aquellos insultos los sentía cada vez más lejanos y distorsionados, y la visión comenzó a fallarle. Como si se estuviese quedando dormida en mitad de aquella brutal paliza, oía cómo su madre alentaba a Barnett a que no parase y, antes de que perdiera la consciencia por completo, vio una figura que se le hacía conocida y que observaba aquella escena en silencio.

—Ayúdame, Allan.

La chica cerró los ojos y entró en un profundo sueño.

Tres semanas y media estuvieron Lilianne y Peter Robertson velando el profundo coma en el que se encontraba Dhana. Lilianne no se retiró de la chica en ningún momento, tan solo cuando Peter se turnaba con ella para que pudiese descansar de vez en cuando.

—Viejita, ella se encuentra bien atendida, vamos a tomarnos un café. Necesitas despejarte un rato.

Lilianne aceptó la invitación de aquel café que le ofreció su marido. Cogió su bolso y los dos salieron de la habitación.

Cuando iban a mitad del pasillo, algo les hizo detenerse, un médico corría a gran velocidad hacia la habitación de la joven; algo grave estaba ocurriendo...

Alguien apareció en medio de la oscuridad donde se encontraba atrapada Dhana. Era Allan, acercándose a su oído y susurrándole:

—Viene a por ti.

Una parada cardíaca azotó el corazón de Dhana. Idas y venidas de médicos corriendo alrededor de su cuerpo destrozado por la brutal paliza que la llevó a aquel estado. Los médicos intentaban reanimarla con el desfibrilador. Los Robertson lloraban desconsolados a sus pies, mientras una enfermera intentaba sacarlos de la habitación.

Todo aquello estaba ocurriendo bajo un silencio absoluto y un remanso de paz indescriptible como jamás había sentido. Dhana se observaba a sí misma fuera de su cuerpo. De pie y situada en un lateral de la camilla; desde el otro lado de esta y frente a ella se encontraba Allan.

—Tienes que volver.

—No, Allan. Jamás me he sentido tan bien, este es mi lugar, quiero quedarme aquí.

—Esto no es una muerte natural, ella la está provocando, solo quiere arrastrarte como hizo conmigo, porque te has vuelto débil y así ya no le sirves.

—¿Ella?

Allan señaló al suelo, donde se empezó a abrir un agujero del cual comenzó a salir aquella tierra oscura y putrefacta; del centro de esta, Alice Coleman. Dhana miró a Allan. Este, ahora con los ojos completamente negros y con la boca llena de aquella tierra, le balbuceó:

—¡Despierta!

Alice, con el rostro endemoniado y embarrada, se acercaba cada vez más a Dhana para llevársela con ella. Mientras, Allan era arrastrado de nuevo por unas siluetas oscuras, de la misma manera que aquella noche.

—¡Despierta, despierta, despierta...! —se gritaba Dhana a sí misma sin poder dejar de mirar a Alice Coleman.

—¡No me ignores!

Al fin, Dhana reaccionó; despertó intentando coger una bocanada de oxígeno, entre voces, llantos y todo aquel revuelo de médicos que había a su alrededor.

Estos, al ver que su corazón se encontraba parado en su totalidad, decidieron aplicarle una inyección de adrenalina que la salvó de la muerte, o mejor dicho, de Alice Coleman.

Los Robertson lloraban dando gracias a Dios por permitir que su niña regresara a la vida.

Dhana había fallecido clínicamente durante trece minutos y cuarenta segundos. Los médicos, muy sorprendidos tras aquella muerte y posterior resucitar, decidieron tenerla en observación algunas semanas más. Los Robertson estuvieron a su lado en todo momento.

Pasaron varios días y la curiosa de Dhana, ya bastante recuperada, no pudo evitar querer informarse:

—¿Y dónde están ellos? —le preguntó Dhana a Lilianne refiriéndose a su madre y a Barnett.

—Están en prisión preventiva, a la espera de juicio. Hay rumores de que ella, al no tener antecedentes, puede que solo esté varios meses, y de él aún no se sabe nada, pero no me hagas mucho caso, solo son rumores.

—Nana, no quiero volver a mi casa —expresó muy preocupada a la vez que sujetaba la mano de Lilianne.

—No me llamabas así desde que tenías siete años —le recordó Lilianne sonriendo y dándole un beso en la frente—. Mi niña, tú te vienes con nosotros, a tu verdadero hogar, donde deberías haber estado desde que tu padre se marchó.

Estuve ingresada dos semanas más después de despertar del coma. Regresé a casa solamente para recoger mis pertenencias (aquel baúl y mi ropa), acompañada por los Robertson y dos agentes de la policía.

Poco tiempo después, cuando ya me encontraba algo mejor, comencé a trabajar como bien podía, en la pequeña cafetería con ellos. Con un brazo aún escayolado, servía los cafés, limpiaba

las mesas, tiraba la basura, hacía los recados, etc. Peter no quería que hiciese nada, no paraba de repetirme que ya habría tiempo de trabajar, que debía recuperarme primero. Yo sentía la necesidad de agradecerles el amor que siempre me dieron.

DE NUEVO

Casi un año después, sin incidencias ni apariciones, solo las pesadillas me hacían despertar por las noches. Algunas veces con mi madre y Barnett y, en la mayoría de las ocasiones, con el recuerdo de Allan.

Dejé atrás los estudios y mi amistad con Sasha era totalmente nula; esta ni siquiera se dignó a visitarme al hospital cuando estuve en coma. Lo único que sabía de ella era que se había quedado embarazada y se mudó a casa de su novio.

Hacia casi un mes que Conny Allen (mi madre) estaba en libertad vigilada y viviendo de nuevo en la casa que con tanto esfuerzo pagó mi padre. Había rumores de que Barnett podría salir también en libertad vigilada en cuestión de meses, por buena conducta. Ambos con orden de alejamiento hacia mi persona y al lugar donde vivía.

En el brazo me quedaron secuelas de por vida. No tenía total movilidad en él, pero sí la suficiente como para no recibir ninguna compensación por invalidez y tener que trabajar a pesar de los dolores que este me causaba.

Los Robertson y aquella cafetería me devolvieron a la vida. Aunque sus más fieles clientes eran casi todos de la tercera edad, nunca me había sentido tan bien y tan integrada entre la gente.

Allí se oían todos los chismes de la zona: unos ciertos y otros no tanto. Y allí mismo fue donde me enteré del embarazo de Sasha.

Una mañana, mientras hacía una ronda mesa por mesa con la jarra ofreciendo café, oí a dos señoras que solían frecuentar a diario la cafetería hablando del caso de Allan. Al oírlas, quise enterarme de aquel chisme y, a pesar de tener otras cosas más urgentes que hacer, me metí detrás de la barra a fregar unos cuantos vasos, ya que era el lugar más cercano a ellas, para poder escuchar bien aquella conversación sin llamar su atención.

—¡Es una verdadera catástrofe! Con la familia tan bonita que formaban.

—¿Pero Martha y Leonard Fowler no se habían ido de la ciudad?

—Sí, dicen que se fueron abandonando la casa y todo lo que en ella hay, porque no podían soportar la desaparición de su hijo y todo les recordaba a él.

—La señora Fowler siempre fue una mujer tan elegante y cabal... Probablemente, la desaparición de su hijo la haya trastornado. ¿Y desde cuándo está internada en el psiquiátrico?

—Desde ayer. Unos días después de que Leonard la trajese y abandonase en esa casa.

—¿Y se sabe por qué la abandonó?

—No está claro, pero por lo visto, después de abandonarla en esa casa, el señor Fowler se paró en un bar a las afueras de la ciudad a tomar alcohol y, en medio de la embriaguez, dijo algo

de un vídeo de ella, pero no le entendieron muy bien lo que quiso decir. No paraba de llamarla «zorra». ¡Jamás antes se había oído a este señor hablar de esa manera!

—Qué cosas pasan en esta vida... Leonard Fowler, que siempre fue todo un caballero. ¿Y cómo se ha sabido todo eso?

—Las trabajadoras de la casa de enfrente, días antes, la vieron hacer cosas extrañas, pero pensaban que estaba acompañada. Unos cuantos días después, la volvieron a ver en el jardín vagando desnuda, llena de barro y comiendo pájaros muertos. Creen que ha estado sola, en ese estado, durante unos tres días. Al darse cuenta de que se encontraba sola, fue entonces cuando llamaron a las autoridades.

—¡Pobre mujer! Totalmente desquiciada.

—Tuvieron que pedir refuerzos para poder reducirla, ella es una señora corpulenta. Cogió a un agente de la cara clavándole las uñas y casi lo arrastró para meterlo en un hoyo que había cavado en el jardín. Le ha dejado graves heridas en el rostro, ¿te lo puedes creer?

Las dos señoras terminaron su desayuno. Dejaron el pago encima de la mesa y se despidieron de Dhana, que estaba detrás de la barra. Tal era el terror que sintió al oír aquella conversación, que ni cuenta se dio del corte que se había hecho con el filo de un vaso roto.

—Mi niña, ¡pero si estás sangrando! —exclamó Peter preocupado al verla sangrar; salió rápido a buscar gasas del botiquín para cortarle la hemorragia.

—No es nada, es solo un pequeño corte, casi un rasguño —aseguraba Dhana mientras Peter le vendaba el dedo.

Dhana observaba detrás de la barra como aquellas señoras se alejaban bajo sus paraguas y, a la vez que ellas doblaban la esquina, apareció por ella la persona que jamás hubiese deseado volver a ver en la vida.

Aquella imagen nunca la iba a poder borrar de su mente: empapada bajo el aguacero de aquel oscuro día y con la apariencia de venir con ganas de altercado: su madre. A pesar de tener una orden de alejamiento sobre Dhana, era una condena que no respetó.

Pero aquello no era lo peor, lo que verdaderamente aterró a Dhana era lo que su madre traía en la mano: la bolsa de deporte con la *ouija* en su interior.

Dhana salió de detrás de la barra corriendo hacia la puerta y la cerró con el seguro antes de que ella llegase.

A través de los cristales, la veía acercarse furiosa.

—¡Abre la puerta, bruja, hija de Satanás! ¿Por qué has enterrado esta mierda en mi jardín? ¿Me estás haciendo brujería? Llevo una semana desde que la desenterré sin poder traerla hasta aquí porque la policía me ha estado haciendo visitas diarias para controlar que sigo recluida en mi propia casa por tu culpa —gritaba enloquecida.

—¿La has tocado? —preguntó Dhana

—¿Eso es lo que querías que hiciese? ¿Que la tocase? No, maldita bruja, no he tocado esa mierda.

—¡Deja de insultar a tu hija! Márchate de aquí de inmediato o llamaremos a la policía —amenazó Peter con el teléfono en la mano, decidido a marcar.

—Ah, ¿sí? Muy bien. ¡Adelante, viejo asqueroso! Pues cuando llames a la policía, diles que la zorra de tu niñita ha estado merodeando en mi parcela. Yo no debo saltarme la orden de alejamiento, pero ella también tiene que respetar las distancias. —Tiró la bolsa en la puerta y dirigiéndose esta vez a Dhana con el dedo puesto en el cristal de la puerta y señalándole hacia su cara—: Y a ti, como se te vuelva a ocurrir volver a poner un solo pie en mi casa, lo vas a

lamentar...

Y se alejó de allí como si el mismo demonio habitara en aquel cuerpo. El viejo Robertson, al oírla, no pudo aguantar el dolor que le provocaron sus palabras. Abrió la puerta y, con voz temblorosa, le gritó muy indignado:

—Conny Allen, te recuerdo que esa casa no es tuya, era de Thomas Allen, así que ahora esa propiedad pasa a pertenecer a Dhana. Deberías ser tú la que se largara de allí.

Conny, llena de ira, se agachó, cogió una piedra del suelo y se la lanzó a Peter alcanzándole en la frente y abriéndole una brecha. Dhana, al ver a Peter sangrar, no pudo aguantar más.

Corrió hacia su madre llena de furia y empezó a golpearla con todas sus fuerzas. Tal era el rencor y la rabia reprimida en Dhana después de tantos años de desprecio, humillaciones y palizas, que Conny solo podía intentar protegerse de aquellos violentos golpes que su hija le propinaba.

Los hombres que se encontraban en la cafetería corrieron a separar a Dhana de su madre, pero aquella fuerza descomunal que salía de su interior no se lo puso fácil.

—¡Como vuelvas a hacerle daño a Peter o Lilianne juro que te mato! ¡No vuelvas a acercarte por aquí! ¿Me oyes Conny? ¡Juro que te mato! —le gritaba Dhana mientras aquellos clientes la llevaban casi arrastrando al interior de la cafetería. Acto seguido, se agachó al suelo donde estaba Peter siendo atendido por Lilianne y algunos clientes—: ¿Te encuentras bien? —preguntó la chica muy preocupada.

—Estoy bien, chiquita, no es nada —contestó Peter a la vez que lo levantaban para llevarlo a un lugar más cómodo.

—¡Cuánto lamento toda esta situación! Os juro que yo no he vuelto a ir por allí desde que fuimos a recoger mis pertenencias. Esa bolsa contiene cosas que yo ya no quería y que enterré allí hace mucho tiempo —les contaba Dhana muy preocupada y aún agachada en el suelo.

—Te creo. Tú no tienes que disculparte por nada, cielo —le aseguraba Lilianne consolándola, acariciándole el rostro y ofreciéndole su mano para que se levantase del suelo.

Con los ojos rasos de lágrimas, giró la mirada hacia la puerta. Entonces, un nuevo escalofrío recorrió todo su cuerpo: allí estaba aquella bolsa de deporte con la maldita *ouija* en su interior.

Salió a la calle de manera disimulada mientras todos estaban pendientes de Peter, cogió aquella bolsa y la metió en el almacén, escondiéndola lo mejor que pudo hasta pensar qué iba a hacer con ella.

Aquella noche, cuando todos los clientes se marcharon, Dhana se quedó limpiando el lugar mientras Peter descansaba y Lilianne preparaba algo para cenar y ponía la mesa.

—Venga, cielo, deja de hacer lo que estés haciendo y vamos a cenar antes de irnos a casa —le pidió Peter con su mirada llena de cariño y una hermosa sonrisa hacia ella.

—Tiro la basura y cenamos —contestó devolviéndole la sonrisa y un beso muy cuidadoso sobre la venda en su frente.

Salió a tirar la basura al contenedor e iba pensando en los Robertson. Aquella era su hermosa familia y estaba dispuesta a hacer cualquier cosa por defenderlos. Se encontraba sumergida en sus pensamientos cuando, en la esquina, una inquietante y oscura silueta la observaba desde la soledad de la calle. Dhana sintió temor y rápidamente volvió a la cafetería cerrando la puerta con llave y sin poder dejar de mirar al exterior. Mientras cenaban, la chica podía ver desde la ventana que aquella silueta seguía allí parada, observando.

—¿Quién será la persona que está ahí enfrente? —preguntó Dhana.

—¿Quién? No hay nadie en la calle —respondió Lilianne.

—Se habrá ido ya —resolvió Peter a la vez que comía y veía la televisión.

Dhana, con inquietud, se dio cuenta de que solo ella podía verlo.

Intentó ignorar aquello y siguió cenando y charlando con Lillianne. Terminaron de cenar y lo recogieron todo para tener preparada la cafetería para el siguiente día. Ella, de reojo, miraba de vez en cuando; seguía inmóvil, acechando.

Dhana salió la primera, entonces, aquella silueta se movió hacia la esquina, perdiéndose en la oscuridad.

Caminaban por la calle y, aunque la casa de los Robertson se encontraba a tan solo unos trescientos metros de la cafetería, el tiempo en llegar siempre suponía un buen rato por el lento caminar de Lillianne, cansada después de un largo día de trabajo.

—No deberíais trabajar tanto, ya os toca descansar y disfrutar un poco, dejad que yo siga en la cafetería, contrataría a alguien para que me ayudase —comentó Dhana preocupada por los Robertson.

—Mi niña, trabajar nos da salud, es nuestra manera de vivir —explicó Lillianne.

—¿Nos estás llamando viejos? —bromeó Peter.

Llegaron a la casa y Dhana se fue directa a ducharse. Ya descansada, comenzó a dolerle el brazo más de lo habitual, supuso que aquel dolor era consecuencia de los golpes que le dio a su madre, lo cual le hizo recordar la *ouija*, a la oscura silueta frente a la cafetería, aquella conversación de las dos clientas sobre la madre de Allan y a que video se referían. Intuyó que todo lo que estaba ocurriendo, podría estar relacionado con el hecho de que Conny había desenterrado la *ouija*.

Había transcurrido algo más de una hora desde que llegaron a la casa, cuando el sonido de las sirenas de la patrulla de bomberos interrumpió el silencio de la noche.

—¿Qué estará pasando?

—No sé, viejita. Salgamos a averiguar —propuso Peter.

Salieron a la calle para ver qué estaba ocurriendo. Dhana se encontraba en albornoz y con el pelo envuelto en una toalla. Pudieron comprobar cómo aquellos camiones de bomberos estaban muy cerca, se habían parado tras volver la esquina. Una luz anaranjada iluminaba la calle y Dhana se temió lo peor. Horrorizada, corrió descalza por la calle para comprobar lo que estaba sucediendo; la vieja cafetería de los Robertson estaba en llamas.

El matrimonio tuvo que ser atendido por los servicios médicos a causa de una fuerte crisis de ansiedad.

Varios días después, Dhana al fin pudo entrar a comprobar los daños ocasionados en el lugar.

No podía creer cómo en tan poco tiempo había desaparecido toda una vida. El lugar se encontraba calcinado en su totalidad.

Dhana recorrió todas las estancias una a una. Llegó al sitio donde, según los expertos, se originó todo. No se explicaban cómo un incendio de aquella magnitud se había iniciado en un lugar con tan pocas probabilidades, solo era un pequeño almacén de alimentos.

Dhana sí sabía el porqué se generó allí aquel desastre, pero debía callar, pues nadie la creería. Se acercó con temor a comprobar la terrorífica realidad. Bajo todas aquellas cenizas y debajo de una balda metálica de una estantería encontró la bolsa de deporte con la *ouija*; esta seguía intacta.

No le cabía la menor duda, aquello no fue un accidente. Tenía un terrible sentimiento de culpabilidad y la total convicción de que todo había vuelto a comenzar: Alice Coleman había regresado.

La chica llegó a casa de los Robertson y, aunque ellos ya estaban informados por los peritos

del estado en el que se encontraba el establecimiento, esperaban la valoración de Dhana. Vieron en la expresión de su rostro la respuesta, aun así, ella quiso animarlos.

—¿En qué estado se encuentra? —preguntó Peter angustiado.

—Va a necesitar una buena remodelación, pero podremos arreglarlo de nuevo —afirmó Dhana intentando animar a Peter—. Con el dinero que os den del seguro y algo de trabajo extra volveremos a abrir la cafetería.

—Creo que eso no va a ser posible. Los del seguro dudan que el incendio sea debido a un accidente, así que no podemos contar con eso.

—Bueno, pues tendremos que pasar al plan B, con el dinero que me dejó mi padre y con algo de vuestros ahorros...

Interrumpió Lilianne muy apenada.

—No, mi niña, aun uniendo el dinero no nos alcanzaría, puesto que gran parte de nuestros ahorros lo gastamos en la hospitalización y la atención médica que recibió tu padre cuando estaba enfermo.

Dhana se quedó muy sorprendida con aquella confesión de Lilianne. Siempre pensó que su madre habría hecho frente a aquellos gastos médicos con el dinero que su padre tenía ahorrado para situaciones como aquellas. Ahora, con más razón, Dhana se sentía aún más en deuda con los Robertson, así que decidió que debía hacer algo por ellos. Buscar un empleo de manera urgente para poder ayudarlos.

Su búsqueda fue imparable: se preparaba un bocadillo y algo de beber, pues ni siquiera llegaba a casa a almorzar en aquella búsqueda casi desesperada. Y al fin, y después de varias semanas, la búsqueda dio sus frutos.

La contrataron para trabajar en un café. El sueldo no era muy grande y las horas, interminables, pero estaba feliz, puesto que siempre sería mejor que no tener nada. Llegaba a su casa con mucho cansancio.

Lilianne y Peter la esperaban cada noche y no se iban a dormir hasta que ella llegase. A pesar del cariño que Dhana sentía por aquel matrimonio, prefería no llegar a casa y seguir trabajando, puesto que era el único lugar donde veía menos las apariciones de aquellas sombras que, desde que la *ouija* volvió a ella, cada vez eran más y con más frecuencia.

En el trabajo no tenía permitido llevar el teléfono, pero ella lo guardaba en el sujetador en modo vibración, ya que quería estar en todo momento disponible por si Lilianne y Peter la necesitaban en algún momento.

Llevaba casi un mes trabajando en aquel café cuando una mañana sintió vibrar el teléfono. Rápido, entró al servicio para contestar: era una señora, esta había visto los anuncios donde se ofrecía para trabajar y su número de teléfono. Aquel empleo consistía en quedarse por las noches a cuidar de una casa. Durante el día se quedaba otra chica y ella tendría todo el día libre. Aquel horario no le era para nada atractivo... Tener que estar toda la noche sola sabiendo que estaba acechada por todos aquellos espíritus no le hacía ninguna gracia, pero, aun así, no dudó ni un solo segundo en aceptar la oferta de trabajo, puesto que el sueldo de un mes equivalía a más de tres meses en aquel café.

—¿Y cuándo empezaría a trabajar?

—Comenzarías este fin de semana. Estarás un par de noches con la chica a la que vas a sustituir para que te explique todo lo que sea necesario. Le daremos tu número de teléfono para que te llame y pase a recogerte.

Dhana, a pesar de aquel horario y de que tendría que estar sola, se sentía muy aliviada al saber

que iba a ganar un sueldo bastante más elevado que el anterior, pues así le sería más rápido poder volver a abrir la cafetería de los Robertson lo antes posible.

—¡Buenas noticias! —Dhana entró entusiasmada para informar a los Robertson—. Empiezo a trabajar mañana al cuidado de una casa y ¡voy a ganar más del triple que en el café! Y, en un año, ¡volveremos a tener la cafetería en funcionamiento!

A los Robertson no les ilusionó mucho la idea de que estuviera sola por las noches, pero la chica era demasiado testaruda como para intentar convencerla para que desistiera.

Aquella noche no dormí apenas y no precisamente por la emoción del nuevo trabajo. El pensar que iba a estar tanto tiempo sola me hacía estremecer, pues las apariciones de aquellas siluetas oscuras cada vez eran más frecuentes y, aunque no se acercaban a mí, cada día aumentaba mi terror.

Aquel viernes, a última hora de la tarde, la chica a la que iba a sustituir pasó a recogerme. Era bastante simpática. Tenía que dejar aquel puesto de trabajo porque estaba en vísperas de su boda y se marchaba a vivir a otra ciudad con su futuro marido.

Íbamos hablando sobre aquel trabajo, de lo tranquilo y bien pagado que estaba, incluso podías dormir para estar descansada al siguiente día y poder aprovecharlo en otras actividades e incluso otros empleos. La charla fue tan amena durante el trayecto que no me di cuenta de la zona donde nos estábamos acercando.

Ella hablaba de forma compulsiva y sin descanso, pero yo hacía rato que había dejado de seguir la conversación, puesto que mis pensamientos ya no podían estar en otra cosa más que en el lugar donde nos encontrábamos: caminábamos por la calle de Allan. Íbamos pasando justo por la acera de enfrente de la casa de los Fowler... Yo miraba de reojo aquella propiedad. Deseaba alejarme de allí lo antes posible, pero de manera inconsciente, mis pasos cada vez eran más lentos. Mi compañera se dio cuenta de que me quedé inmóvil mirando aquella casa.

—Es preciosa, ¿verdad? Es increíble como en tan poco tiempo que lleva deshabitada se vea tan estropeada, es una lástima que se encuentre en ese estado de abandono. Se dice que los dueños de la casa se marcharon al poco tiempo de que su único hijo desapareciese, no se llevaron nada de su interior. Hace casi dos meses, el señor Fowler trajo a su esposa y la dejó aquí sola, la abandonó en un grave estado de locura, hasta que las autoridades y los servicios sanitarios vinieron a llevársela para internarla en un psiquiátrico.

—Vámonos. No me gusta esa casa y no quiero estar aquí. Además, vamos a llegar tarde —Dijo Dhana muy nerviosa a la vez que comenzó a caminar para irse de allí.

—Chica, ¿qué haces? No vamos a llegar tarde y es una pena que no te gusten las vistas de tu nuevo trabajo —dijo sonriendo—. ¡Tachán! ¡Hemos llegado!

No podía dar crédito a lo que estaba ocurriendo: el lugar donde iba a trabajar era la casa que estaba justo enfrente a la mansión de los Fowler.

LA DESCONFIANZA

—¡C hica, tienes la cara descompuesta! Alégrate, ya hemos llegado.

Las dos noches que pasó Dhana junto a su compañera fueron bastante tranquilas. No se produjeron incidencias de ningún tipo. Las apariciones no habían desaparecido, pero tampoco habían aumentado. Aquel sueldo era tan necesario en aquellos momentos para Dhana que se armó de valor para afrontar lo que fuese.

No podía permitir que, por su culpa y por los errores que había cometido en el pasado, los últimos años de los Robertson fueran tan tristes, sin el lugar dónde había transcurrido la mayor parte de sus vidas.

Las primeras noches a solas en aquel lugar parecían acontecer con normalidad. A pesar de que aquellas siluetas no se me habían aparecido en esa casa, la inquietud no se apartaba de mí y el temor cada vez era mayor aunque intentase controlarlo; el motivo: la cercanía de aquella casa.

Cada tarde, antes de que anoheciera, cerraba todas las cortinas de los grandes ventanales para tener el menor contacto visual posible con la mansión de los Fowler. Las tareas que hubiese que hacer en el exterior intentaba dejarlas hechas antes que empezara a oscurecer.

Aquellas calles eran muy solitarias y, una vez cada hora, transitaba un coche de policía haciendo la ronda por el lugar.

Lilianne pasaba horas hablando por teléfono conmigo para que no me sintiese sola. A veces, incluso, me quedaba dormida escuchando su voz en el diván que había en uno de los grandes salones.

Una de esas noches en las que me quedé dormida, una sensación extraña me hizo abrir los ojos. Aun sin ser sonámbula, había despertado de pie frente a uno de los ventanales. Lo primero que vieron mis ojos fue la oscura y abandonada casa de Allan. Intenté controlar mis miedos, vi que todas las cortinas estaban abiertas y corrí a cerrarlas cuando, de pronto, pude contemplar una figura a oscuras en la puerta de la cocina que me hizo gritar.

—¡Dhana, tranquila, soy yo! —exclamó María, la empleada del turno de mañana, a la vez que encendía la luz.

—Tremendo susto me has dado... La próxima vez que vayas a llegar antes de tu hora, ¿serías tan amable de avisar? —dijo Dhana bastante alterada.

—Lo siento, la próxima vez te aviso. En ocasiones, suelo venir antes porque mi marido es quien me trae, y hoy tenía que salir antes por una urgencia en su trabajo. Además, cuando bajé de mi auto, estabas asomada a la ventana mirando hacia la mansión de enfrente. Pensé que me habías visto llegar.

—¿Has abierto tú las cortinas? —le preguntó Dhana.

—No —contestó María sin interesarse del porqué de aquella pregunta, a la vez que se marchó a la cocina a prepararse el desayuno.

Dhana hizo el relevo con su compañera y se marchó. Una vez en su casa, se fue a su dormitorio

y cerró la persiana de su habitación para poder descansar mejor. Estando en un profundo sueño, algo la hizo despertar: estaba sonando una leve melodía. La chica se levantó de la cama y se echó al suelo poniéndose de rodillas; después, acercó el oído para comprobar si aquella música procedía de donde ella presagiaba y así fue, aquel sonido provenía del interior del baúl. Dhana cada vez se sentía más aterrada, sabía que las cosas que le estaban ocurriendo no eran producto de su imaginación, aquellas sombras cada vez se le aparecían con más frecuencia.

La cajita de música comenzó a sonar cada día, a cualquier hora y cada vez con más fuerza. La podía oír desde cualquier punto de la casa. Sentía demasiado temor de abrir aquel baúl donde se encontraba escondida junto a la *ouija* y sacarla de la casa.

La melodía resonaba con fuerza, pero solo Dhana podía oírla. Un día, fue tal su desesperación, que decidió abrir el baúl para deshacerse de aquella caja de música. La introdujo en su bolso y se marchó a su lugar de trabajo.

Allí estaba ella de nuevo, sola frente a la verja de la entrada de la casa de los Fowler y decidida a hacer lo que creía que era necesario. Se acercó a la verja y esta se volvió a abrir sola. La melodía de aquella caja musical comenzó a sonar nada más poner sus pies en aquella propiedad.

Dhana, temerosa, cruzó por el carril, que se encontraba casi cubierto de maleza a causa del abandono en el que se encontraba. La fuente ya casi ni se veía, estaba rodeada de malas hierbas; al lado de esta, había un hoyo. Supuso que era el mismo que había cavado la señora Fowler en aquel estado de locura del que comentaban. Aquella cajita no paró de sonar desde que entró con ella a la propiedad. La sacó de su bolso y, con ella en la mano, miró hacia la ventana del que era el dormitorio de Allan.

—¿Por qué no me dejas vivir en paz, Allan? Ya te pedí perdón. ¿Qué más puedo hacer? ¿O es que acaso quieres tu asquerosa cajita? ¡Pues ahí la llevas! —Dhana lanzó con todas sus fuerzas aquella reliquia rompiendo uno de los cristales de aquellos enormes ventanales—. ¡Ahí tienes tu puta caja de música! ¡Espero que la disfrutes, imbécil!

Tras aquel acto, salió del lugar corriendo y sin mirar atrás. Abandonó la propiedad y cruzó la calle.

Un coche pasaba al mismo instante que ella cruzaba sin mirar; casi la atropella, pero ella ni siquiera se paró a disculparse por haberse atravesado de aquella manera, y rápido se metió en la casa donde trabajaba.

Esa noche, Dhana estaba más inquieta de lo habitual. Quizá enfrentarse a un espíritu no fue muy buena idea. La fuerte de tormenta se presentó con fuerza y eso le hacía recordar aún más la noche que desapareció Allan. Los truenos cada vez se oían más cerca y a causa de estos se produjo un apagón.

Para poder distraer la mente y alejar los pensamientos del pasado, Dhana encendió unas velas, cogió uno de los cientos de libros que allí había y se sentó en el diván. Intentó leer, pero con la intranquilidad que aquella noche invadía su mente no podía concentrarse en la lectura. Poco a poco y con el correr de las horas, se fue relajando y se quedó dormida.

Un frío helador la despertó y pudo comprobar con horror que las cortinas estaban todas descorridas de nuevo, dejando ver desde ellas aquella tenebrosa casa.

Empezó a cerrarlas lo más rápido que podía cuando se quedó paralizada en una de las ventanas. Unos ojos totalmente negros, endemoniados en la oscuridad de la noche, la miraban desde el exterior de la casa. En medio de la carretera, un cuerpo que avanzaba hacia donde estaba ella, levitando y sin apartar aquella tenebrosa mirada de la suya.

Aquel ser fantasmal que se encontraba justo frente a ella era Allan. En las inmediaciones de aquel espíritu había decenas de siluetas oscuras acechando: parecían acompañarlo y avanzaban con él. Dhana se quedó inmóvil, pero no era por el terror, algo hacía que la chica no se pudiese mover por más que lo intentaba, una fuerza que solo podía percibir hizo que perdiera el total control de su cuerpo y empezó a acercarse al cristal de la ventana, como si algo la empujase hacia él en contra de su voluntad hasta poner las dos manos y la cara en el cristal del ventanal.

—No, por favor, déjame, vete de aquí... —suplicaba la chica aterrorizada y llorando mientras veía como Allan se acercaba más a ella.

Aquella cosa cada vez se parecía menos a Allan. Llegó hasta el cristal y, con aquel barro negro saliendo por la boca, sacó la lengua, lamiendo por la parte exterior del cristal el rostro de ella. En ese momento, Dhana cayó al suelo desmayada a causa de la fuerte impresión que aquello le causó.

Pasaron un par de horas cuando:

—¡Ey, despierta! ¿Hoy piensas hacer turno doble? —ironizaba María riéndose.

Dhana despertó en el diván de siempre, sintió un tremendo alivio al ver a su compañera allí y pensó que todo había sido una horrible pesadilla, pero aquella sensación de alivio le duró muy poco.

—Pensé que no te ibas a despertar nunca... ¡Qué bonita es! Mi abuela tenía una muy parecida... —le decía María mientras guardaba el libro que había cogido Dhana aquella noche.

—¿Qué es bonita?

—Pues lo que tienes en la mano.

Al decir aquello María, sentí que había algo en mi mano. La levanté para ver de qué se trataba: era la cajita de música y esta estaba manchada de barro.

Me encontraba en una situación en la que debía hacer algo con lo que estaba ocurriendo, puesto que cada día iba a más, pero no sabía por dónde empezar. Llegué a la casa donde vivía, el hogar de los Robertson: subí a mi habitación y me armé de valor. Con las manos temblorosas, abrí el baúl, envolví de nuevo la caja de música en un paño, sin ni siquiera quitarle aquel barro que ya se estaba secando y saqué la bolsa de deporte donde se hallaba la *ouija*. Abrí la maldita bolsa... Después de tanto tiempo, volví a tocar aquella cosa. Busqué entre las fotos, pero no sabía qué era lo que tenía que hacer. Al ver las velas, recordé la tienda esotérica, pensé que la médium Ruxandra tal vez me podría decir qué debía hacer, aunque la vez que estuve con Sasha nos echó de mala manera por mi mala educación, pero no sabía qué otra cosa hacer, así que, sin pensarlo dos veces, me personé en su tienda.

Llegué al lugar y allí estaba una de las chicas que trabajaba en ella, parada en el centro de la puerta con un móvil en la mano al que no le quitaba la vista. Su postura impedía la entrada al interior.

—Disculpa, ¿me dejas pasar?

Y sin dejar de escribir y mirar a su móvil contestó:

—No, lo siento, la tienda está cerrada.

—Necesito hablar con Ruxandra.

—Mi abuela no se encuentra.

—¿Y me puedes decir cuándo puedo venir para hacer una consulta?

—Lo siento, pero ella ya no atiende a nadie.

Sentí algo sospechoso en aquella chica con su móvil en la mano y sin mirarme a los ojos al hablar, por lo que me retiré del lugar y entré en una cafetería cercana a aquella tienda, pedí un refresco y me senté a observarla. Pasada casi la media hora, ella seguía en la puerta con el móvil

en la mano. Se acercaron unas personas a mirar los productos que había en el escaparate y, después de unos minutos, decidieron entrar a la tienda, y aquella chica se apartó para que pasaran. Era obvio que estaba en la puerta para evitar que alguien no deseado (o sea, yo) entrase al interior.

Una llamada de teléfono hizo que la nieta de Ruxandra, sin darse cuenta, se apartara unos metros para hablar. Aquella era mi ocasión, aproveché esos cuantos de metros y su despiste con el teléfono para salir de la cafetería sin que me viese. Corrí agachada hasta la puerta a la par de un coche que pasaba y me colé en el interior de la tienda. Una vez dentro, intenté pasar desapercibida, pero vi cómo la señora que estaba en la caja registradora empezó a hablar por el *walkie* y a su vez me miraba, me hizo sospechar que Ruxandra la estaba poniendo en sobre aviso. Muy disimulada, me dirigí al pasillo que conducía a la sala de la médium.

—¡Lo siento, pero por ahí no puedes pasar, esa zona es privada!

Al oírla, corrí hacia la sala. La dependienta me persiguió, pero no logró alcanzarme a tiempo, abrí la puerta y me colé en el interior de aquella habitación. Allí estaba ella de pie, con sus ojos blancos, como si mirase a los míos, como si me estuviese esperando a pesar de su intento fallido de detenerme.

—¡Sabía yo que mi gente eran unas inútiles, pero ignoraba hasta qué grado! ¡Déjala pasar! —ordenó enfadada a la dependienta, su hija—. Pero de nuevo he de decirte que aquí no eres ni serás nunca bien recibida.

—Lo sé, no se preocupe por eso. En mi casa tampoco lo soy y ya estoy acostumbrada. Estoy aquí porque necesito...

—¿Por quién me tomas? Sé perfectamente por qué estás aquí, niñata insolente. ¿Cómo no lo voy a saber, si vienes rodeada de la muerte? —contestó Ruxandra mientras parecía mirar alrededor de ella con sus ojos ciegos y con rostro descompuesto, como si estuviese viendo cosas desagradables e inquietantes a su alrededor. Mojó su manojito de salvia en aquel plato que tenía en la mesa y esparció aquella agua por todo su alrededor, sacudiendo las hierbas. Después, metió un dedo en el agua del plato que tenía en la mesa e hizo la señal de la cruz.

—¿Me podrías decir qué es lo que está pasando y qué debo hacer para que esto termine de una vez?

—Para empezar, se comienza pidiendo por favor. Segundo: dejasteis abierta la sesión de *ouija*, os advertí que no lo hicierais. Ahora ya es tarde: esas cosas andan sueltas y lleváis demasiado tiempo ignorando esta situación.

—¿Qué son esas siluetas oscuras que me acechan?

—Son los espíritus que han salido porque dejasteis abierto un portal al inframundo y, entre ellos, se encuentra tu amigo, el cobarde, que cada vez se parece más a ellos. Debes cuidarte, niña. Están demasiado furiosos contigo porque no los liberas.

—Pero ¿cómo los libero?

—Eso es algo que te puede costar la vida si lo intentas, así que lo mejor que puedes hacer es liberarte de ella...

—¿Te refieres a Alice Col...?

—¡NO! Te prohíbo que la nombres aquí si quieres recibir mi ayuda —ordenó Ruxandra gritando, a la vez que, con el manojito de salvia, rociaba a su alrededor de nuevo. Me refiero a la *ouija*. Deshazte de ella como hicieron otras personas. Pasa el juego a otros, igual que te hicieron a ti.

—¿Y qué pasará después conmigo?

—No pasara nada, simplemente quedarás liberada. El problema pasará a otros, y asunto arreglado.

A Dhana le pareció demasiado sencilla aquella solución. Le resultaba complicado creer en aquella señora de ojos blancos y voz ronca tan desagradable.

—¿Cómo puede ser así de fácil? ¿Por qué entonces no nos lo dijo la primera vez? ¡Allan desapareció por su mal consejo! ¿Es que acaso no tiene ni puta idea de lo que dice? —le increpó Dhana de manera brusca y desesperada a causa de los nervios por todo lo que le estaba sucediendo.

—¡No vuelvas a cuestionar mi trabajo! —le reprendió la médium alzando la voz—. Yo hago todo lo que puedo, soy la única que te puede guiar. Si quieres mi ayuda, bien, y, si no, lárgate de aquí de inmediato. Sabes de sobra que aquí no eres bien recibida.

—¡Vieja del infierno! ¡No sirves para nada!

La médium puso sus manos sobre la mesa y, a pesar de su edad longeva, tenía una fuerza y naturaleza inexplicables. Se levantó de golpe de la silla arrastrándola, alzó su brazo sin soltar el manajo de salvia y, acompañado del sonido de las pulseras y alhajas que llevaba puestas, señaló con el largo dedo índice, adornado por un extravagante anillo, hacia la puerta, haciendo un gesto para que se fuera de allí.

Dhana se levantó furiosa y tiró todo lo que había sobre la mesa, rompiendo el plato con agua que se encontraba sobre esta y dispuesta a marcharse, pero antes de irse se dio la vuelta y la miró fijamente a sus ojos blancos y sin apenas brillo.

—Vieja del demonio, me marcho de aquí, pero que sepas que voy a entrar y salir de este lugar con toda esta muerte que dices que me acompaña. Me vas a tener que ver la cara con esos ojos secos que tienes, puesto que voy a venir en tu busca cada vez que me hagas falta. ¿Me has oído? ¡Te guste a ti o no! Y tu inútil familia no va a poder impedirlo. ¡Ojalá Alice Coleman venga a por ti y te arrastre con ella a las profundidades fangosas a las que se llevó a Allan!

Ruxandra, al oír a Dhana pronunciar aquel nombre dentro de su sala y cómo la maldecía, se puso de rodillas a mojar la salvia con el agua del suelo que había derramado Dhana al tirar las cosas de la mesa y rociarla a su alrededor. La chica no hizo nada al ver a la anciana de rodillas, se limitó a observarla durante unos segundos antes de irse. La médium recitaba una especie de oración en rumano, sus pulseras sonaban a la vez que salpicaba todo su alrededor, y vi cómo al estar agachada le colgaban los collares y un colgante que le resultaba familiar.

—¡Lárgate de aquí inmediatamente!

Al oír los gritos de Ruxandra, su hija y su nieta salieron en su busca, me crucé con ellas por aquel pasillo-almacén de estanterías a ambos lados y repleto de artículos hasta el techo, cajas y libros apilados. Oía como la médium seguía orando con su ruda voz. No entendía cómo una persona que se había dedicado toda su vida a aquella actividad podía tenerle tanto pánico a mi caso.

Llegué a mi casa de nuevo sin nada claro, así que decidí volver a buscar entre los objetos que tenía dentro del baúl. Al abrirlo, la caja de música comenzó a sonar de nuevo, estaba desenvuelta del paño donde la envolví. La lié de nuevo mientras esta aún seguía sonando, intenté ignorarla y seguí buscando dentro de la bolsa donde estaba la *ouija*. Entonces, fue cuando vi el trozo de barro que recogí del suelo del desván de la casa de Allan la noche de su desaparición. Estaba tan seco que al cogerlo se deshizo un trozo dejando al descubierto algo metálico. Con las uñas, empecé a quitar aquel barro del metal. Era una pequeña llave, era obvio que aquello era una pista, pero no llegaba a entender el significado de esta, por lo que la volví a guardar en la bolsa de deporte, al

introducirla, me quedé observando la cajita de música envuelta en aquel paño; esta, no paraba de sonar.

Puede que fuese la desesperación por no saber por dónde empezar ni qué hacer con todo aquello, pero tomé una decisión bastante drástica y arriesgada.

La hora de ir a trabajar se acercaba, así que cogí de nuevo la cajita musical y la guardé en mi bolso. Llegué a mi lugar de trabajo antes de mi hora de relevo. María me pasó los informes del día y se marchó.

Eché un último vistazo por uno de los ventanales antes de hacer lo que tenía en mente. Me aterraba la idea, pero no sabía qué otra cosa podía hacer, ya que el consejo de Ruxandra (y sin saber el motivo), me causaba aún más terror que lo que había planeado hacer.

DESAGRADABLES REENCUENTROS

D esde el ventanal, vi como la verja de la calle se abría. Aquella era una clara señal de que me estaban esperando.

Hice tiempo hasta las nueve y media de la noche, que era cuando pasaba el último coche patrulla. Salí con paso indeciso y tembloroso y me fui acercando a la mansión Fowler. Llevaba la cajita de música que robé de aquella casa.

A la vez que me acercaba comencé a oír el sonido blanco del portero automático. La caja de música había estado sonando toda la tarde; en cambio, al cruzar aquella verja dejó de oírse.

La noche era extremadamente silenciosa, solo se oía el sonido de mis pasos al caminar por aquel abandonado carril. Llegué a la puerta y, aunque el miedo me invadía, intenté abrirla, pero esta se encontraba cerrada. Pensé que quizá podría haber alguna llave de emergencia escondida, por lo que busqué debajo del sucio y polvoriento felpudo, por los bordes de la puerta, debajo de los maceteros... Pero, al no encontrar nada, pensé que quizá sería mejor salir de aquel lugar, así que me di la vuelta decidida marcharme cuando un sonido detrás de mí hizo que me detuviese: era la cerradura de la puerta... Y, de pronto, aquella puerta se abrió bruscamente.

No sabía si estaba haciendo bien o mal estando allí, solo supe que era la señal de que entrara a la casa. Con temor y desde afuera, busqué el interruptor de la luz pensando que aún habría electricidad, puesto que hacía unos minutos había escuchado el portero automático de la calle, así que pulsé el interruptor, pero las lámparas no se encendían.

Puse en funcionamiento la linterna que traía de la casa donde trabajaba e hice la señal de la cruz antes de entrar temerosa dentro de la casa.

En el interior, había una especie de niebla, lo que dificultaba bastante la visibilidad. La casa se encontraba tal y como solía estar cuando la habitaban los Fowler, con la diferencia de que ahora se sentía una molesta pesadez en el ambiente, lo que hacía dificultoso el respirar. Era perturbador estar allí: el desagradable olor a humedad y la hiedra que se había colado por algunas ventanas rotas immortalizaba el abandono, y aquella extraña soledad hacía de esa casa un lugar inhóspito.

Me dirigí al salón donde se encontraba la vitrina de donde robé aquella cajita, pensé que, si la volvía a poner en su sitio, Allan me dejaría en paz. Saqué la caja de música de mi bolsillo y la coloqué en su lugar. El hueco seguía allí, como si la estuviese esperando. Estaban todas colocadas de igual forma que el día que desapareció Allan.

Una vez en su sitio, me quedé observando todas aquellas riquezas en estado de abandono. ¿Cómo era posible que nadie hubiese entrado allí a saquear el lugar?

Una fuerte energía interrumpió mis pensamientos. Presentí que no era nada buena, podía notar que algo estaba muy cerca de mí y, a pesar de que el temor a girarme era poderoso, no me quedaban más opciones que afrontar lo que fuera aquello que estaba sintiendo tan cerca de mí.

Me di la vuelta y alumbré a mi alrededor, pero entre aquella extraña niebla solamente veía los muebles polvorientos. Pensé que el miedo me la estaba jugando cruelmente cuando sentí que algo

cayó ante mis pies. Alumbré hacia abajo y pude comprobar que se trataba de un trozo de barro oscuro y húmedo. Acto seguido, alumbré hacia el techo, y allí estaba: a gatas por el techo y con la cabeza girada por completo hacia abajo... Salí corriendo hacia la puerta intentando huir de aquello, pero, al llegar, esta se cerró impidiéndome salir de la casa. Aquel ser con aspecto demoníaco era Allan, bajó por la pared y empezó a acercarse a mí.

—No te acerques a mí, —suplicaba Dhana entre sollozos.

Aquel ser que cada vez se parecía más a una de las siluetas que me habían estado acechando se aproximaba cada vez más, emitiendo una especie de bramido espeluznante y ensordecedor.

—Si algo queda de Allan, por favor, escúchame. Te juro que siempre quise ayudarte, ¡pero no sé cómo hacerlo! —exclamó con temor, y a su vez, enfado hacia lo que una vez fue Allan.

Cerró los ojos con todas sus fuerzas tapándose los oídos para no oír aquel espantoso sonido que emitía:

—¿Por qué fuiste tan cobarde, imbécil?

Después de mis palabras, dejé de oírlo. Esperé unos segundos antes de abrir los ojos por temor a volver a ver a aquel espíritu endemoniado, pero allí ya no había nada, solo las huellas que aquella cosa iba dejando por el suelo. Comprobé si la puerta estaba abierta y así fue, ya podía salir, pero algo me decía que huir no era la solución. Para asegurarme de que no se cerrara, coloqué una silla.

«Huir no es la solución... Eso fue lo que Ruxandra me ha propuesto hacer y si sus consejos no le sirvieron en absoluto a Allan, ¿por qué motivo van a funcionar conmigo?», me decía a mí misma para intentar autoconvencerme.

Me alejé de la puerta y, con la linterna, fui siguiendo aquellas huellas. Necesitaba entender qué era lo que debía hacer, así que lo seguí, sin tener claro si aquello era una nueva pista o quizá una trampa para entregarme a Alice Coleman. Caminé por aquellos largos pasillos. Las obras de arte se despejaban de la pared a mi paso. Con mucho temor, seguí avanzando. Había un silencio absoluto.

Las huellas de barro conducían al desván, el lugar donde realizamos la sesión de *ouija*. El pomo de la puerta estaba manchado de barro y, con dificultad, pude girarlo, ya que este resbalaba. Muy despacio, abrí la puerta. Las bisagras oxidadas emitían un ruido chirriante; con cuidado, alumbré el interior de aquel desván. No podía creer lo que estaba presenciando: estaba reviviendo la escena de aquella fatídica noche en la que realizamos aquella sesión. Allan, Sasha y yo sentados alrededor de la *ouija*... Me quedé observando aquel acontecimiento. Todo estaba pasando de igual manera que aquella noche. Pude presenciar con más detalle como Allan perdía el control y la fría naturaleza con la que actuó Sasha sacándolo del círculo de protección. Fue entonces cuando Allan miraba a mi «yo» del pasado. Era el instante en el que pedía ayuda, pero, en vez de mirarme a mí en aquella escena del pasado, miró hacia la puerta donde yo me encontraba actualmente y volvió a pedirme ayuda. Empezaba la parte más macabra de aquella noche: aquella horrible escena comenzó de nuevo, un agujero se abría en el suelo de madera y, de su interior, empezó a emerger de nuevo aquel oscuro barro. Del centro salía Alice Coleman reptando. Con horror, pude observar cada momento que vivimos aquella noche: como Sasha abría un poco los ojos para mirar aquella cosa, como Alice se acercaba a mí susurrándome al oído «ayúdame, no me ignoréis» y acto seguido se acercaba a Allan, que se encontraba inmóvil, con aquella mano cadavérica de uñas sucias y largas, y las clavaba en el rostro de Allan, haciéndolo sangrar y arrastrándolo con ella al inframundo de donde había salido. Mientras yo presenciaba aquella escabrosa escena, Alice Coleman miraba hacia la puerta donde me encontraba yo; me

observó durante unos instantes antes de sumergirse de nuevo entre la negra y húmeda tierra.

Todo aquel horror se desvaneció ante mis ojos. Alumbré con la linterna hacia todos lados, pero parecía que allí ya no quedaba nada. Entonces, en la oscuridad, vi algo en el suelo, me acerqué alumbrando a aquella cosa manchada de barro. Por su forma, me pareció un pequeño libro o cuaderno, lo cogí y salí de aquel lugar apresurada.

Quitó la silla de la puerta de la calle para salir. Desde la puerta, vi con terror a decenas de siluetas oscuras por todo el inmenso jardín. Estaban inmóviles, acechándome. Corrí lo más que pude por el carril entre aquellos seres. Nunca antes se habían acercado tanto a mi persona como aquella noche.

Al fin alcancé la salida de aquella propiedad y, al pisar el suelo de la calle, la verja se cerró a mi salida. Desde el portero automático, pude oír entre el sonido que emitía, la voz de Alice Coleman repitiendo de nuevo la frase: «No me ignores».

Corrí a la casa donde trabajaba, entré y rápido, cerré la puerta tras de mí.

Eché todas las cortinas para no seguir viendo aquella casa y los espíritus que vagaban por el jardín.

Entré a la cocina a coger paños para limpiarlo. Me senté en el diván y comencé a quitar el barro de lo que había encontrado, y no hubo lugar a dudas: debajo de todo aquel barro había un viejo diario revestido de piel. Estaba demasiado estropeado por la humedad, aunque, a la vez que lo limpiaba, comenzaron a verse unas iniciales grabadas: «A. C.». No cabía la menor duda de que aquel diario pertenecía a Alice Coleman; seguí limpiándolo y empecé a ver algo metálico y oxidado, una pequeña cerradura. Intuí que la llave que tenía en la bolsa de deporte encajaría en aquella cerradura, pero mi curiosidad era inmensa e intenté abrir el diario forzándolo, pero estaba tan estropeado que temí romperlo, así que desistí por el momento y esperaré a probar con la pequeña llave.

Aquella noche sería bastante larga para mí hasta que llegara el turno de mi compañera, ya que no podría dormir. Me dediqué a limpiar el pequeño orificio de la cerradura sacando el barro de su interior y, con un secador de pelo, intenté con extremo cuidado secar aquel antiguo y estropeado diario.

Durante aquel tiempo, siempre creí que la peor noche de mi vida fue cuando desapareció Allan, pero aquella noche la superó con creces. Pensé que no debía estar pasando por todo esto yo sola, que Sasha estaba metida en el caso igual que yo y que debería estar ayudándome a resolver aquella situación.

Tuve mucha noche por delante para recordar paso a paso todo lo ocurrido, de pensar en el dolor por el que los padres de Allan tuvieron que pasar al no saber qué ocurrió con su hijo. De nuevo, recordé la conversación que mantuvieron aquellas dos señoras en la antigua cafetería de los Robertson. Después de lo que yo había visto aquella noche en el desván, no me cabía la menor duda de que la madre de Allan tuvo que haber presenciado la misma escena. Cabía la posibilidad de que Martha Fowler perdiese la razón al ver lo que le ocurrió a su hijo, y si vio en aquella escena donde Alice Coleman se llevaba a Allan, puede que también nos viese a Sasha y a mí, cosa que podría ponerse fea si Martha recuperase la razón.

Retiré un poco la cortina para mirar por la ventana. Al fin comenzó a llegar la claridad del día. La mansión se veía tranquila y en el jardín no había ni rastro de la actividad paranormal que hubo aquella noche. María llegaba por fin y, como en muchas ocasiones, algo más temprano de su hora de entrada.

—¡Buenos días! —saludó de manera alegre al entrar—. Uy, ¡vaya cara demacrada tienes!

—Sí, es que no he dormido nada esta noche. ¿Puedo irme ya?

—¡Qué prisa tienes! Ok, márchate, que tienes un aspecto horrible. ¡Y alegre esa cara, que eres muy joven y bonita...! ¡Y mañana es viernes! —exclamó intentando animarla.

—Gracias, María, lo intentaré.

De camino a casa y después de largas horas deliberando, pensé que Sasha debería estar ayudándome en esto, así que llamé a Lilianne para avisarla de que llegaría algo más tarde de lo habitual.

Pasé por la casa donde Sasha vivía con su novio. Aquella vivienda se encontraba en uno de los barrios marginales de la ciudad, el pequeño jardín se veía bastante descuidado. Llamé al timbre y salió él con cara de sueño, despeinado y en ropa interior. Se notaba que acababa de salir de la cama.

—¡Hola! Soy amiga de Sasha, ¿puedo hablar con ella?

—No creo que estas sean horas de visita.

—Lo sé, lo siento, pero es que me urge hablar con ella.

Durante varios segundos, se quedó mirándome de arriba abajo con cara de pervertido y una media sonrisa que me hacía sentir incómoda. Luego, entró a la casa llamando a Sasha vulgarmente a voces. Aquel chico se veía bastante guapo, pero muy desagradable y ordinario. No podía comprender cómo Sasha, habiendo sido tiempo atrás una chica tan refinada, se pudo fijar en él. Hacía tanto que no nos veíamos que no sabía cómo iba a reaccionar cuando me viera en la puerta de su casa; me sentía bastante nerviosa por ello. Sasha salía en zapatillas y atándose la cinta de la bata con cara de sueño y algo despeinada. La barriga de embarazada ya era bastante notable. Alzó la mirada y me vio en la puerta. La cara que puso al verme no era precisamente de alegría, sino todo lo contrario.

—¿Qué quieres? —preguntó de manera áspera.

—¡Hola! Yo también me siento muy feliz de verte... —contestó Dhana de manera irónica—. Esta noche he pensado mucho en ti, he estado recordando viejos tiempos y hay cosas que deberíamos retomar...

—Lo siento, Dhana, pero la verdad es que mi vida ahora es muy distinta y retomar la amistad contigo en estos momentos no me interesa.

—Me alegra saber que piensas igual que yo. Así nos vamos a entender mucho mejor.

—¿Entonces? ¿Qué vienes buscando? —quiso saber Sasha extrañada y casi intuyendo algo no muy agradable.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó Dhana a la vez que sacaba el viejo diario de su bolso y bajo la atenta mirada de Sasha—. ¡Es el diario de Alice Coleman!

CONFESIONES

—¿Dónde diablos has sacado eso? —murmuró Sasha mientras salía fuera y casi cerrando la puerta para que su pareja no pudiera oírlas—. Te dije que te olvidaras del caso y sigieras con tu patética vida, pero no, claro, la pobre Dhana con sus estúpidos traumas tiene que andar fastidiando siempre a todo el mundo. Seguro que en todo este tiempo te has dedicado a joderle la vida a otro imbécil, igual que hiciste con Allan.

Aquellas crueles palabras de Sasha ya no dañaban a Dhana. Era evidente que vivía amargada, la vida de Sasha había cambiado por completo y daba la impresión de que no para bien.

—Te equivocas, Sasha. Mi vida ha cambiado mucho y te puedo asegurar que he aprovechado todo este tiempo mejor que tú y, al menos, no estoy preñada de un don nadie... —aseguraba Dhana mirando a Sasha de arriba abajo y con cara de desprecio por las crueles palabras de la que un día fue su mejor amiga.

—¿Me vas a decir qué diablos quieres o es que solo has venido a molestarme?

—He venido porque el caso de la *ouija* ha comenzado de nuevo. Esto era un juego de tres y hay que terminar con lo que empezamos. Ruxandra me ha explicado que...

—Tú no cambias, ¿verdad, Dhana? ¿Has ido a ver a esa arpía otra vez? Tienes merecidas todas las cosas que te pasan —interrumpió con desprecio.

Le devolví la misma mirada y proseguí con mi objetivo:

—Como te iba diciendo: al quedarse abierta la sesión de aquella noche, hemos dejado un portal abierto. Ahora hay espíritus que me andan rondando y además he visto a... —Sasha la interrumpió antes de que pudiese contarle todo lo que había vivido aquella noche.

—Ya sé que todo ha empezado de nuevo, puesto que yo también he comenzado a ver unos seres oscuros, como si fuesen sombras, pero ¿sabes una cosa? No se acercan a mí si no les presto atención, así que, si tienes ideado meterte otra vez en líos, no cuentes conmigo... ¡Y no remuevas el pasado, porque lo vas a empeorar todo!

Era obvio que Sasha no estaba dispuesta a realizar la parte del juego que le correspondía.

—Sabes qué pasará si te niegas, ¿verdad? ¿O es que acaso ya no recuerdas las reglas de este puto juego?

—No se me ha olvidado, pero también me he dado cuenta de que si los ignoro, no se acercan a mí. Si no me ha pasado nada en todo este tiempo, no creo que me vaya a pasar ya.

—Pero es que hay que...

Sasha la interrumpió de nuevo:

—No, Dhana. ¡Ya te he dicho que no! ¡No cuentes conmigo y no vuelvas más!

Sasha cerró la puerta sin despedirse de la que fue su amiga.

—¡Muy bien! ¡Otra imbécil como Allan! Que te den, Sasha.

Caminé lo más rápido posible hasta mi casa, pues tenía la sensación de que el tiempo corría en mi contra. Al fin llegué, saludé a mi nana y a Peter. Ella quería que desayunara antes de subir a mi

habitación, pero le pedí que me preparase algo rápido porque tenía que salir de nuevo.

—¿Y dónde tienes que ir tan aprisa? —preguntó.

—Cosas del trabajo, nana.

—Hay tortitas recién hechas, ahora te las sube Peter.

Le di un beso y subí a mi habitación. Me fui directa al baúl y saqué la llave de la bolsa de deporte, la introduje en la pequeña cerradura y aquel diario se abrió.

Me llevé un sobresalto al oír que tocaron a mi puerta. Era Peter, que me traía algo de comer, así que escondí el diario debajo de la cama hasta que él saliese de la habitación.

—¡Aquí le traigo unas ricas tortitas con caramelo y canela a la bella princesa de esta casa! Comételo todo, mi niña. Cada día estás más delgada desde que empezaste a trabajar —dijo Peter con su tono cariñoso.

—Que rápido, ¡gracias, Peter! —respondió Dhana regalándole una ligera pero cariñosa sonrisa de agradecimiento.

Esperé a que Peter se marchase y me eché al suelo para coger el diario de debajo de la cama. Por el estado en el que se encontraba, lo abrí con sumo cuidado; pude comprobar que muchas de aquellas páginas estaban ilegibles por el estado de deterioro en el que se encontraba, pero en algunas de aquellas hojas amarillentas y corroídas pude leer cómo Alice hacía confesiones sobre su adicción por robar y la satisfacción que aquello le producía. De aquellas confesiones, hubo algunas que fueron las más relevantes para poder investigar el caso. Me quedé en el suelo leyendo aquel diario y comiéndome aquellas tortitas, aunque no me apetecía comer en ese momento.

Miércoles 4 de julio de 1951

Hoy, mi amiga y yo hemos estado en la casa de Rosi. Mientras ellas dos estaban entretenidas jugando con las cartas, yo he salido con el pretexto de ir al baño, pero en realidad he ido a coger un hermoso anillo que vi en el mueble del recibidor. Es enorme y creo que es de oro. Tiene una bonita piedra roja, varios símbolos y una inscripción en su interior en un idioma que no llego a entender. Jamás en mi vida había visto algo igual. Me siento muy feliz con él.

Las siguientes páginas estaban bastante estropeadas y solo se podían leer algunos fragmentos:

Sábado 7 de julio de 1951

Las indirectas de Rosi cada vez me hacen menos gracia. Se atreve a meterse conmigo porque soy menor que ella.

Lunes 9 de julio de 1951

Me da la sensación de que, en los últimos días, Lili está más de parte de Rosi que de la mía. No entiendo el porqué, siendo yo su mejor amiga. No me gusta que me estén ignorando, hace días que no me invitan a participar con ellas en nuestro juego favorito y apenas me habla en el colegio. Llevar puestos los colgantes de amigas para siempre que me regaló Lili por mi cumpleaños cada vez tiene menos significado.

Los cortos fragmentos no me dejaban nada en claro, simplemente daban a entender que Alice no se estaba llevando bien con las otras dos chicas y, sobre todo, que se sentía decepcionada con

su mejor amiga.

Miércoles 11 de julio de 1951

¡Odio que me ignoren! Hace varios días que no sé nada de mi supuesta mejor amiga. Desde que apareció la odiosa de Rosi, yo he ido desapareciendo poco a poco para ella. A veces, me pregunto si se habrá dado cuenta de que hace un par de meses me llevé de su casa el pasador de pelo de plata que su abuela le regaló, pero si es por eso por lo que está así, no me importa. Estoy feliz con él, queda muy elegante en mi cabello negro.

Jueves 12 de julio de 1951

Estoy bastante confusa por la actitud de las chicas. Después de varios días sin saber de ellas, hoy me han invitado a pasar la tarde en casa de Rosi para jugar de nuevo con la *ouija*. La tarde ha sido extraña, Rosi ha estado invocando a los espíritus para encontrar el anillo que me llevé, pero no ha podido contactar con ellos. Esta *ouija* es preciosa, dice que se trata de una reliquia familiar. Es de madera noble, y el *planchette*, sus esquinas y las letras incrustadas, son de plata. Yo merezco más que ella tener cosas tan bonitas y valiosas, así que, cuando nos fuimos todos para el pueblo, aproveché que su casa estaba sola para volver. He regresado a su casa y he entrado por la ventana de la cocina, pues sé que siempre la dejan abierta. Ahora es mía y nadie me la va a quitar.

Viernes 13 de julio de 1951

Parece ser que nadie sospecha de mí. Hoy, mi amiga ha estado muy amable conmigo en el colegio y me ha contado que, al parecer, la policía anda tras la pista de un ladrón que lleva varios meses robando en las inmediaciones y que piensan que es el autor del robo, pero dice que Rosi está bastante disgustada por la pérdida del tablero, así que nos ha invitado a que pasemos la tarde en su casa para hacerle compañía mientras sus tíos y su enferma prima no están. Mi amiga llegará algo más tarde porque tiene que quedarse a ayudar a sus padres un rato en la taberna. Será bueno estar algo de tiempo a solas con Rosi, para ver si se hace tan amiga mía como lo es de Lili.

AQUEL LUGAR

Las siguientes páginas estaban demasiado corroídas por el paso del tiempo y la humedad, y estaban vacías.

Al parecer, Alice Coleman tenía problemas de cleptomanía. Jamás pensé que tendría tanto en común con ella. Guardé el diario en mi macabro baúl junto a las demás cosas: las cenizas de mi padre, fotos antiguas donde él aparecía y, entre aquellos objetos, uno de mis vergonzosos trofeos de cuando solía robar, como la cartera de aquel profesor al que le robé las malditas llaves de la sala de profesores. Pensé que no debía tener documentos robados, puesto que era un delito. Además, me sentía emocionalmente mal al identificarme con Alice Coleman y sus acciones, así que guardé la cartera en mi bolsillo para deshacerme de ella e intentar sentirme algo mejor. Lo guardé todo de nuevo, salí de casa y me dirigí al edificio de los archivos municipales. Necesitaba buscar alguna noticia de la época, puesto que ahora, aparte del nombre de Alice Coleman, también tenía fechas: «julio de 1951».

Mientras tanto, y al contrario que Dhana, que estaba dispuesta a hacer lo que hiciese falta para liberarse de aquella maldición, Sasha estaba en casa de su pareja; había tomado la errada decisión de mantenerse al margen de todo aquello. Desde que empezó su relación con Edmundo Llandrés, un joven extranjero a cuyos dudosos encantos sucumbió Sasha desde el primer día que se vieron, ella se convirtió en su sombra, dejándolo todo de lado, incluso su valía y su orgullo, para complacer a aquel niño mujeriego que solamente estaba con ella porque se había quedado embarazada por error. Sasha, aquella mañana y después del encuentro con Dhana, entró en la casa sin ni siquiera despedirse de la que fue su amiga, cerrando la puerta sin dejarla terminar de hablar. Tras aquel encuentro, tuvo uno de sus innumerables disgustos con Edmundo.

—¿Quién es esa chica tan bonita? —preguntó de manera chulesca.

—Es una amiga... Era una amiga mía —dijo con sentimiento de celos en su interior, pero intentando ponerle buena cara.

—¿Ella es con quien siempre andabas en el instituto? Y ¿era amiga? Nena, no sé el motivo del porqué ya no lo sois, pero deberías hacer las paces con ella para que me presentes a esa belleza.

Sasha lo miró enfadada. No comprendía cómo aquel chico la trataba de aquella manera, tan frío e hiriente, cuando de ella solo recibía sentimientos de cariño hacia él.

—Eh, tampoco te pongas así. ¡Ya deberías estar acostumbrada, yo no soy tuyo! ¿Me has oído? —dijo burlándose mientras esta se marchaba del salón—. Tampoco es para tanto... ¡Dramática! Imbécil...

Sasha se fue al lugar donde solía pasar la mayor parte del día: su dormitorio. Cerró las persianas para estar a oscuras y se volvió a meter en la cama. Tras un largo e inútil llanto, se quedó dormida. Un par de horas después e inmersa en un profundo sueño, no era consciente de que estaba rodeada por decenas de aquellas sombras. Comenzó a soñar con la sesión de *ouija* que hicieron la noche de la desaparición de Allan. La revivió paso a paso, con la diferencia de que

Alice Coleman, en vez de acercarse a Allan para llevárselo, comenzó a caminar hacia ella, con un rasgado vestido blanco manchado de barro y el pelo goteando y embarrado. Sasha sintió tierra dentro de su boca y una sensación de ahogo la hizo despertar. Aprisa, encendió la luz y le pareció haber visto moverse algo, pero allí no había nada. Aquellas sombras que habían estado a su alrededor durante el sueño ya no se encontraban allí. Con un ataque de tos, sintiendo su garganta seca, bebió un poco de agua que tenía en la mesilla de noche sin ser consciente del barro que había asentado en el fondo del vaso. Pensó que la visita de Dhana la había influenciado y que por eso había tenido aquella pesadilla. Echada en la cama y ya un poco más relajada, comenzó a pensar en la nefasta relación que tenía con su pareja. Incluso sintió algo de envidia hacia Dhana, pues parecía que ahora tenía mejor vida que ella. Comenzó a llorar de nuevo, necesitaba relajarse. Un baño era lo único que le ayudaba a calmar un poco aquel sentimiento que la ahogaba cada día, por lo que se levantó y se dispuso a llenar la bañera mientras preparaba su ropa.

Entró en el baño, se quitó la bata y se quedó desnuda frente al espejo; miraba con tristeza su barriga de embarazada. Estaba tan centrada en observar aquella barriga no deseada que no se dio cuenta de en qué momento había dejado de oír cómo caía el agua a la bañera. Un mal augurio hizo que, poco a poco, su mirada, que estaba puesta en aquella barriga, se girara para observar la bañera: estaba rebosando de barro negro que empezó a caer al suelo. Con terror, se giró de nuevo y se miró, pero no era su imagen la que ahora se encontraba al otro lado del espejo, sino la de Alice Coleman. Sasha gritó de terror al ver a Alice frente a ella.

—¿Por qué me ignoras?!

Edmundo, al oír gritar a Sasha, corrió a ver lo que le sucedía. Desde el pasillo, vio a Sasha desnuda frente al espejo y, cuando fue a acercarse, la puerta se cerró de golpe. Después de varios intentos y al oír a Sasha emitiendo lamentos de dolor, la abrió de una fuerte patada. Aquella imagen macabra de Sasha delante del espejo y el reflejo de aquel ser demoniaco dejaron al joven paralizado por unos instantes. Sasha estaba frente al espejo siguiendo involuntariamente los movimientos de Alice. Sus mismas manos agarraban su propia cabeza, retorciendo y estirándosela hacia arriba, se oía el crujir de las vértebras despegándose unas de otras. Edmundo le gritaba para que parase e intentó sujetarle las manos inútilmente.

—Sasha, por favor, ¡para! —exclamaba desesperado sin poder evitar que la chica se desgarrase el cuello hasta caer al suelo sin vida.

Dhana

Me puse mi impermeable amarillo, unas botas de agua y me marché bajo aquel aguacero tan común en la época que era.

Llegué al edificio, colgué el chubasquero y sequé bien las botas en la moqueta de la entrada. Tan solo había un señor bastante mayor en la recepción y, al lado de la puerta de la calle, un guardia de seguridad en una garita con cámaras de vigilancia.

—Buenas tardes, señorita —dijo aquel señor intentando ser amable.

—Buenas tardes. Necesito revisar algunos documentos históricos y hemeroteca del condado.

—La cantidad de archivos es inmensa, necesito algo más de información para saber qué buscas; dime el año y la zona del condado que necesitas saber —agregó a la vez que se puso en el ordenador para buscar los datos que yo tuviese.

—No sé la zona, pero sí tengo una fecha, necesito las noticias de los sucesos a partir del 13 de julio del año 1951.

Aquel señor, que intentó ser agradable conmigo en un principio, de repente cambió, me miró con rostro atónito e intuí algo de pavor en su mirada y en su voz sentí inseguridad. Sin anotar nada en el ordenador me respondió:

—Sí, creo que sé dónde pueden estar las noticias de esa fecha...—¿Cómo podía saberlo si ni siquiera buscó en el ordenador para averiguar el lugar?—. Algunos documentos están demasiado dañados por el paso del tiempo y no se encuentran disponibles para el visitante, pero los puedes encontrar en documentos digitalizados, tales como noticias de prensa, documentos fotográficos, crónicas y expedientes. Todos los documentos están clasificados por categorías y en orden cronológico. Puedes imprimir lo que necesites. Toma lápiz y papel, porque cada documento está numerado para buscarlo fácilmente en el ordenador y poder imprimirlo —explicó aquel señor sin cambiar la expresión de su rostro, la cual me hacía sentir muy inquieta—. Aquí tienes la llave, sótano dos, sala número trece, zona F-G y H

—¡Gracias!

No quise indagar cómo sabía de donde eran las noticias que yo necesitaba, pues no era el momento, ya que lo único que me interesaba eran pistas sobre el caso de Alice Coleman, pero era evidente que aquel señor sabía algo. Me acompañó y entró conmigo en el antiguo ascensor de principios del siglo pasado con cabina de madera rojiza y puertas de cristal. La puerta del rellano era de reja. Bajó hasta el sótano donde se encontraban los documentos que yo necesitaba.

Bajé del ascensor y, después de unos cuantos pasos, me di cuenta de que aquel señor no salió.

—¿No me va a acompañar?

—No... —Hubo una pequeña pausa en mitad de su respuesta a la vez que me miraba con cara de pánico que me puso muy nerviosa—, yo tengo muchas cosas que hacer arriba...

Dhana prosiguió caminando hacia el lugar indicado bajo la atenta mirada del recepcionista, pero antes de irse, este agregó:

—Hay teléfonos al lado de las puertas de cada sala...—Volvió a pausar quedándose en silencio a mitad de su comentario—. Por si necesitas llamar.

En aquel lugar se encontraban los archivos de la localidad, eso significaba que, si encontraba pistas allí de Alice Coleman, significaría que todo ocurrió en aquella ciudad.

El lugar estaba solitario y silencioso, solo se oían mis pasos haciendo crujir el suelo de oscura madera y el eco de estos. Caminé por el largo pasillo bajo los titilantes tubos fluorescentes buscando la sala número trece.

Me causó mucha extrañeza que aquel señor no me acompañase hasta la puerta, ni siquiera salió del ascensor, poniendo de excusa que tenía cosas que hacer...

—Viejo mentiroso... ¿Qué tantas cosas tiene que hacer, si cuando he entrado lo he visto deleitándose con una revista para adultos? —comentó a solas Dhana a media voz.

Llegué a la puerta de aquella sala, y la sensación de no estar sola volvió nuevamente a mí. Acerqué la llave a la cerradura para abrir, pero antes de llegar a esta, la pesada puerta de madera se abrió sola. Comencé a entender por qué aquel señor me miraba con cara de cobarde y no quiso acompañarme. Las luces se encendían por los sensores de movimiento, estas eran amarillentas y lúgubres; entré, la puerta, muy despacio y con el sonido chirriante de las bisagras, se cerró tras de mí. El teléfono estaba en el lugar que me indicó: una pequeña mesa a la izquierda de la puerta. Descolgué para comprobar que funcionaba y, efectivamente, aquel viejo aparato seguía activo. La sala era inmensa y de techos muy altos, caminé al interior buscando la zona indicada cuando noté algo en el suelo. Había pequeñas zonas húmedas, pero en ese momento no quise darle mucha importancia, puesto que aquel día era lluvioso y bien podría ser de alguien que hubiese estado en

aquella sala antes que yo. Sin embargo, conforme avanzaba, aquellas zonas húmedas empezaron a ser cada vez más grandes e iban tomando la forma de huellas de unos pies descalzos. Seguí caminando y observando como aquellas huellas se hacían cada vez más visibles y oscuras. Comencé a sospechar qué era aquello. Me agaché para comprobarlo; en ellas había barro. Algo cambió en el ambiente; sin levantarme, miré las siguientes huellas con miedo a lo que hubiese al final de estas. A unos diez metros de distancia y en la oscuridad del pasillo, Alice Coleman estaba parada frente a mí. Su mirada demoniaca me observaba fijamente. Descalza, con un vestido blanco, una manga rasgada, manchada de barro, su pelo era negro y estaba embarrado, este caía sobre sus hombros y a ambas partes de la cara. Con el brazo estirado, señalaba hacia la zona, la cual entendí que era a la que yo debía ir.

Alice se adentró en aquella zona. Caminé pegada a un lateral para no pisar las huellas de barro. Aquel lugar parecía un laberinto, pero las marcas de sus huellas me guiaron hasta uno de los pasillos formados por aquellas antiguas estanterías de madera en color caoba que llegaban hasta el alto techo y con escalerillas rodantes. En los laterales, entre estantería y estantería, había colgados viejos óleos de retratos de épocas pasadas, estas parecían vigilar aquellos documentos. Me asomé, temerosa, y allí estaba ella, que, con los dedos manchados de barro iba dejando una marca en los documentos, a lo que entendí que debía revisar. El pánico en mí era evidente, pero no podía hacer otra cosa en aquel instante más que seguir, puesto que el no hacerlo me causaba aún más terror. Con aquel miedo dentro de mi cuerpo que me hacía temblar y el corazón al filo del infarto, me adentré en el mismo pasillo donde se encontraba aquel ser demoniaco. Poco a poco, fui recogiendo las carpetas marcadas de barro por ella. Muy despacio, me fui adentrando cada vez más en aquel pasillo. A mitad de este, Alice Coleman, que se encontraba de espaldas, se giró y comenzó a caminar hacia mí. Pude ver sus ojos ennegrecidos entre el cabello embarrado que le caía por el rostro. Me pegué a la estantería para que aquella cosa se acercase lo menos posible a mí. Casi rozó mi hombro y sin dejar de mirarme. El corazón me latía con tanta fuerza que sentía que se podía oír. Pasó de largo y se fue alejando de mí hasta que al fin salió de aquel pasillo. Con todo mi cuerpo temblando, terminé de recoger los documentos marcados. Antes de salir de allí miré a ambos lados y, con alivio, pude comprobar que ya me encontraba sola... O eso creía.

Mientras Dhana se encontraba en el sótano, desde la garita de seguridad, los dos trabajadores de aquel lugar observaban atónitos a la chica a través de las cámaras de vigilancia.

Me senté en una de las largas mesas de la sala a revisar los documentos, busqué todas las noticias, expedientes y fotografías de la localidad y empecé a revisar los periódicos. Al fin, comencé a encontrar datos reveladores en uno de aquellos periódicos.

En blanco y negro, la imagen de una niña y su nombre debajo de esta, era más que evidente entender quién era aquella joven, a pesar de la mala calidad de la fotografía y el deterioro causado por el paso del tiempo.

Lunes 16 de julio de 1951

Van dos días de intensa búsqueda de la niña Alice Coleman, de 13 años. Debido a las fuertes lluvias del día de la desaparición se han complicado las labores de rastreo de pistas o huellas que puedan llevar hasta su paradero. Todos los vecinos de la localidad se han organizado en grupos para realizar batidas por los alrededores del

municipio. Dispositivos policiales y varios grupos de vecinos de localidades cercanas también han colaborado y se han unido a la búsqueda sin obtener ningún resultado hasta el día de hoy.

Jueves 19 de julio de 1951

Sigue desaparecida la niña Alice Coleman, de 13 años. La joven, de cabello oscuro, complexión delgada y piel clara, llevaba un vestido blanco. Desapareció la tarde del día 13 de julio. Según fuentes de información, había quedado en verse con unas amigas para pasar la tarde con ellas, pero esta nunca llegó al lugar del encuentro. Salió de su casa a las cinco de la tarde y no se ha vuelto a saber nada de ella.

Lunes 23 de julio de 1951

Después de diez días de intensos rastreos por las inmediaciones de la localidad, los cuerpos de seguridad, muy a su pesar, han decidido suspender la búsqueda de Alice Coleman, de 13 años de edad, en paradero desconocido desde el día 13 de julio. Los expertos sospechan que su desaparición ha podido ser fortuita, puesto que tampoco hay rastro de la única prueba que podía haber arrojado algo de luz para esclarecer el caso: un pequeño diario personal donde acostumbraba a escribir sus vivencias cotidianas todas las noches, según sus familiares. Y, aunque se desconoce los motivos de la desaparición de este, se sospecha que la joven podría haber tenido problemas los días previos a los hechos y probablemente estuviese reflejado en este. A causa de esto, los investigadores han llegado a la conclusión de que los posibles responsables, si los hubiere, bien pudieran ser conocidos o familiares de la chica con conocimiento de la existencia de dicho diario y haciéndolo desaparecer con ella, por ese motivo, queda casi nula la posibilidad de fuga voluntaria de la chica. De momento, no hay ningún detenido, puesto que no hay pruebas ni sospechosos. El caso queda bajo secreto para no entorpecer la labor de los investigadores, que seguirán trabajando a pesar de haberse suspendido la búsqueda.

Dhana comenzaba a sospechar de quiénes podrían ser las posibles culpables. Le parecía aterrador tener en su poder el diario que desapareció junto con Alice Coleman 68 años atrás.

Empecé a revisar las fotografías de los festejos y acontecimientos de los vecinos de la localidad de aquel año. Entre los cientos de fotos, encontré más de lo que estaba buscando: una fotografía en la que pude reconocer a Alice en la feria del ganado de aquel año, en la que aparecía con otras dos jóvenes sentadas en el vallado de un rodeo. Alice y una de las chicas eran aproximadamente de la misma edad y la tercera era evidente que era varios años más mayor. Supuse que la más mayor era Rosi, pues así lo dejó escrito en el diario, y la chica de la misma edad que ella podría ser Lili.

Lilí estaba en medio de las dos chicas; esta miraba a Rosi, que se encontraba a su derecha, dejando ver un pasador plateado que adornaba su cabello rubio. Parecían muy contentas, todo lo contrario de Alice, que miraba a la cámara seria y ligeramente apartada de las otras dos chicas.

Algo me llamó mucho la atención en Alice y Lilí. Los colgantes que llevaban puestos y que, a pesar de la mala calidad de la fotografía, parecían ser iguales y se veían a la perfección, eran los colgantes de los que se refirió en el diario. Rosi vestía de manera más extravagante que las otras dos, demasiado adornada para una chica de su edad. En una de las manos, un anillo que llamaba la atención por el gran tamaño que tenía y, aunque la foto fuese en blanco y negro y no pudiese ver el color rojo de la piedra, no me cabía la menor duda de que aquel anillo era el mismo que Alice le robó a Rosi, al igual que el pasador de pelo que llevaba puesto Lilí.

Fui apuntando todos los números de los documentos que iba a imprimir, incluida la fotografía.

Salí de aquella sala lo más rápido que pude, sin ni siquiera devolver los documentos al lugar de donde los cogí, y salí de allí rápidamente dejando la puerta abierta. Llegué al ascensor, las luces parpadeaban mucho más que cuando entré. Aquel maldito y viejo ascensor bajaba demasiado despacio y yo no paraba de pulsar compulsivamente el botón, como si con aquella acción pudiese lograr que fuese más rápido en bajar. No quería estar ni un segundo más en aquel lugar.

Al fin llegó; aprisa, entré en él y cerré la puerta de reja del exterior y la puerta interior. A través de los cristales de esta, comencé a ver como empezaron a salir de la sala donde había estado decenas de oscuras sombras. Estaba aterrada, pero a la vez me sentí aliviada de estar en el interior del ascensor cuando las luces de este comenzaron a titilar. De repente, se produjo un apagón, lo que provocó que se detuviese el ascensor a mitad de los sótanos dejándome casi a oscuras. Solo entraba una poca luz por los cristales. De nuevo, me invadió la sensación de no estar sola, de manera que me agaché cerrando los ojos y me arrinconé en una de las esquinas, al lado de la puerta. A gritos pedía ayuda mientras golpeaba en las puertas del ascensor para que me ayudasen a salir de allí.

DESCUBRIENDO TERRIBLES REALIDADES

Con temor, abrí los ojos y allí estaba ella, de pie dentro del ascensor. En la esquina opuesta a mí, la poca luz que entraba en el interior del ascensor la enfocaba.

—No me hagas daño, ¡estoy intentando ayudarte!

—Quiero lo que es mío y la quiero a ella...

—¿Quién es ella?

Al formular aquella pregunta, Alice Coleman hizo algo espantoso.

—¡La que me hizo esto...! —Se agarró la cabeza con las dos manos y comenzó a estirar hacia arriba desencajándose el cuello. Se oía cómo se iban despegando las vértebras unas de otras hasta desgarrárselo ella misma.

Dhana se quedó casi sin respiración y en estado de *shock* al ver aquello. Cerró de nuevo los ojos y se tapó los oídos para no seguir escuchando aquel desagradable sonido al destrozarse su propio cuello. El ascensor empezó a funcionar de nuevo. Llegó a la planta cero del edificio y el recepcionista le abrió la puerta rápidamente. Yo seguía arrinconada y con las manos en mis oídos.

—Muchacha, ¿te encuentras bien? Ya pasó todo. ¡Te has quedado encerrada! No sabes cuánto lo siento, no es habitual que este aparato se detenga a pesar de los años que tiene.

—Sí, estoy bien, no ha sido nada —respondió Dhana cuando pudo reaccionar y no muy segura de su respuesta.

—¿Qué pregunta...! Teniendo en cuenta de dónde viene, esto no ha sido nada... —murmuró aquel señor mientras ojeaba la caja de los botones del ascensor.

—¿Cómo dice?

—¿Yo? No he dicho nada...

—No me joda, acabo de oírle decir que « después de dónde vengo... ». ¿Qué pasa allí? Y, además, ¿cómo sabía que las noticias que necesito son de esta ciudad?

—Es que no debo hablar del lugar donde trabajo, por la reputación del sitio.

—¡Usted me va a contar de inmediato lo que ocurre en esa puta sala...! —A continuación y suavizando su tono agresivo, añadió—: Por favor.

Aquel señor se quedó mirándola fijamente, pero su mirada, más que de enfado por la falta de respeto de Dhana, fue de compasión.

—Acompáñame.

La llevó a la garita de seguridad para mostrarle lo que habían captado las viejas cámaras de vigilancia en el tiempo que estuvo ella en aquel lugar.

—Phil, rebobina la grabación —pidió a su compañero—. Chica, debes prometer que no comentarás nada sobre esto, podrían despedirnos. Si te lo mostramos es para que puedas protegerte, puesto que, desde que trabajo aquí, casi todos los que han venido a esta sección han desaparecido o han muerto en extrañas circunstancias.

Comenzamos a ver el vídeo. Aquellas imágenes en blanco y negro me sobrecogieron, pues

había decenas de sombras a mi alrededor. Aquello me recordó a Ruxandra y entendí sus palabras: «Vienes rodeada de la muerte». Se veía mi imagen temerosa siguiendo a una sombra mucho más oscura que el resto; sin duda alguna, aquella era la de Alice Coleman.

—¿Siempre ocurre esto en esa sala?

—No, solo cuando vienen algunas personas a consultar por el mismo año que tú. Es más, tenemos la teoría de que esas cosas vienen con vosotros, puesto que después de que se marchan los visitantes, ya no se vuelven a ver esas sombras.

—¿Cuándo ocurrió por última vez?

—La última vez fue un chico joven, pero más mayor que tú. No recuerdo exactamente el tiempo que hace, pero de eso hará ya más de un año.

—¿Se sabe algo de él?

—Sí, apareció sin vida en la ciudad vecina de donde era. Murió en extrañas circunstancias. Puedes echar un vistazo en los archivos digitales, también hay hemeroteca actual.

Dhana recordó al profesor al que le robó las llaves de la sala de profesores. Le intrigó la idea de si tendría algo que ver con el caso, pero no se atrevió a mostrar la documentación para ver si lo reconocían, puesto que sería bastante extraño que ella tuviese en su poder dichos documentos. Estaba bastante inquieta por toda la información que estaba recibiendo por parte del recepcionista, pero debía seguir investigando.

Se marchó a la sala donde estaban los ordenadores para intentar encontrar algo más de información e imprimir las pruebas que ya tenía para examinarlas más a fondo en su casa. Descargó todos los periódicos y la fotografía que encontró. Pero no podía marcharse sin averiguar algo primero. Aprovechando que se encontraba sola, sacó la cartera de aquel supuesto profesor, la que guardó en su bolsillo aquella misma mañana para deshacerse de ella. Era curioso que, en tanto tiempo que estuvo en su poder, nunca antes sintiera curiosidad por saber al menos cómo se llamaba aquella persona a la que le robó.

Raymond Smith murió a los 22 años de edad en extrañas circunstancias, poco después de la fecha aproximada que el recepcionista le había dicho. Una fotografía del chico corroboraba que era el mismo que olvidó las llaves en aquel banco de madera del instituto, aunque en ese preciso momento, Dhana dudaba de que aquello fuese un descuido de aquel muchacho. «Podría tratarse más bien de una trampa en la que quién mejor para caer que una vulgar ladrona», se decía Dhana a sí misma en voz baja y enfadada.

Imprimí toda la información recopilada, incluida la de Raymond Smith, y me marché del lugar agradeciéndole a los trabajadores la colaboración.

Guardé las copias de los documentos debajo de mi abrigo para que no se mojaran y de nuevo me puse el chubasquero amarillo, puesto que seguía lloviendo con mucha fuerza.

No estuve más de un par de horas en aquel lugar, pero parecía más tarde de la hora que era por la oscuridad que había con el cielo encapotado. Caminaba bajo aquel aluvión, mi chubasquero amarillo resaltaba en la tarde gris, cuando un coche de la policía pasaba por mi lado con las balizas encendidas, a toda prisa y en silencio por las solitarias calles. Pensaba en todo lo que ahora sabía y en cuántas cosas más debía averiguar, puesto que aún no tenía nada en claro de lo que debía hacer. La imagen de Alice Coleman desgarrándose el cuello me perturbaba. El destello de las luces de una ambulancia me sacó de mis pensamientos; al pasar por mi lado, me salpicó de agua. El conductor, un señor con un gran bigote rojizo, me hizo una señal de disculpa. Este, al igual que el coche de la policía, también iba a toda prisa y en silencio.

Llegué a casa temblando de frío y con los pies empapados a pesar de llevar aquellas botas.

Subí a mi habitación a darme una ducha caliente mientras Lilianne se ofreció a prepararme algo para templar el cuerpo. Subí a la habitación y guardé las copias, no fuese a ser que me trajeran la merienda mientras yo estaba en la ducha.

—¡Dhana, abre la puerta! ¡Mira lo que te traigo!

—¡Nana, me has asustado! —Dhana salió con el pelo envuelto en una toalla y abrió la puerta.

—Leche calentita y unas magdalenas recién hechas. No comas mucho y deja un hueco para la cena especial de esta noche... —le aconsejó con tono alegre y de manera misteriosa, con una bonita sonrisa y un brillo especial en la mirada.

—¿Por qué es especial la cena de esta noche? —le preguntó Dhana de la misma forma.

—¡Cielo! Si te lo dije la semana pasada... Es el cincuenta aniversario de nuestra boda.

—Cuánto siento haberlo olvidado, pero yo tengo que trabajar, nana.

—No te preocupes por eso, cenaremos temprano como los demás días.

Lilianne salió de la habitación. Esperé a que cerrara la puerta y corrí a ver de nuevo aquellos documentos, sobre todo, lo que más me interesaba, la fotografía.

Me recosté en la cama y, con una lupa que le cogí prestada a Peter, observé bien cada parte de aquella imagen. Ahora podía ver mejor los detalles, como por ejemplo, aquel pasador plateado que llevaba Lili en su pelo y el cual parecían ser tres flores alineadas, de apariencia metálica, probablemente de plata. Los dos colgantes que llevaban puestos Alice y Lili eran idénticos: parecían ser dos camafeos con filigranas y lo que me pareció ser un ángel, en el centro. Estaba observando el grueso anillo de la chica más mayor, Rosi, cuando el cansancio y el sueño se estaban apoderando de mí, puesto que aquella noche no había pegado ojo.

Pasaron un par de horas cuando Peter entró a la habitación al ver que no me despertaba de aquel profundo sueño, me avisó para ir a cenar. Con mucho cansancio, me arreglé e incluso le di un poco de color a mis labios, puesto que el acontecimiento lo merecía.

Allí estaban los dos, tan elegantes, vestidos para la ocasión. Peter con un traje de chaqueta azul marino, el cuello de raso y una pajarita roja bastante grande y un poco anticuada que, aunque intenté evitarlo, me hizo reír; él, al ver que no pude aguantar la risa, se sujetó de los extremos de aquella enorme pajarita y se la acomodó haciendo un gesto gracioso y comenzó a reír también. Mi nana era la mujer más hermosa que existía para mis ojos y para los de Peter. Vestía con un bonito vestido color verde esmeralda y se adornó con todo su joyero, ¡hasta se pintó los labios de color rojo de granza!

Peter puso música de la época para acompañar la cena. Nos aproximamos a la mesa delicadamente decorada y con unos platillos de una pinta exquisita. Peter se acercó a su esposa para acomodarle la silla y que tomase asiento; después, aquel elegante y cortés caballero hizo lo mismo conmigo. La velada estaba siendo tan amena que no me acordaba de todo lo que tenía que resolver ni de las consecuencias si no lo lograba. Yo estaba embelesada valorando cada detalle de aquella mi hermosa familia, la que jamás pensé que tendría, y la estabilidad que al fin había llegado a mi vida. El cariño de aquel señor al que ahora consideraba mi padre y de su señora esposa, aquella dama tan cariñosa, la mejor de las madres que se podía tener, con dulce voz y de clara mirada de ojos verde agua, y su hermoso cabello blanco, finamente adornado por... un pasador plateado... con tres flores alineadas... La piel se me erizó y mis ojos, casi sin parpadear, no podían dejar de mirarla. En milésimas de segundo, la velada se volvió aterradora para mí.

—¿Qué te ocurre, cariño? ¿Te sientes mal?

—Yo, no sé... —Dhana tras ver aquel pasador, apenas podía mediar palabra cuando preguntó —. ¿Lili?

NO LA NOMBRES

Dhana no podía dar crédito; tenía frente a sus ojos a una de las tres chicas.

—¡Hacía tantos años que no me llamaban así! ¿Verdad, viejito? —recordó Lilianne con una sonrisa mirando a Peter.

—Así es, desde que nos casamos. Dejó de ser mi pequeña Lili para pasar a ser ¡la señora Lilianne! —exclamó orgulloso.

Los dos comenzaron a reír felices. Yo no debía, ni podía, estropearles la velada haciéndole todas las espantosas preguntas que tenía en la mente.

Con todos mis esfuerzos, pude llegar al fin de la velada. Toda aquella alegría que sentí al principio se desvaneció. Cenamos, contaron sus vivencias y anécdotas de tantos años de matrimonio, hablaron de papá e incluso bailaron.

Peter se sentía feliz, se fue al salón, riendo y agotado, a ver un rato la televisión antes de irse a dormir.

Fue entonces cuando me quedé a solas con Lilianne. Empezamos a recoger la mesa, pero yo no sabía ni me atrevía a comenzar a preguntarle. Me tenía que armar de valor para hacerlo. Sentía temor de que el concepto que yo tenía de aquella dulce señora cambiara para mí y para siempre con sus respuestas. Las dos estábamos en absoluto silencio cuando la intuición de Lilianne lo interrumpió:

—Dime qué te pasa, mi niña. Te he notado muy extraña en toda la cena.

—Nana, no sé cómo decirte lo que me está ocurriendo.

—Háblame, cielo, sabes que puedes confiar en mí.

No sabía qué reacción iba a tener al oír todo lo que me estaba ocurriendo, pero no me quedaba de otra, nada más que contárselo.

—Nana, un ser demoníaco me acecha desde hace algo más de un año.

—Pero ¿qué estás diciendo? No bromees con esas cosas.

—¿Crees en los espíritus?

—Sí —afirmó Lilianne de manera rotunda y mirando a Dhana a los ojos.

—Nana, tengo que resolver esta situación o me arrastrará con ella a la muerte, como le paso a Allan, mi compañero de instituto.

—Dhana, ¿qué dices? ¿Quién te va a hacer eso? —Lilianne se puso muy nerviosa. Dhana despacio, acercó su mano al blanco cabello de Lilianne y sacó con cuidado el pasador de plata que lo adornaba. Ninguna de las dos medió palabra. Lilianne miraba a la chica con el pasador en las manos. Se miraron a los ojos y esta vez era la mirada de Lilianne la que reflejaba pavor, esperando una respuesta distinta a la que temía que iba a recibir—. La misma persona que en una ocasión te robó tu pasador.

Lilianne se puso muy nerviosa y se sintió mareada al oír a su niña. Solo podía repetir entre desesperados sollozos:

—No, no, no. A ti no te puede estar pasando esto... A ti no, mi niña. A ti no —repetía de manera desesperada restregándose la cara con su mano a la cual le faltaban dos de sus dedos y con su otra mano se sujetaba a Dhana para no caer desfallecida.

—Tranquilízate, nana. Todo se va a solucionar, estoy haciendo todo lo que ella me pide.

—Tú no lo entiendes, mi niña. Vamos a tu habitación, no quiero que Peter oiga nada de esto, pero tú sí tienes que saber...

Las dos pasaron por al lado de Peter intentando aparentar normalidad para no preocuparlo. Dhana llamó a su compañera de trabajo para avisar de que llegaría más tarde o incluso puede que no llegase ese día, poniendo como excusa que se encontraba mal de salud aquella noche. Algo había diferente en el ambiente y las dos lo presintieron al entrar en la habitación y, por ese motivo, Dhana se apresuró a cubrir el espejo del tocador con una sábana.

—Ella puede observar a través de los espejos, hace tiempo que no me vigila desde ahí y espero que siga siendo así.

—No hagas eso... —le aconsejó Lilianne a la vez que quitaba la sábana con la que lo cubrió Dhana—. A ella siempre le gustó ser el centro de atención, se ponía de muy mal carácter cuando se sentía ignorada. La opción de dejarla fuera no es buena idea. Lo único que tienes que hacer es no mirar al espejo mientras hablemos de ella y, si sientes que está ahí, intenta que no note que te has dado cuenta. Muy importante: no pronuncies su nombre, pues es un poderoso reclamo para ella. Ahora, cuéntame todo lo que sepas, mi niña, y luego, yo te contaré todo lo que necesitas saber

—Sé que tú y... ella erais amigas, que teníais colgantes idénticos que tú misma le regalaste por su cumpleaños de amigas para siempre.

—Ese colgante es el que me protege. Por él, ella no me hace nada, solo me observa —le explicó Lilianne sacando el colgante del interior del vestido—; mientras yo lo lleve puesto, ella me considerará su amiga para siempre.

—Sé también que teníais una tercera amiga, Rosi, a la cual le robó un anillo y la *ouija* que me ha metido en todo esto. Sé que ella se empezó a sentir desplazada, envidiaba la relación de amistad que vosotras teníais.

—¿Cómo sabes todo eso?

—Tengo su diario.

—No puede ser, ese diario debería estar donde ella se encuentra —dijo aterrada Lilianne—. El anillo de Rosi es un poderoso talismán que la protege, es un anillo papal antiquísimo. Nunca nos contó por qué posee el poder que tiene ni cómo llegó hasta su familia, pero creo que fue de manera poco ortodoxa y que lleva más de doscientos años en el mismo linaje. La protege de demonios y entes malignos. Además, le da otro tipo de virtudes. Ha ido pasando de generación en generación. Mientras ella lleve ese anillo puesto, nada podrá hacerle. La *ouija* también es una reliquia familiar. Al principio, no era distinta a cualquier otra *ouija*, pero, desde lo que sucedió, está maldita. Ahora te voy a contar yo todo lo que ocurrió aquel trece de julio de 1951. Pero antes debo advertirte de que no mires hacia el espejo, puesto que ella ya se encuentra aquí, con nosotras.

EL TESTIMONIO DE LILÍ (1.^a parte). ENVIDIA

— *Ella* (refiriéndose a Alice Coleman) era mi mejor amiga desde muy pequeña, pero conforme íbamos creciendo se fue volviendo cada vez más envidiosa. Yo siempre fui una niña muy bien educada, hija única e inmensamente querida por mis padres. La gente del pueblo admiraba mi talento para la cocina, pues comencé siendo aún una niña, me crié entre fogones desde que nací. Incluso llegué a superar a mi madre, que era la cocinera de quien aprendí.

»Mis padres tenían la única taberna que existía en la localidad, ya te podrás imaginar la afluencia que había, por ese mismo motivo. Como resultado, la economía de nuestra familia era bastante mayor que la de la gran mayoría de la gente del lugar. Sin embargo, *ella* provenía de una familia de humildes campesinos. Vivían en una casa muy pequeña, sus padres, sus cuatro hermanos y ella. No estaba atendida como lo estaba yo, puesto que, con tantos hijos, sus padres no podían estar pendientes de ella de la misma forma que mis padres lo estaban de mí, ni podían darle todo lo que yo podía llegar a tener. Pienso que ella, para saciar aquella carencia, tanto afectiva como emocional y económica, empezó a llenar aquel vacío con todo tipo de objetos: unos de valor y otros no tanto. Solo quería autosatisfacerse, pero al no tener los recursos económicos para esto, comenzó a adueñarse de todo lo que podía de los demás; muchas veces me robó, no solo este pasador. Lo peor fue cuando su mala acción dejó de darle todo el placer que ella buscaba y fue cuando empezó a robar dinero, en muchas ocasiones la vi coger de la caja registradora de nuestra taberna. Aun así, siempre intenté hacer la vista gorda, pues yo en el fondo la quería, pero ella cambió sus sentimientos hacia mí. Ya no solo envidiaba mis cosas, mi economía y el cómo me trataban, sino que también empezó a envidiarme por tener amistades aparte de ella, incluso envidiaba cuando yo le gustaba a algún chico... Daba igual lo que fuese, ese sentimiento la atormentaba por dentro e intentaba atormentarme a mí con su conducta.

»El caso es que, a principios de 1950, llegó una chica a la localidad: Rosi. Los primeros meses vivió en la casa que colindaba con la mía, junto a sus tíos y la hija de ambos, pues Rosi había quedado huérfana. Nos empezamos a conocer y nos hicimos bastante amigas y aquello la celaba mucho a ella. El caso es que intentábamos incluirla siempre en nuestras actividades, pero ella se ponía insoportable, se marchaba enfurecida y, si tenía ocasión, se llevaba algo para sentirse mejor. Yo la sabía sobrellevar bastante bien, puesto que crecimos juntas, e intentaba justificarla; pero Rosi tenía una cultura y una educación muy distinta a la mía. Rosi era muy cariñosa conmigo, pero con ella era bastante áspera y, en ocasiones, hiriente y agresiva. Ya te podrás imaginar... Eran una bomba de relojería cuando estaban juntas.

»En aquella época, apenas teníamos con qué distraernos, pero Rosi poseía algo que nos llamaba mucho la atención. Después, supe que no estaba bien lo que hacíamos, pero en aquel tiempo no teníamos mucha información. El caso es que nos reuníamos cada dos o tres días para realizar sesiones de *ouija*. La cuestión es que veíamos aquello como un simple juego; Rosi nos invitaba a su casa, como ella solía decir, a realizar nuestro juego de tres, a su prima nunca la

incluía, pues esta siempre estaba enferma y Rosi no la quería cerca de ella. A aquella actividad la llamaba *juego*, pero para ella era algo muy serio, sabía bien lo que hacía y fue por eso por lo que nunca nos pasó nada.

»Uno de aquellos días en los que nos reunimos a realizar nuestro peculiar *juego*, ella estaba un tanto extraña. Rosi no sabía qué le pasaba, pero yo sí sospechaba qué podía ser. Yo no quería enfrentarlas y por eso callé. Intuí que ella iba a ir a por algo que le habría llamado la atención, puesto que ya la había visto ponerse así de misteriosa en más de una ocasión y, acto seguido, me desaparecían cosas. La cuestión es que aquel día, ella no quiso participar. Dijo que necesitaba ir al aseo y se marchó, no transcurrieron ni cinco minutos cuando volvió para informarnos de que ya debía irse porque tenía muchas tareas que hacer aquella tarde y se marchó.

»Rosi casi siempre llevaba puesto un enorme y extravagante anillo, excepto en algunas ocasiones en las que se lo quitaba para no perderlo, puesto que, al ser heredado, no era de su talla y le quedaba un poco grande. Para realizar las sesiones siempre se lo ponía, pues según nos explicó, la protegía de espíritus y demonios malignos. Luego supe que aquel anillo poseía otros dones, aparte de protegerla.

»Íbamos a realizar la sesión de *ouija* cuando Rosi se percató de que no llevaba puesto su peculiar anillo, por lo que se fue de la habitación dejándome a solas con aquella *ouija*. Desde la habitación, la oía hablar con su tía de manera nerviosa; entraba y salía de la habitación diciendo palabras que yo no lograba entender, nunca antes había visto a Rosi de aquella manera. Me hizo poner de pie y, aunque luego se disculpó al no encontrar lo que buscaba, me registró de arriba abajo. Entonces, fue cuando supe lo que estaba ocurriendo, pero la seguí encubriendo, fingiendo no saber nada de lo que ella había hecho.

»—¡Esa cretina se lo ha llevado! —exclamó muy exaltada.

»—¿Qué pasa?

»—¡Tu asquerosa amiga, la ladrona, me ha robado mi anillo! ¡No puedo estar sin él!

EL TESTIMONIO DE LILÍ (2.^a parte). NO FUE MI INTENCIÓN

» Al ver a Rosi tan exaltada, quise calmarla. Le expliqué el problema que «ella» tenía y, con mucho esfuerzo, la pude convencer para que no la denunciara por ladrona, porque por aquel vergonzoso asunto perdería la poca autoestima que le quedaba, puesto que en la localidad la señalarían con el dedo durante el resto de su vida. Así que ideamos un plan para intentar que lo devolviese por su cuenta. Dejamos pasar unos días para que Rosi se calmara y ella confiara en que nadie se había dado cuenta de la desaparición del anillo. Después, pusimos en marcha lo planeado. Quedamos como de costumbre para realizar la sesión de *ouija*. Aquella sesión fue distinta. Las preguntas fueron todas relacionadas con el anillo, ya que la intención era asustarla y que ella confesara o devolviese aquel anillo, aunque fuese a escondidas. Le hice prometer a Rosi que no la acusara, pues aunque no confesase la verdad ni lo devolviese, yo haría hasta lo imposible por devolverle su anillo, así me tuviese que colar en su casa para poder recuperarlo.

» Durante la sesión, ni se inmutó. Estaba tan tranquila... Como si no fuese con ella la cosa. Aquel semblante tan insensible y frío me sorprendió, ni yo misma la reconocía. Yo rezaba porque Rosi conservara la calma.

»—Invoco a los espíritus de mis antepasados a los que les perteneció el anillo antes que a mí. Necesito saber dónde está. ¿Me podéis mostrar el lugar en el que se encuentra? ¿Me podéis indicar si se me ha perdido o si me lo han robado?

» Aquel día, la sesión de *ouija* no marchaba como en las otras ocasiones.

»—Y, si ha sido robado, ¿me podéis hacer saber quién es el autor o la autora de la desaparición de mi anillo?

» Todas las preguntas fueron acerca de la alhaja, pero no hubo respuesta alguna, ni por parte de espíritus ni por parte de la ladrona.

» La sesión fue interrumpida por los tíos de Rosi. Tenían que ir al pueblo a hacer unos recados urgentes y Rosi debía ayudarlos, así que cerramos la sesión y nos marchamos todos al pueblo.

» Por el camino, Rosi iba en silencio y con una mirada iracunda hacia a mi amiga, que iba unos pasos delante de nosotras.

»—No te preocupes, volveremos a intentarlo mañana... —le aseguré a Rosi susurrando mientras caminábamos por el estrecho carril que nos conducía al pueblo.

» Llegamos y cada uno se fue por su lado. Me quedé mirando cómo se alejaba; algo me causó mucha extrañeza: ella se fue por una calle que la conducía al lado opuesto de su casa.

» Al siguiente día y muy temprano, Rosi llegó a mi casa encolerizada conmigo:

»—¡A ti qué te pasa! —me increpó gritando—. ¿Es que acaso tú eres su cómplice?

»—¿De qué me estás hablando?

»—¡No te hagas la imbécil! Tu amiguita la ladrona se ha llevado mi tablero de *ouija*. ¿Ella roba y tú la disculpas? ¿O quizá solamente distraes a la gente mientras ella roba? ¿Vais a medias?

»—¡No te permito que me hables así ni que me faltes al respeto! ¡¿Cómo insinúas que soy su

cómplice, si a mí también me roba?!

»Rosi, al oír mi confesión, me miró con cara de sorpresa y bajó su tono de voz.

»—Compréndeme... Son objetos de un valor incalculable para mí. Sin ellos, pierdo mi identidad, son parte de mi vida, sobre todo, el anillo. Es especial, irremplazable, no existe otro igual.

—¿Qué tiene de especial?

—Eso no te importa.

—Vale, lo siento. Te prometí que yo te ayudaría a recuperarlo y mantengo mi promesa que lo voy a hacer.

»Nuevamente, intenté calmar a Rosi, que estaba colérica por aquel asunto. Ideamos otro plan para poder recuperar lo robado. Dejamos pasar varios días y le hicimos creer a ella que las autoridades estaban tras la pista de un ladrón que merodeaba por las inmediaciones, con el fin de que se confiase y así volviera nuevamente a casa de Rosi.

»Tras varios días y haciendo coincidir con que los padres y hermanos de ella no se encontraran en su pequeña casa, comenzamos con lo ideado: ella se iría a la casa de campo donde vivía Rosi y yo tardaría algo más en llegar, pues supuestamente tendría que ayudar a mis padres en la taberna, cosa que no era cierta. Yo decidí recuperar sus cosas a cambio de que Rosi no la acusase, pues seguía manteniendo la esperanza de que mi mejor amiga cambiase algún día de conducta. Temí que Rosi, aun recuperando sus cosas, la delatase a las autoridades, puesto que se encontraba muy nerviosa y agresiva, incluso conmigo. Me prometió que no lo haría, pero con una condición:

»—Quiero que ella sepa que la he pillado, quiero verle la cara a esa pequeña hija de puta cuando vea que la he descubierto. No me da la gana de que se quede tan tranquila como si nada de esto hubiese ocurrido. ¡A la enferma de tu asquerosa amiguita se le van a quitar las ganas de tocar nada que no sea suyo!

»—Pero...

»—¡No hay peros! O se hace así como yo digo o te acuso a ti por cómplice. ¡Diré que también me habéis robado dinero, te hundo a ti, hundo a tus padres por criar a una delincuente y hundo vuestro negocio! ¡A ver quién va a querer ir a la taberna de unos vulgares ladrones!

»No me quedó de otra, mi niña. Yo era demasiado joven y aún no me alcanzaban las ideas suficientes para manejar aquella situación. No sabía qué otra cosa podía hacer, solo me importaba mi familia. Ellos tenían muy buena reputación y así debía seguir siendo. Yo no podía defraudar a mis padres por culpa de la infamia con la que Rosi me estaba amenazando —relataba Lilianne bajo la atenta vigilancia que tenían desde el espejo.

»Mientras ella se fue a casa de Rosi, yo me dirigí a la de los Coleman. Aquella casa estaría sola esa tarde, pues así lo hicimos coincidir: los padres y hermanos de ella iban todos los viernes a unas reuniones que organizaba la comunidad de cristianos a la que pertenecían. Aquellas ventanas eran muy fáciles de abrir, incluso en ocasiones se las dejaban abiertas, ya que no había nada de valor en aquel humilde hogar que le pudieran robar, así que me fue muy fácil entrar. Me dirigí a la vieja cómoda donde ella guardaba la escasa ropa que tenía y sus pocas pertenencias. Los nervios se apoderaron de mí al verme en el interior de aquella casa y sin el permiso de nadie. Quería salir pronto de allí, por lo que anduve lo más rápido posible buscando y, al fin, encontré las cosas de Rosi, pero descubrí más de lo que buscaba: aquel cajón tenía un doble fondo y sorprendentemente albergaba numerosas joyas, objetos de gran valor e incluso un gran fajo de billetes. Entre aquellas alhajas, mi pasador de plata, el cual perteneció a mi abuela materna, y varias cosas más que ya ni recordaba. Entre todo esto, el diario de piel que le regalé en uno

de sus cumpleaños. Este se encontraba con la llave puesta y, aun queriendo salir de aquel lugar, no pude evitar leerlo por encima: allí relataba sus hurtos e incluso, en algunas líneas, se burlaba de las personas a las que robaba, mi familia y yo incluidas. Tal era la rabia que me dio que no solo cogí el anillo y la *ouija* de Rosi, también recuperé todas mis cosas. Me llevé el diario, para ver si se atrevía a insultarme y reírse de mí a la cara. Salí de allí lo más rápido que pude y llena de cólera.

»Me fui directa a la casa de Rosi a llevarle sus cosas. Por el camino, vi que los tíos de Rosi iban hacia el pueblo con su hija; esta, a causa de sus males, iba con muy mal aspecto de salud. Me escondí tras unos frondosos arbustos para que no me viesen con la tabla de *ouija*, pues no quería que pensarán que fui yo la ladrona, pero tampoco quería que se enterasen de que la había robado mi amiga. A pesar de mi enfado, siempre pensé en su reputación.

Sabía que cuando ella, *mi amiga*, me viese con las cosas robadas, se acabaría nuestra amistad, pero en aquellos instantes estaba tan encolerizada con ella que me daba igual.

»La tarde estaba bastante gris y empezó a chispear cuando estaba llegando a casa de Rosi. Desde lejos, vi como las dos estaban dando un paseo alrededor de la casa hasta desaparecer tras de esta. Cuando llegué, estaban cogiendo algunas plantas y charlando como si nada ocurriese, adentrándose en el bosque que había tras la casa de Rosi; estaban de espaldas y no vieron que yo estaba llegando. Yo, caminaba muy rápido, pero ellas también lo hacían. Quería sorprenderla y que me dijera a la cara por qué me había traicionado robándome mis cosas y, no conforme, se burlaba de mi familia y de mí, que se suponía que era su mejor amiga.

»—¡Eh! —grité con fuerza y en un tono de bastante enfado para que se detuviesen. Al oírme, se giraron.

»Bajo aquella lluvia que cada vez se hacía mayor, a ella le cambió la expresión del rostro al verme con el tablero que había robado en mis manos. Yo iba demasiado furiosa, todo lo que intenté convencer a Rosi para que se controlara no lo logré yo. Por su culpa, me veía envuelta en aquel embrollo, había sido robada y traicionada por una de mis dos amigas, y coaccionada y amenazada por la otra.

»—Tú, aquí tienes tus malditas cosas... —le dije muy enfadada a Rosi tirándole a los pies el tablero de *ouija*, el *planchette* de esta y el anillo, haciéndolo rodar por el suelo.

»Mientras Rosi se agachaba a buscar el anillo, ella me miraba con cara estupefacta, sin saber qué decir, mientras yo increpaba con dureza a la que un día consideré mi mejor amiga bajo aquella lluvia y tormenta que cada vez era más fuerte.

»—Sois las dos unas malas amigas, ¡me dais asco! Y tú, Alice Coleman, eres una mala amiga, una mala persona, mereces todo lo peor del mundo. Sé, desde hace mucho tiempo, que me traicionas robándome. He intentado pasar por alto todos estos años tus traiciones con la esperanza de que cambiaras, pero no te permito que te burles de mi familia y de mí, y encima en el mismo diario que yo misma te regalé... ¡Tú, Alice Coleman, vas a ir directa al infierno! —Yo le gritaba llena de rabia, pero mi propósito nunca fue incitar a nadie, mi niña. Jamás imaginé que mis palabras iban a reavivar la ira descontrolada de Rosi. Al decir yo aquellas últimas palabras, Rosi añadió las suyas:

»—Pues que así sea...

»Ante mis ojos, a Alice, y tras un extraño movimiento, le comenzó a salir sangre por la boca. Su última mirada estaba puesta en mis ojos, se desplomó inconsciente en el suelo dejando ver tras de ella a Rosi con la tabla en las manos y con una mirada que emanaba odio. La había golpeado fuertemente en la nuca con la *ouija*.

»Yo me quedé en estado de *shock* al ver aquella macabra escena. Rosi parecía estar poseída, por lo que me agaché tapándome los oídos para no oír el espantoso sonido que hasta el día de hoy no logro olvidar de cómo le partía los huesos, de la sangre y la carne siendo machacada por los golpes con la *ouija* que, compulsivamente, le propinaba Rosi enajenada, clavándole con fuerza y llena de ira una de las esquinas de plata en la nuca hasta acabar agotada.

TESTIMONIO DE LILÍ (3.^a parte). UNA AYUDA INESPERADA

» Tras asesinarla, estuvo bajo la lluvia durante unos diez minutos a su lado, insultándola a la vez que jadeaba de cansancio. Después, se mantuvo un rato en silencio, solo se oía caer la lluvia, se levantó y se marchó a la casa, no sin antes amenazarme con matarme a mí también si a su regreso no me encontraba allí. Mi única intención era pretender despertar a mi amiga para marcharnos de aquel maldito lugar, pues me negaba a entender que ella ya se encontraba sin vida.

Al cabo de un rato, Rosi regresó, lo hacía con un par de palas y la cámara de fotografía de su tío político.

»—¡Eh! Tú, toma... —Me tiró una de las palas—. Levántate de ahí, vamos a inmortalizar este bonito momento para tener la prueba de tu complicidad, no sé, por si tienes la brillante idea de abrir tu bonita boca, y después, me vas a ayudar a enterrar a esta zorra...

»Yo estaba muerta de miedo, pensé que si no le hacía caso la próxima sería yo, así que, en silencio, hice lo que me pidió, nos tomamos la foto junto al cadáver de Alice, Rosi cubrió la cámara con un plástico para que no se estropease con la lluvia y se puso a cavar. Yo también me puse junto a ella a hacer aquel hoyo en el bosque que se encontraba detrás de su casa.

»Rosi la agarró de las mangas para tirar de ella, arrastrarla e introducirla en aquel hoyo y enterrarla. En uno de los tirones, le rasgó una de las mangas.

»—¡Tú, inútil! ¡Ayúdame, no te quedes ahí pasmada mirando! ¡Eh! ¿Es que no me oyes? ¿O es que acaso quieres dormir para siempre con la ladrona de tu amiguita aquí dentro? —me preguntó gritando a la vez que comenzó a tirar de la cabeza.

»Pero estaba mojada con la lluvia y le resbalaba en las manos, así que, con una mano le agarró del pelo y con la otra le clavó las uñas en la cara y así poder tirar de ella. Al acercarme para levantarla de los pies, pisé sin querer su vestido a la vez que Rosi tiraba de ella con fuerza, provocando el estiramiento del cuello, al que le había desgarrado las vértebras, duplicando casi el tamaño de este. Le seguía saliendo sangre por la boca, pero esta ahora ya se veía casi cuajada y muy oscura. La cabeza se mantenía sujeta al cuerpo solo por la carne. Yo, al ver aquello, no pude evitarlo y me puse a vomitar, mientras Rosi, al verme, se reía a carcajadas y de una manera que me aterraba. Tras aquella horrible risa se quedó en silencio y cambió su tono de voz, esta vez sonaba agresivo:

»—Niñata, no sirves para nada. ¡Te debería matar a ti también, por inútil!

La arrastró hasta introducirla dentro de aquel hoyo. Una vez dentro, cogió el diario y lo tiró junto a ella.

»—Ayúdame a enterrarla. ¡¿O es que también te da asco de la tierra?! Además, esto es... nuestro juego de tres. Esto le ha pasado por tener la osadía de tocar lo que no es suyo. ¡Ladrona de mierda! —le gritaba a ella mientras la empezamos a enterrar con aquella oscura tierra—. Tu amiguita ha tocado de forma voluntaria lo que no debía, se merecía esto. A la gente que no me sirve, la descarto. Y a ti te pasará lo mismo si se te ocurre contar algo de esto. ¡Ladrona de

mierda, mira lo que has hecho con mi *ouija*, la has manchado con tu asquerosa y maldita sangre! ¡Maldita seas! Ahí la llevas para ti, toda tuya —agarró la *ouija* y el *planchette* y los metió con ella.

»Mi amiga se encontraba con los ojos y la boca abierta cuando Rosi comenzó a echarle aquella tierra oscura, casi negra, esta le entraba por los orificios. Se agachó y pensé que iba a cerrarle los ojos, pero lo que hizo fue quitarle el colgante de amigas para siempre que le regalé.

»—Una cosa por la otra: tú has robado mi *ouija* arruinándomela, y yo me quedo con este bonito colgante para no olvidarme de tu amiguita Lili y que así no se le ocurra contar algo de esto a alguien, si no quiere ser la siguiente.

»Terminamos de enterrarla bajo la fuerte lluvia y nos alejamos de aquel lugar mientras aquel aguacero asentaba la negra tierra removida, el surco de haberla arrastrado y nuestras huellas, haciendo desaparecer aquella escabrosa acción. Así fue como me convertí en cómplice de Rosi, de la muerte y desaparición de mi amiga.

»Los días de búsqueda fueron horribles para mí. Rosi siguió viniendo a mi casa para aparentar normalidad, incluso me obligó a unirnos a los grupos que habían formado los vecinos de la localidad para salir a buscarla. Le dije que no quería que fuera más a mi casa, pero ella hacía caso omiso.

»Pasaron varios meses de la desaparición y yo seguía sin poder vivir en paz con la tortura de mi conciencia. Sin embargo, Rosi seguía su vida igual que siempre... Incluso abrió su negocio en la localidad y se mudó al centro. Abandonaron la vieja casa de campo en la que estuvieron viviendo.

»Yo, en cambio, tenía la sensación de estar vigilada a todas horas, y no me refiero a cuando iba por la calle, sino en mi casa y a cualquier hora, y sufría constantes pesadillas casi a diario. Una noche, después de una de aquellas horribles pesadillas, ya no soporté más y me fui sola al lugar donde la habíamos enterrado. Me clavé de rodillas a los pies de donde se encontraba sepultada y ahogada en llanto le pedí perdón. Le juré que yo jamás hubiese querido nada malo para ella y que intentaría ayudarla para que se hiciese justicia, aunque me descubriesen y fuese acusada también por su asesinato. El caso es que comencé escarbar con un trozo de madera que encontré. Empecé a ver una esquina de la *ouija* y parte del *planchette*. Estaba dispuesta a desenterrarla para que la encontrarán, pero al remover aquella tierra empezaron a salir gusanos entre ella. Al observar aquello, volvieron a mi mente los recuerdos de aquel fatídico día, aquel sonido tan desagradable de cómo Rosi la golpeaba, y comenzó a entrarme de nuevo el pánico, así que corrí para salir del bosque lo más rápido posible. Pero te juro que yo quería que la encontrarán.

»Este lugar, en aquel tiempo, aún era un pueblo, por lo que observé a los chicos y chicas de la zona y le eché el ojo al que me pareció más inocente y manejable. Lo observé durante un par de semanas para averiguar sus rutinas diarias. Un día, se encontraba como tantos otros sentado en el borde de la fuente de la plaza donde solía estar casi a diario con sus amigos. Yo sabía que aquel día, a aquella hora en concreto, iba a estar solo, pues sus amigos aún tardarían en llegar como hacían en otras ocasiones. Recé porque aquel chico tuviese poca moral, le puse una pequeña trampa, pasé por su lado y, con la intención de que pareciese una torpeza por mi parte, me paré muy cerca de él, aprovechando que no había nadie, y dejé caer un sobre preparado con una nota, en el cual indicaba un lugar donde había algo valioso escondido. Y así fue, aquel chico no tenía ética, se quedó con el sobre y cayó en el juego. Lo estuve siguiendo con mucho sigilo hasta asegurarme de que fuera a buscarla y la encontrara. Lo seguí y, por suerte para mí, este salió del pueblo a buscar aquel supuesto *tesoro*. Lo perseguí hasta llegar a la finca, escondiéndome entre

árboles y malezas. Llegó al lugar siguiendo las indicaciones de aquella nota y encontró la *ouija* y el *planchette*, los cuales había dejado yo casi destapados. Pensé que la curiosidad le haría escharbar un poco más para encontrar más cosas, pero él solo cogió el tablero y el *planchette*, tapó el agujero con el pie y se marchó del lugar.

»¡No lo podía creer! Quizá los nervios de ser descubierto en una propiedad privada lo hicieron querer salir de allí. Aun así, lo estuve observando durante varios días para intentar averiguar si había visto algo y lo divulgaba. Pensé que quizá no viese nada o puede que sí viera algo, pero se asustara dejando oculto el hallazgo. El caso es que el comportamiento de aquel chico comenzó a cambiar a partir del día que se llevó la *ouija*. Empezó a reunirse con otros dos chicos de manera misteriosa. Al cabo de unos días, uno de aquellos chicos apareció sin vida en los baños del colegio en extrañas circunstancias. La descripción de su muerte era muy similar a la de ella: el cuello destrozado, casi arrancado de su cuerpo. Aquello me aterró tanto que no los volví a seguir. Poco a poco, los tres murieron. Uno de ellos desapareció y lo dieron por muerto, y el tercero también apareció sin vida y de una forma muy extraña.

»Un par de días tras la muerte del primer chico, llamaron a la puerta de mi casa. Abrí y era Rosi, que se adentró en mi casa sin permiso dándome un empujón y cerrando la puerta de un fuerte golpe. Se presentó a altas horas de la tarde hecha una furia, a pesar de que le dije en muchas ocasiones que no volviese. Pasé mucho terror, puesto que me encontraba sola porque mis padres estarían en la taberna trabajando hasta tarde, y ella lo sabía perfectamente.

»—¿Qué has hecho? —preguntó gritando.

»—No sé de qué me estás hablando...

»—Claro que lo sabes, hipócrita. ¡Has sido tú la que ha llevado a esos chicos hasta el lugar donde está enterrada! El espíritu de Alice se ha quedado aferrado a esa *ouija*. Esos tres chicos que la tienen vinieron a mi negocio buscándome para que los aconsejara. Las pistas que encuentren los traerán hasta mí. Alice no puede hacerme nada, pero ellos sí, así que he tenido que decirles que lo mejor que pueden hacer es abandonar la *ouija* para que otros la cojan y se puedan liberar... Una farsa, puesto que Alice les dará muerte por no ayudarla, como ya ha hecho con uno de ellos. Me has condenado a tener que esconderme de todos los esbirros que tienen que elegir entre sus vidas o la mía. Ya sabe cómo hacer para que me entreguen a ella y los va a estar mandando por el resto de mi vida.

»—No, yo no he...

»—¡Tú sí lo has hecho! ¿O acaso se te olvida que yo lo sé todo? ¿Qué pretendes con lo que has hecho? ¿Vengarte de mí? Pues entérate de que ella no puede tocarme, puesto que este anillo me protege de los demonios y espíritus malignos... Ahora, yo tendré que mandar al infierno a todo aquel que toque la *ouija* gracias a ti, por haberla ayudado a salir.

»Estaba tan nerviosa que en un principio no entendí mucho todo aquello que me decía. ¿Cómo iba a ir a por ella, si estaba muerta y enterrada? Luego entendí que donde esté la *ouija* se encuentra *ella*. Se fue acercando a mí con una maldad indescriptible en la mirada:

»—Te dije en aquella ocasión que yo, a los que me estorban, como hice con mis padres, como hice con tu amiga y como voy a hacer contigo, los elimino de mi camino...

»Rosi se abalanzó sobre mí y me tiró al suelo de espaldas, causándome un fuerte golpe en la cabeza que me dejó muy aturdida. Con una de las rodillas en mi estómago para que no pudiese levantarme. Una de las manos me apretaba con una fuerza descomunal en el cuello y con la otra me tapó la boca y la nariz con todas sus fuerzas, a la vez que me decía que me ahogara con mis mentiras. Aquel día, Rosi intentó asesinarme, pero ocurrió algo que se lo impidió.

»Mientras Rosi, enajenada, estaba sobre mí asfixiándome, comencé a sentir que se me iban las fuerzas y perdía la consciencia, hasta la capacidad de mirar estaba dejando de funcionar en mí. Se fue yendo mi mirada hacia un lateral, casi vencida. Empecé a sentir un silencio absoluto cuando, en el parqué del suelo, comenzó a abrirse un agujero, brotando de este la misma tierra negra donde enterramos a mi amiga. Mi instinto me decía que era ella y me quería ayudar, así que, con las pocas fuerzas que me quedaban, cogí un puñado de aquella tierra y ¡se la restregué por los ojos a Rosi! Esta se apartó de mí al instante, dejándome así poder respirar. Rosi gritaba de dolor intentando limpiarse los ojos, no paraba de repetir: «¡Mis ojos, me quemó!».

»A duras penas pude levantarme, pues me encontraba muy mareada por la falta de oxígeno, y entonces fue cuando la vi. Allí estaba ella, observándonos desde el interior del espejo con sus manos apoyadas en él. A la vez que el oxígeno empezó a entrar en mis pulmones, comencé a recobrar la fuerza necesaria para echarla a empujones de mi casa, pero recordé que entre sus palabras confesó que el anillo que llevaba puesto la protegía de espíritus malignos y demonios. Intenté quitárselo aprovechando el estado de ceguera en el que se encontraba, pero el anillo me hirió la mano, causándome graves heridas en forma de llagas que no llegaron a sanar nunca y por las cuales, varias semanas después, sufrí la pérdida de dos dedos —relataba Lilianne a la vez que Dhana sostenía su mano entre las suyas.

—Rosi se quedó totalmente ciega a consecuencia de aquella tierra maldita manchada con la sangre de mi amiga y, aunque intentó culparme en varias ocasiones, nunca me pudieron acusar por ello, puesto que en las pruebas médicas que le hicieron no encontraron ningún indicio de daños que le hubiesen causado aquella ceguera; y mucho menos por daños de quemaduras.

VIERNES DECISIVO

T ras la intensa confesión de Lilianne, a Dhana le empezaron a cuadrar algunas cosas.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes la *ouija* en tu poder? O, mejor dicho: ¿cuánto tiempo llevas en el poder de ella?

—Hace algo más de un año. Ella ya se ha llevado a mi compañero del instituto, Allan, solo quedamos Sasha y yo.

—Eso es mucho tiempo. Ya ha desaparecido uno de vosotros y no parará hasta que le ayudéis a liberarse o a que entreguéis la *ouija* a otros para que le ayuden, pero si le ofreces la *ouija* a otros, igual irá a por vosotras por ignorarla.

—¡Me dijo todo lo contrario! —afirmó Dhana muy pensativa—. ¡Ahora estoy empezando a entenderlo todo!

—¿Qué has empezado a entender, mi niña?

—Ella, Rosi... ¿Es Ruxandra?

—Sí. ¿Ya la conoces? Le puso ese nombre a su negocio y todos comenzaron a llamarla así. ¿Has estado allí?

—Por desgracia, sí, y por culpa de sus malditos consejos perdimos a Allan.

—Sé que suena muy peligroso y me aterroriza verte envuelta en todo esto, pero debéis hacer lo que os pide Alice Coleman.

Al pronunciar su nombre, las dos miraron al espejo. Allí estaba ella, observando, mirándolas fijamente.

—Pero tengo otro problema, nana.

—¿Qué problema?

—Mi amiga... bueno, Sasha, ella quiere quedarse al margen de todo esto. He intentado convencerla recordándole lo que le pasó a Allan, pero se niega, no quiere volverme a ver. Ella piensa que yo soy la culpable de todo esto que está ocurriendo y que no la involucre en *mis líos*.

Dentro de todo lo horrible de aquella historia, Dhana, después de oír la versión de Lilianne, se sintió muy aliviada al saber que podría seguir admirándola, como siempre lo había hecho. Ella seguía siendo aquella hermosa mujer a la que consideraba más que a una madre y, aunque Lilianne se sentía culpable por haber callado durante tantos años por miedo, solo fue una víctima inocente de aquellas dos malas amigas. Aquello le dio aún más fuerza a Dhana para continuar con todo aquel asunto y darle fin, y esta vez no solo por ella, sino también por darle la paz que necesitaba y merecía Lilianne, después de tantos años de sufrimiento y malos recuerdos.

—Vamos a casa de Sasha y se lo explicas tú, nana. Seguro que a ti te va a hacer caso.

Lilianne y yo nos abrigamos antes de salir a la calle. Peter estaba ya durmiendo cuando salimos de la casa. Seguía lloviendo, pero con menos intensidad que unas horas antes. Cogimos el viejo automóvil de Peter.

Cuando íbamos llegando, había varios coches de policía estacionados y una ambulancia en el

exterior de la casa donde vivía Sasha; en la puerta de esta y fumándose un cigarro, el conductor de la ambulancia, era el mismo señor del gran bigote que vio pasar horas antes. Aquello me hizo presagiar lo peor: que habíamos llegado demasiado tarde. Nos bajamos del coche a preguntar a los vecinos que estaban en la calle.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lilianne a una vecina que estuvo aquella tarde presenciando el ir y venir de policías, servicios médicos, forenses...

—Dicen que Edmundo se ha vuelto loco, pero yo no lo creo. En más de una ocasión, le pegó. Todos los vecinos sabíamos que no la trataba correctamente, pero la chica no se dejó nunca aconsejar. La ha matado cruelmente, se rumorea que la ha estrangulado.

Dhana se acercó un poco más a la casa, que se encontraba acordonada, para intentar saber qué había ocurrido, cuando los agentes sacaron a Edmundo esposado. El chico, al verla, se dirigió hacia ella escapándose durante unos instantes de los agentes y se echó al suelo desesperado llorando.

—¡Yo no la he tocado, ha sido ella! ¡Se ha desgarrado el cuello con sus propias manos frente a mí! Os lo juro, yo no la he tocado... El barro, había barro por todo el baño, y ya no está. Yo no la he matado, ha sido ella, ¡que alguien me crea! —gritaba desesperado mientras los agentes lo arrastraban al interior del coche patrulla.

Tras aquella declaración desesperada, no me cabía la menor duda de que estaba diciendo la verdad, pero, por desgracia para él, nadie lo iba a creer.

—¡Vámonos de aquí, nana!

—Ha sido Alice, ¿verdad?

—Sí, ha sido ella —respondió llorando.

—¡No es momento de llantos! —exclamó Lilianne con voz autoritaria, nunca antes le había hablado así, como lo haría una madre muy preocupada—. Hay que darse prisa, Dhana, se acerca tu momento, eres la última de los tres.

—¡Pero no sé qué debo hacer!

—La quiere a ella... A Ruxandra.

—Pero ella está protegida por ese anillo y tú misma has dicho que es imposible quitárselo, y no se lo va a quitar por sí misma...

—Lo sé, pero no pienso perderte...

Las dos se marcharon del lugar. Aquella noche apenas dormirían pensando en la terrible muerte de Sasha. Dhana sabía que había llegado la hora de darle fin a todo aquello lo antes posible, o sería la siguiente en morir. El tiempo corría en su contra.

La noche la pasó junto a Lilianne en el sofá del salón, sin pegar ojo, puesto que había habido mucha actividad paranormal en la casa. Rozando la mañana, Peter se levantó, estaba extrañado por el comportamiento de su esposa y de Dhana.

—Tienes que descansar, mi niña. Nos espera una dura noche, yo tengo que hacer algunas cosas. He de hablar con Peter.

Lilianne decidió explicarle a su marido lo que le estaba ocurriendo a la chica y el terrible secreto que le había estado ocultando durante todos aquellos años, puesto que no sabía cómo iba a acabar todo aquel asunto, ni si lo volvería a ver. Sería una declaración y despedida. Peter era bastante reacio a creer en aquellas cosas, pero sí confiaba plenamente en Lilianne, así que, más allá de cuestionarlas, les brindó su apoyo por si lo necesitaban.

—No, viejo, en esto nos hemos metido solas, de esto debemos salir solas. No puedo permitir que haya más involucrados por culpa de los errores que cometí en el pasado, pero sí nos llevarás

donde necesitamos ir.

Peter sabía que no iba a poder convencer a la testaruda de su esposa, así que no insistió. A Dhana la rindió el cansancio y entró en un profundo sueño, como si jamás hubiese dormido.

—Dhana, cielo, despierta.

—¿Qué? —La chica despertó de un sobresalto.

—Tranquila, llevas todo el día durmiendo, ya va siendo hora de que nos preparemos.

Aquella noche cenaron los tres juntos casi en silencio. Peter estaba aterrado con la posibilidad de perder a su familia, pero no había otra solución. Mientras cenaban sin ningún apetito, Dhana oía pasos y lamentos por toda la casa. Nunca antes había presenciado tanta actividad paranormal. Aquella noche, Alice Coleman solo se dejaba ver ante Dhana...

—No quiero mirar, nana... —Dhana cerró los ojos mientras aún seguían en la mesa terminando de cenar.

—¿Qué ves? —preguntó Lilianne.

—Está ella...

—¿Alice Coleman?

—Sí, y no me gusta nada la manera en la que me está mirando. Y, detrás de ella...—Dhana se echó a temblar a la vez que salían lágrimas de sus ojos.

—Controla tu miedo. Cuéntame, ¿qué ves?

—Hay decenas de siluetas negras detrás de ella, nana, y Allan y Sasha están entre ellos.

—Todos ellos son los que han muerto a causa de esta maldición y quieren liberarse. Están furiosos porque nadie les ayuda. Está llegando la hora, no hay vuelta atrás...

—Pero ¿cómo lo vamos a hacer? Ruxandra está protegida por ese anillo y rodeada siempre por sus familiares.

—Mi niña, se te olvida que hubo un tiempo en el que ella y yo fuimos muy amigas. Coge la *ouija*, el *planchette* y todo lo que tenga relación.

CIENTO NOVENTA Y UN ESPÍRITUS

Dhana no sabía cuál era el plan de Lilianne. Solo iba dejándose guiar por ella. El cambio de actitud en ella sorprendía mucho a Dhana... Tan distinta a como solía ser. Lilianne iba en silencio y con sus ojos claros puestos fijos en la carretera, dando indicaciones a Peter de dónde debían ir.

—Debemos llegar al lugar antes de que sea más tarde.

—¿A qué lugar, nana?

—Confía en mí. —Salimos a las afueras de la ciudad antes de que se hiciese de noche—. Aquí nos bajamos.

—Nana, ¿qué hacemos aquí?

—Tú confía en mí, mi niña. Y tú, viejo, vete a casa y no vuelvas hasta que te llamemos; y, si no te llamamos, no vuelvas a este lugar.

Los tres se despidieron, Peter se marchó y ellas dos siguieron el resto del trayecto a pie.

Aquellos angostos caminos ya los conocía Dhana, puesto que ya los había recorrido cuando se saltaba las clases del instituto. Se estaban acercando a la casa abandonada donde Dhana se temía; el lugar donde oyó la frase, no me ignores.

—¿Dónde vamos? Háblame.

—Silencio. —Lilianne miraba en todas direcciones como si buscase algo o a alguien. Conforme se acercaban al lugar, algo puso muy nerviosa a Lilianne y a Dhana: comenzaron a caer algunos pájaros muertos de los árboles a su paso—. No, no, no. Apártate, corre. ¡Aléjate de aquí! Ahora te alcanzo.

Los pájaros caían muertos al paso de Dhana y la cercanía de la *ouija*. Corrió hasta un extremo de aquel muro de piedra y se quedó agazapada mientras seguían cayendo algunos pájaros más de aquellos árboles a su alrededor. Esperaba a que Lilianne llegara, pues se había quedado atrás recogiendo todos aquellos pájaros que habían caído de los árboles a su paso... Dhana observaba a Lilianne, que hizo de su camiseta una especie de saco y los iba guardando. La chica no entendía nada. ¿Por qué Lilianne recogía aquellos pájaros?

—Ayúdame a cavar un hoyo para enterrar esto. No debe saber que estamos aquí y, si los presiente o los huele, todo se irá al traste. Sus ojos están ciegos, pero ella ve más que cualquier persona —aseguró refiriéndose a Ruxandra.

Aquel sitio, aquel cercado de piedra que rodeaba a una casa a lo lejos casi derrumbada... Dhana ya conocía aquel lugar, puesto que había estado allí antes.

—¿Esta es la casa donde vivía...?

—Shhh, habla más bajo. Sí, esta es la casa donde vivía Ruxandra con sus tíos y su prima. En el bosque que comienza tras la casa se encuentra sepultada... ya sabes quién... La propiedad sigue siendo de Ruxandra, se rumorea que los extraños males que tenía su prima eran provocados por ella, haciéndole enfermar hasta causarle una agónica muerte y, poco tiempo después, hizo lo mismo con su tía materna, para acto seguido casarse con su tío político, casi treinta años mayor

que ella. Fue así como heredó todos sus bienes, incluido este maldito lugar. Él es el padre de su única hija, de la cual se quedó embarazada cuando aún seguía su esposa, enferma, pero viva.

—Pero, nana, no entiendo qué hacemos aquí, este lugar está abandonado.

Lilianne miró a Dhana muy seria.

—Lo sé, no me cuestiones. No podemos cruzar más allá del muro. En el momento en el que pisemos sus tierras, ella lo notará, así que no podremos entrar.

La chica no quiso dudar de Lilianne, pero tampoco le inspiraba confianza su plan, puesto que no entendía qué estaban haciendo en aquel lugar abandonado.

Pasaron allí varias horas. Era una noche muy iluminada por la luna llena, pero solo por momentos, ya que había grandes nubes que ocultaban la luna de vez en cuando. El frío y la humedad de aquel lugar calaban hasta los huesos.

Lilianne hizo una señal de silencio a Dhana.

Eran casi las tres de la madrugada de aquel sábado cuando algo rompió el silencio de la noche: se trataba de la voz áspera de una mujer que caminaba solitaria en mitad de la noche por aquel campo abandonado. Se oía una especie de rezo. Aquellas nubes se apartaron de la luna dejando ver, a la vez que avanzaba hasta cruzar aquel cercado de piedras de la propiedad, a Ruxandra, con un bastón que le servía de guía y recitando una especie de oración.

Me sorprendió que Lilianne supiera con tanta exactitud que aquella mujer iba a aparecer en aquel lugar, ese mismo día y a aquellas altas horas de la noche.

Algo hizo que Ruxandra se detuviese. Se agachó, empezó a palpar el suelo con las palmas de sus manos y cogió uno de aquellos pájaros que habían quedado sin recoger. Lo olió, se puso de pie y olfateó a su alrededor, tiró a aquel animal muerto, escupió sobre este y siguió caminando con aquellas oraciones en rumano por el llano de la propiedad en dirección a la casa en ruinas.

Las dos la siguieron por la parte exterior del muro de piedra, entre árboles y maleza era complicado caminar. Ruxandra desapareció tras las ruinas de aquel viejo caserío y se adentró en el bosque.

—¿Dónde irá, nana?

—Desde que la conozco, sale todos los sábados a esta hora a recoger hierbas para sus rituales y para su tienda, a la vez que esparce semillas para que crezcan nuevas hierbas.

En aquel instante, al oír la explicación de Lilianne, recordé a Sasha y aquel día que estuvimos en la tienda de Ruxandra; la dependienta le explicó que la médium iba sola a por todas aquellas hierbas.

Lilianne le contó sus intenciones, las de darle alcance por sorpresa. Dhana sujetaría con fuerza a Ruxandra, mientras Lilianne le quitaría el anillo, aunque aquello le costase el sufrir nuevamente aquellas terribles heridas y, por consiguiente, la pérdida de sus dedos.

—Nana, yo no puedo permitir que pierdas parte de tus manos... —lloraba de manera desconsolada.

—Tú vales más que mis viejas manos. Ya perdí al que crie y quise como a un hijo, tu padre, no puedo permitirme perderte a ti también y por algo de lo que yo misma tengo parte de culpa, así que mantente en silencio y haz todo lo que yo te indique...

Dhana respetó las palabras de Lilianne. Sabía que era muy testaruda y no iba a poder hacer que cambiase de opinión, así que siguió caminando detrás de ella en absoluto silencio.

En mitad de la noche, con el retumbo de los rezos de Ruxandra, de los animales nocturnos y con el sonido del agua de un pequeño arroyo que pasaba cercano, podrían pasar desapercibidas para sus oídos cuando estas se estuviesen acercando a la médium.

Siguieron avanzando hasta aproximarse cada vez más a ella. Estaban tan ensimismadas en lo que estaban haciendo que Lilianne no se percató de que se encontraban a tan solo unos metros del lugar donde se hallaba sepultada Alice Coleman. Ocultándose entre los árboles y a la luz de aquella intensa luna, pudieron visualizar como Ruxandra estaba agachada, cortando con una daga unas hierbas a la par que realizaba una especie de rito-oración. Con la misma daga, apuñándola con las dos manos y al igual que si acuchillase la tierra, abría un agujero e introducía semillas que llevaba en aquel cesto. Cuando estaban dispuestas a abordarla, unas nubes volvieron a ocultar la luna por unos instantes. Se detuvieron, puesto que la visibilidad era casi nula en ese momento. Unos cuantos segundos tardó en despejarse la luna y hacer llegar la luz de nuevo, pero Ruxandra ya no se encontraba en aquel lugar. Las dos se aterrorizaron al perder el contacto visual con aquella horrible mujer. ¿Cómo una señora de tal edad y ciega podía desaparecer de esa manera? No se atrevían a moverse del sitio en el que se encontraban, puesto que no sabían por dónde se hallaba Ruxandra. Solo les quedaba observar a los alrededores para intentar encontrarla. Lilianne, que estaba detrás de un árbol más adelante que Dhana, comenzó a buscar girando sobre sí misma. Cuando su mirada llegó de nuevo donde se encontraba Dhana, gritó con todas sus fuerzas:

—¡No!

—¿Quieres acabar con todo esto? ¡Yo también! —Ruxandra se encontraba detrás de Dhana, esta le propinó un fuerte golpe por detrás y a traición en la cabeza a la joven con el puño de acero de su bastón, al igual que hizo con Alice. Dhana cayó al suelo y se golpeó con una de las muchas piedras de aquel cercado, abriéndose una brecha en la sien. —A ti no te puedo matar, ese es trabajo de Alice.

La dejó abandonada en aquel estado, inconsciente y malherida, desangrándose poco a poco en el suelo.

Se dirigió hacia Lilianne que, aun siendo esta algo más joven, estaba menos ágil que la médium

—¡Te dije en una ocasión que yo lo sé todo! Este anillo no es una joya cualquiera; aparte de protegerme de entes malignos y demonios, además de darme el poder de hacer curas y contactar con los muertos, entre infinidad de cosas, también me da la habilidad de visualizar el entorno. ¡Vieja inútil! ¿Tan torpe creías que era como para no oír tus patosos y patéticos pasos tras de mí? A ella no la puedo matar porque le pertenece a Alice, pero a ti, sí. Voy a hacer contigo lo que debí de hacer la tarde que asesinó a la ladrona de tu amiga: matarte y enterrarte con ella.

Ruxandra lanzó aquel bastón a las piernas de Lilianne, que huía torpemente de ella, haciéndola caer al suelo. Esta se dio un fuerte golpe con las piedras de un tramo de aquel muro que se encontraba derrumbado, quebrándose varias costillas con aquellos pedruscos.

Dhana recuperó levemente la consciencia y escuchó todo lo que estaba ocurriendo, pero se encontraba malherida y muy mareada por la sangre que estaba perdiendo. Tirada en aquella fría y húmeda tierra negra, apenas alcanzaba a ver con claridad, ya que algo de la sangre que salía del golpe en la sien comenzó a entrarle en los ojos. No obstante, veía lo suficiente como para darse cuenta de que Ruxandra iba a matar a Lilianne y lo bastante como para percatarse de que se encontraba rodeada de la muerte. Todas aquellas sombras que durante tanto tiempo la acecharon, incluidos Allan y Sasha, la rodeaban. Dhana, tumbada, inmóvil y sin apenas fuerzas, solamente pudo invocar a los seres que la rodeaban...

—Ayúdenme...

Una a una, aquellas sombras empezaron a acercarse a Dhana. Se tumbaban sobre ella hasta introducirse dentro de su cuerpo, incluidos Sasha y Allan. Todas las víctimas de aquel juego macabro se hallaban ahora en su interior. Dhana se encontraba poseída por todos aquellos

espíritus. Se levantó con una fuerza sobrenatural. Llegó hasta Ruxandra, que se encontraba enajenada, inmersa en una especie de éxtasis mientras asfixiaba a Lilianne, sin percatarse de lo que estaba ocurriendo.

Las voces de ciento noventa y un espíritus hablaron a la vez a través de Dhana y sacaron a Ruxandra de aquel estado en el que se encontraba.

—Ese anillo te protege de espíritus malignos y demonios, pero nosotros no somos eso, nosotros somos tus víctimas.

Ruxandra se encontraba en el suelo sobre Lilianne, la cual parecía encontrarse inconsciente. De un fuerte tirón, apartó el brazo de Ruxandra del cuello de Lilianne, la arrastró quitándosela de encima y pisó la mano donde tenía puesto el anillo contra las piedras de aquel muro; Dhana, con la ira de todos aquellos espíritus que se encontraban en su interior, le amputó la mano con su propia daga.

—¡Qué has hecho, me has condenado! ¡Te arrepentirás de esto! —gritaba Ruxandra intentando recoger su propia mano del suelo para recuperar el anillo.

Dhana se lo impidió, retirando de un golpe con el pie un par de metros aquella mano. En el lugar donde esta cayó, comenzó a removerse aquella tierra negra y brotando hacia arriba. De su interior, salía Alice Coleman.

Ruxandra se encontraba desangrándose y paralizada por el pánico al ver a Alice Coleman frente a ella de nuevo. Pero, en esta ocasión y por primera vez en su vida, estaba totalmente indefensa sin el anillo que la protegía.

—Tú me quitaste la vida como hacen los cobardes, por la espalda. Yo te la quito de frente...

Alice la agarró de la cara con una mano clavándole las uñas en el rostro. Sesenta y ocho años después y en el mismo lugar, en mitad de aquella noche de luna llena, Alice Coleman arrastró a su asesina con ella a las profundidades de aquellas tierras negras.

Cientos de voces, risas, llantos y lamentos salían del interior de Dhana. La chica cayó al suelo inconsciente y todos aquellos espíritus que la poseyeron comenzaron a salir uno a uno de su cuerpo, quedando liberados para siempre de Alice.

Desperté en el suelo con un vendaje en la cabeza, hecho de un trozo de mi propia camiseta y la chaqueta de Lilianne cubriéndome parte del cuerpo para resguardarme del frío. Lilianne se encontraba malherida, con las costillas rotas, pero consciente y cavando con sus manos en aquella oscura tierra llegando el día.

Me levanté mareada, caminé hacia donde estaba ella y sin preguntar me puse a su lado a cavar aquel hoyo. Cogí la *ouija* y todas las cosas relacionadas con ella y las lanzamos al interior de aquel agujero. Allí seguía la mano de Ruxandra, la agarré con asco para arrojarla junto a la *ouija*. El anillo se desprendió de esta y cayó al suelo, rodó pendiente arriba hasta llegar a mis pies. Lilianne, al ver aquello, supo qué significaba:

—Ahora, tú eres su dueña y, por tu bien, jamás te apartes de él —argumentó muy convencida.

Han pasado unos meses desde la desaparición de la médium Ruxandra, y digo «desaparición» con la firme convicción de que nada muere del todo en este mundo. Solo desaparecemos de un lugar para aparecer en otros, ya sea en el cielo, en el infierno o donde se encuentran atrapados los malditos; mundos paralelos que, en ocasiones, como lo es en mi caso, se fusionan. ¡Qué ingenua he vuelto a ser al pensar que yo sería la que acabaría con toda esta pesadilla! Por culpa de este maldito anillo tengo espeluznantes visiones. Ahora, veo espíritus cada día, a cada instante y en cualquier lugar, vienen a pedirme ayuda y otros a torturarme. Los muertos me hablan a todas horas, no puedo dormir a causa de ello y, si lo logro, es con la ayuda de fuertes fármacos. Oigo sus gritos

y lamentos antes de dormir y es lo primero que oigo al despertar. Tengo poder para sanar enfermedades y, aunque no quiera, debo hacerlo para no enfermar yo. Han llegado y siguen llegando conocimientos a mi mente de remedios, pociones, rituales, oraciones, sé el poder de cada hierba, etc. Pero eso no parece tan malo, ¿verdad? Lo malo es que entran en mi mente a base de fuertes migrañas. Tengo que hacer uso de cada hierba que recojo, puesto que son las únicas que me alivian los dolores del cuerpo y el alma, porque voy absorbiendo cada problema, cada tristeza, cada ira que pase por mi lado... Por eso vivo refugiada en mi habitación de consultas, que está casi protegida de todo este mundo que hay después de la vida y, a pesar de odiar a este anillo con todo mi ser, doy gracias a Dios por tenerlo, pues me protege de los demonios y espíritus malignos que habitan entre nosotros. Aunque me cueste decirlo, ahora empiezo a comprenderla, a Ruxandra. Necesito este anillo por encima de todas las cosas y mataría a quien fuese necesario si intentaran arrebatármelo, pues, sin él, estaré perdida. Pido a Dios que sea él el que se lleve mi vida y, a poder ser, lo antes posible, porque esto no es vivir. Me siento muerta en el mundo en el que habito.

Hoy han llegado tres chicas de entre dieciocho y veinte años a mi casa, donde estoy pasando las consultas. Hace varios días que sabía que iban a venir, ya las estaba esperando...

Estaban pasando unos días en esta ciudad con su caravana. Una de las chicas salió a pasear con su perro por los alrededores y vio algo inusual en el comportamiento de su mascota, no paraba de ladrar hacia un punto en concreto. Era algo que estaba brillando entre una tierra muy oscura. Aquel animal huyó del lugar atemorizado, pero a ella le pudo más la curiosidad, y la encontró, ahora está en su poder... O, mejor dicho, la *ouija* encontró a sus víctimas y ahora ellas están en su poder, en el poder de la *ouija*. Ahora entiendo que da igual lo que hagas con ella, ya sea que la robes o la encuentres, es el demonio que habita en la *ouija* el que mueve los hilos para que sus víctimas lleguen hasta ella. Por desgracia, ahora me encuentro en esta situación, estoy condenada de por vida, pues hoy me toca engañar a mí y, sintiéndolo mucho, entre mi vida o las de ellas, elijo salvar la mía... Alice Coleman descansó; ahora es Ruxandra la que habita en la *ouija*. Desde el inframundo donde se encuentran las almas atormentadas y los espíritus malditos, ha comenzado a enviarme a sus esbirros para vengarse y arrastrarme con ella a las profundidades de aquella tierra negra.

Instagram: Lola Román Barea

Facebook: Lola R. Barea

Twitter: Lola Román Barea, @lola_barea

Lola nace en Sevilla el 4 de julio del 1976, fascinada por el mundo del arte desde muy temprana edad. Pintora hiperrealista y galardonada con múltiples premios tanto nacionales como internacionales.

En esta ocasión se aventura con su segunda novela, *NO ME IGNORES*, thriller cuya portada ha sido realizada por la propia autora.

Técnica de la pintura de la portada, *NO ME IGNORES*:

Pintura al pastel, soporte papel.

Su primera novela: *FLOR DE LIS PARA EL FUNERAL DE ELISA*.